LA INDEPENDENCIA NACIONAL

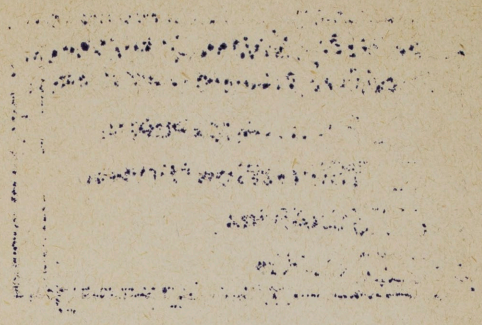
CONFERENCIAS DICTADAS POR ENCARGO DE LA COMISION NACIONAL DEL SESQUICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DEL PERU

TERCER CICLO

.04

LIMA - 1974

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Dirección de Desarrollo de Colecciones
D. L. RECEPCIÓN:
DONACIÓN FECHA: 13/03/98
COMPRA
CANJE



LA INDEPENDENCIA NACIONAL

CONFERENCIAS DICTADAS POR ENCARGO DE LA COMISION NACIONAL DEL SESQUICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DEL PERU

TERCER CICLO

PROPIEDAD DEL
BANCO POPULAR DEL PERU
Registrado en el Dpto. Adq. y Cont. Patrimonial
Inventario No. 0185/79
Fecha: 20-06-79

LIMA - 1974

ES PROPIEDAD DEL
BANCO POPULAR DEL PERU
No 0796
Fecha 16.01.89
BIBLIOTECA CENTRAL

Comisión Nacional
del Sesquicentenario
de la Independencia
del Perú

Av. Arequipa 410
Telfs. 319331 y 248815

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERU

BIBLIOTECA NACIONAL
LIMA - PERU

98-01862 (I2000)

Sumario

		Págs.
PALABRAS DE INUAUGURACION DEL CICLO	Gral. de División **Juan Mendoza R.**	7
PRIMER CONGRESO CONSTITUYENTE Y JUNTA GUBERNATIVA	Dr. **José Agustín de la Puente C.**	9
FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA BIOGRAFIA DEL LIBERTADOR SIMON BOLIVAR	Dr. **Raúl Rivera Serna**	13
BOLIVAR EN LA LITERATURA PERUANA DE CREACION	Dr. **Estuardo Núñez**	21
UNIDAD HISPANOAMERICANA	Dr. **Carlos Daniel Valcárcel**	45
GUERRILLAS Y MONTONERAS DE LA EMANCIPACION EN LA HISTORIOGRAFIA PERUANA	Dr. **Héctor López Martínez**	49
INTEGRACION: PENSAMIENTO BOLIVARIANO	Dr. **Augusto Tamayo Vargas**	53
DICTADURA DE BOLIVAR Y PREPARACION DE LA CAMPAÑA	**Armando Nieto Vélez S. J.**	65
BOLIVAR: CAMPAÑA DE 1824	T. Cnel. **Abel Carrera Naranjo**	73
PALABRAS DE CLAUSURA	Gral. de Div. **Juan Mendoza R.**	141

EJ B
(2)
98-m-18
Banco Popular del Perú
DONATIVO

Palabras de Inauguración

Pronunciadas por el Gral. Div. Juan Mendoza Rodríguez

La Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, da comienzo hoy al Tercer Ciclo de Perfeccionamiento para Profesores de Historia.

Los dos primeros se realizaron en 1970 y 1971, respectivamente, correspondientes a la etapa sanmartiniana. Ahora, al inicio de la etapa bolivariana, realizamos este tercer y último curso.

En uno y otro caso, la finalidad es la misma; poner a los maestros en contacto con el cuerpo de conferencistas de la Comisión Nacional, para actualizar informaciones, armonizar criterios, destacar la obra de los libertadores y fortalecer la participación peruana, que algunos escritores han tratado de desestimar, en su afán de exaltar las figuras principales, como si todo fuera obra exclusiva de los leaders, como si no hubieran habido colaboradores capaces, eficientes, abnegados y heroicos.

Preciso es destacar todas las posiciones y todos los actores; y no solamente eso: tenemos que referirnos a todo el proceso de la emancipación y reaccionar cívicamente contra aquellos que dicen que "la independencia nos fue concedida y no conseguida"; omitiendo que fue lograda con nuestro esfuerzo y con la ayuda de los libertadores y de los gobiernos hermanos que nos adelantaron en lograr la independencia y que con la libertad de sus respectivas naciones facilitaron la nuestra, la peruana. Debemos reflexionar, en efecto:

a) En la etapa de la rebelión y de la ideología, a partir de 1780, el Perú tiene una acción realmente precursora en el continente. Tenemos que referirnos a la ideología, y la rebelión dentro de nuestro territorio y más allá de nuestras actuales fronteras; Álvarez Thomas, Luzuriaga y Darregueira tuvieron acción destacada en Argentina; Juan Egaña en Chile, Gregorio Escobedo y Joaquín Olmedo en el Ecuador; Melchor de Talamantes en México, para no citar más que a los principales.

b) En los años 1820-21 se inician las operaciones militares; es la etapa sanmartiniana, que ya hemos tratado en ciclos anteriores; es la etapa de la movilización cívica; de la creación del ejército y la marina

peruanas; de la proclamación de la independencia y de los pronunciamiento de los pueblos; pronunciamientos espontáneos en diferentes regiones del Perú, no únicamente a la llegada o al paso de la Expedición Libertadora.

En esta etapa, por razones diversas, que ya habéis escuchado, no se logra una acción decisiva, por medio de las armas, como debió ser; pero no se pudo. Ahí está el ejemplo de Juan Antonio Alvarez de Arenales que con 1,200 hombres se internó en la Sierra y apoyado por las guerrillas obtiene la victoria de Cerro de Pasco.

Pero eso no es todo; con profundo espíritu americanista por decisión de San Martín y a pedido de los patriotas de Nueva Granada, el Perú está presente en el norte con el esfuerzo libertador de su gobierno y de sus soldados. Acude al llamado de la Gran Colombia con la División Santa Cruz y se logra la victoria de Pichincha, el 24 de Mayo de 1822. Por eso, en el monumento a los Próceres en Lima, se ha colocado la placa de homenaje a los vencedores de Pichincha con las frases de gratitud que tanto Bolívar como Sucre dirigen a San Martín, agradeciendo tan patriótica, oportuna y eficaz colaboración de profundo espíritu americanista.

No logramos por nuestras propias fuerzas vencer al ejército realista en el Perú, porque era muy poderoso y necesitamos la ayuda hermana, que era indispensable, dado que las tropas españolas se reforzaban y preparaban para entrar nuevamente en campaña.

Pero el Perú luchó incesantemente, a pesar de sus fracasos en Macacona, Torata y Moquegua y el Desaguadero. Habría podido obtener un triunfo definitivo en Zepita, el 25 de agosto de 1823, si Santa Cruz hubiera logrado reunir a una parte de las tropas que con Gamarra se encontraban en el Altiplano; pudo ser decisiva esta acción de armas de Zepita; pero no lo fue.

c) *La etapa bolivariana se presentó en el Perú como una necesidad derivada de la situación caótica interna.*
Esta campaña militar es la que vamos a estudiar en el Ciclo que hoy se inicia, y, ya lo sabemos, es campaña decisiva para la causa de la independencia del Perú y de la consolidación de la independencia americana.

La correspondiente exposición se ha encomendado a un selecto grupo de historiadores que sabrán exponer tanto los aspectos políticos, como sobre la organización y las operaciones del Ejército Unido Libertador y la culminación de la Campaña Militar en Junín y Ayacucho.

Con tal motivo, agradezco vuestra presencia al llamado invitándoos a participar en este Ciclo. Os presento la más cordial bienvenida y mis mejores votos por el éxito de este nuevo ciclo de conferencias, deseando que les sea muy útil.

Lima, 20 de febrero de 1974.

Primer Congreso Constituyente y Junta Gubernativa

Por el Dr. **José A. de la Puente Candamo**

El objetivo de estas reflexiones es proponer algunos elementos de juicio para la enseñanza de la época de la Junta Gubernativa y del Congreso Constituyente; vale decir, el lapso entre el fin del Gobierno de San Martín y el principio de la Presidencia de Riva Agüero.

Es necesario que el alumno entienda la continuidad del fenómeno de la Emancipación. Es necesario, igualmente, que advierta cómo los problemas y los objetivos de la época de San Martín continúan luego de setiembre de 1822, del mismo modo que la obra del Protector no puede comprenderse sin atender al lapso de los Precursores.

¿Cuáles son los problemas que tienen los peruanos dirigentes, entre las manos, a fines de setiembre de 1822?

Hay que centrar todo el análisis en dos cuestiones: la conclusión de la guerra contra los realistas y la organización del Estado independiente. No obstante que puede parecer somero y rudimentario afirmarlo, es fundamental que el alumno oriente su atención hacia estos asuntos que vienen desde lejos y que están presentes en la misma raíz de la lucha por la Independencia.

Dediquemos una pequeña consideración al caso de la lucha militar. ¿Cuáles son los frutos en el orden castrense de los años del período llamado Sanmartiniano, entre 1820 y 1822?

Es difícil enaltecer de manera cabal y suficiente los amplios alcances del dominio patriota sobre el mar y el litoral. Este es un triunfo de San Martín, de Cochrane, de la Expedición Libertadora, del esfuerzo de las Provincias del Plata, de Chile y de los hombres peruanos, y posteriormente del mismo Estado nuestro naciente. Hay en este tema múl-

tiples facetas. Está presente el dominio de las comunicaciones, la seguridad en el movimiento de las tropas, la variedad de información que se recibe, las consecuencias de orden económico y humano de una vida comercial bajo el signo de los nuevos tiempos; en fin, de algún modo, se gana, sin verbalismo, el ingreso natural al Perú.

No puede desconocerse que San Martín desde los días de la guerra en el Alto Perú tuvo una versión del vínculo profundo entre la geografía y la historia peruanas, y comprendió de manera cabal lo que muchos no entendían en su hora, es decir, que el dominio de las rutas marítimas es medular para el futuro del Perú.

Pero hay algo más. Desde el lado del Virrey, muéstrase la derrota de una marina vieja y gloriosa por una fuerza naval con estructura y organización heterogéneas, mas, con espíritu de lucha y con muy altas esperanzas. Igualmente, aumenta en el Virrey la visión del aislamiento de la metrópoli a través de unas comunicaciones cada día más lentas y preñadas de riesgos incontables.

El dominio del mar que nos entrega San Martín cuando se marcha del Perú es un aporte de su tiempo que no puede desconocerse y que de otro lado es fundamento para las acciones posteriores.

El dominio del norte del Perú, obra de los peruanos patriotas que reciben el apoyo moral y luego material de la Expedición Libertadora y del Estado que funda San Martín en 1821, es otro elemento que unido a la incorporación del centro y de la región iqueña, ofrecen un cambio substancial en la geografía de la patria. Sin embargo, tal vez no se advierte en esos años cómo la retirada de la Serna de Lima y su señorío en la sierra del sur, representarán en el orden estratégico un transitorio triunfo realista. El dominio de Lima, de innegable valor moral y psicológico, es en el orden concreto de la lucha un "triunfo" relativo y discutible. En fin, en el orden militar ya se afirman las bases del ejército peruano y la bandera nuestra aparece con nombre propio en los caminos del país.

Mucho se ha ganado en el orden militar cuando San Martín navega rumbo a Valparaíso. Su obra castrense no ha sido espectacular en la derrota total de los españoles, pero de ningún modo puede decirse que ha sido una frustración o un fracaso.

No puede desconocerse, desde otro ángulo, que ya germina en los peruanos una preocupación creciente por la marcha de la guerra, que se prolonga sin cálculo posible con los consiguientes desgastes de orden material y de orden espiritual.

La ausencia de una autoridad despejada y eficaz, que es el caso de la Junta Gubernativa sometida al Congreso, enriquece aún más las dificultades, y el ejército, y los oficiales y soldados, uno a uno, se sien-

ten luego del viaje de San Martín huérfanos de una autoridad con prestancia y con imperio.

Aquí se encuentra una de las líneas para entender la crisis entre setiembre de 1822 y marzo de 1823; aquí está, en buena parte, la explicación del descontento del ejército en la urdimbre de los planes a "intermedios", aquí aparece, en fin, el eje del motín de Balconcillo y de sus ideales: autoridad política rápida y enérgica y en consecuencia desarrollo igualmente rápido y certero de la guerra.

En el campo de los temas políticos es ardua tarea de esos días la organización del Estado peruano que funda San Martín.

El fracaso de los planes monárquicos ya se advierte desde el levantamiento contra Monteagudo en julio de 1822. La República aparece como la ilusión mayoritaria de los congresistas y es un hecho que se perfecciona formalmente en las "bases" de la Constitución.

Sin embargo, el problema de los días de San Martín continúa vigente. Evitar de un lado la anarquía que perturba la guerra y desprestigia a la autoridad; y evitar, al mismo tiempo, el despotismo de una autoridad personalista y violenta. La alternativa que llevó a San Martín a crear el Protectorado la reciben intacta los hombres del Congreso.

Pero hay otro elemento de juicio. Los Diputados desean afirmar no sólo la autoridad legal y soberana del Congreso, sino un mando inmediato y directo de éste mediante un ejecutivo sometido al Congreso y con facultades limitadísimas. Planteamiento difícil y peligroso en cualquier tiempo y más grave aun en los días en que la guerra es una urgencia insoslayable.

Si penetramos a la entraña misma de la cuestión política, la esencia del asunto reside en lo siguiente: crear en los peruanos fe en el nuevo Estado, en el nuevo sistema, en el nuevo principio de autoridad. La singularidad de lo peruano que explica la raíz de la Emancipación no entraña necesariamente la adhesión de nuestros abuelos a las nuevas formas de expresión de autoridad. Un tema es la legitimidad de la Independencia. Otro tema es el acatamiento al nuevo Estado.

El buen ánimo de los congresistas por evitar el despotismo no impide advertir en ellos mismos el gravísimo error de orden político que afirma una autoridad habitualmente deliberante, desconectada de múltiples circunstancias y urgencias de la hora.

Para obtener en los alumnos una imagen integral de esta época es interesante presentarles cómo hay entusiasmo al momento que se inicia la presidencia de Riva Agüero después de Balconcillo, y cómo se espera del antiguo precursor ese mando vigoroso que fortaleciera la decisión de las gentes. En marzo de 1823 vívese un tono de energía

y optimismo que desafortunamente se desdibujará en muy cortas semanas.

Debe ponderarse, desde otro punto de vista, cómo la invitación a Bolívar para que viniera a conducir la guerra en el Perú va a presentarse progresivamente como una necesidad fruto del mismo desconcierto y de los mismos apremios militares que se encaran desde 1822.

Por último, es necesario que los alumnos comprendan el profundo desgaste espiritual que se desprende de estos meses de tantas perplejidades, y conviene, asimismo, que adviertan cómo no se puede ver la Independencia sólo en la imagen épica de las acciones militares, o sólo en el fervor del alegato ideológico; hay que verla en el nivel de la ilusión y de la esperanza y de la alegría, y en el nivel de las preocupaciones, de las incertidumbres, de las congojas.

La época que comprende el tiempo de la Junta Gubernativa aporta sufrimientos y experiencias que sirven para el esfuerzo posterior y fortalecen la decisión de luchar por la Independencia del Perú.

Fuentes para el estudio de la Biografía del Libertador Simón Bolívar

Por el Dr. **Raúl Rivera Serna**

Sres. Maestros:

Dentro del ciclo de conferencias organizadas por la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia Nacional, debo ocuparme de las fuentes peruanas y algunas extranjeras de que se dispone para el estudio de la vida y la obra del Libertador Bolívar.

Conviene diferenciar, previamente, lo que significan los términos: fuente y bibliografía. Entendemos por fuente a todo documento original o de primera mano que nos brinda datos para la realización de cualquier estudio de índole histórica y por bibliografía el conjunto de libros que se han escrito en base a las fuentes.

Al desarrollar el tema debemos ocuparnos, siguiendo un orden didáctico, de los archivos, de los periódicos de las colecciones de documentos y de las memorias.

Entre los archivos peruanos, llamados también repositorios, que contienen documentos relacionados directa o indirectamente con la actuación del Libertador en nuestro país, entre los años de 1823 y 1826 en que permaneció en el Perú, cabe mencionar el Archivo Histórico de Hacienda, fusionado hace algún tiempo en el Archivo General de la Nación; la Sección Manuscritos de la Biblioteca Nacional, el Archivo del Congreso, el Archivo Histórico Militar y el de Relaciones Exteriores.

El el Archivo Histórico de Hacienda se conservan cartas y oficios de índole militar y administrativa, relacionados con la organización y la realización de la campaña de Junín. Son dignos de destacarse las cartas de Sucre y de los guerrilleros que operaron en la sierra central del Perú.

En la Sección Manuscritos de la Biblioteca Nacional del Perú, está, además de correspondencia suelta de personajes como Sucre, Heres, Miller y otros, el Archivo Paz Soldán, cuyos primeros volúmenes de los 48 de que consta el conjunto documental, contienen cartas de los personajes aludidos, cuyos textos fueron aprovechados por Mariano Felipe Paz Soldán para escribir su Historia del Perú Independiente.

El Archivo del Congreso conserva documentos de carácter legislativo, relacionados, fundamentalmente, con la concesión de la dictadura al Libertador, con las prórrogas de su mandato y con las diversas medidas que se tomaron para la aplicación de la Constitución Vitalicia en el Perú.

En el Archivo Histórico Militar hay abundante correspondencia de carácter castrense sobre las campañas de Junín y Ayacucho.

Los periódicos relacionados con la actuación pública del Libertador en nuestro país, son relativamente escasos. Figura, en primera línea La Gaceta del Gobierno, correspondiente a los años 1823-1826, donde se insertan los textos de los decretos de índole política, económica, militar, judicial y educacional que expidió aquél durante el ejercicio de la dictadura. Citamos luego El Centinela, periódico que como órgano del Ejército Unido Libertador en Campaña, comenzó a publicarse en Santiago de Chuco en abril de 1824 y que, al parecer, dejó de aparecer en Huariaca en julio del mismo año.

Entre las colecciones de documentos, tenemos que mencionar las que se han publicado en el país y en el extranjero, destacando, lógicamente, las más importantes. Cabe advertir que el Libertador no fue partidario de que se publicasen sus cartas. En carta que dirigió a Santander desde Potosí el 21 de octubre de 1825, decíale sobre el particular: "No mande U. publicar mis cartas, ni vivo ni muerto, porque ellas están escritas con mucha libertad y con mucho desorden". Ordenó, incluso, en su testamento, que los diez cajones de documentos que envió al Sr. Pavageau, cuando abrigaba el propósito de dirigirse a Europa, fuesen incinerados; pero dicha orden no fue acatada por sus albaceas Juan Francisco Martín y el General Daniel Florencio O'Leary, quien publicó más tarde gran parte de esa documentación como se verá más adelante.

En nuestro país no se ha publicado una colección de documentos dedicados concretamente al Libertador. Las que pasamos a mencionar tienen sólo una relación indirecta con él.

En las Constituciones del Perú de José Pareja Paz Soldán se inserta el texto de la Constitución de 1826, llamada también Vitalicia, que fue jurada en Lima el 9 de diciembre de aquel año ya ausente el Libertador de nuestro país. El texto va precedido de un breve estudio sobre el contenido y los alcances de esa Carta Magna, establecida con el pro-

pósito de establecer, en un futuro inmediato, la Confederación de los Andes, en base a las repúblicas que se habían independizado del poder español bajo la dirección del Libertador.

Los decretos que expidió el Libertador durante el tiempo que ejerció la dictadura en nuestro país están insertos en los primeros tomos de las colecciones de leyes de Mariano Santos Quiroz y Juan Oviedo. Casi todos estos han sido tomados de la Gaceta del Gobierno.

En el Congreso de Panamá, publicado por Raúl Porras, se inserta la documentación sobre la convocatoria hecha por el Libertador para la reunión de ese organismo, destinado a formar un frente unido de los países americanos para hacer frente a cualquier amenaza extra-continental. Hay también documentos sobre el tema que nos ocupa, en los Documentos históricos y literarios, dados a publicidad por el Coronel Manuel de Odriozola.

Otra fuente importante es el Album de Ayacucho, editado por el Capitán José Hipólito Herrera, en el siglo pasado. Encontramos allí, textos de cartas dirigida por Bolívar a San Martín, documentos sobre la invitación formulada por el Congreso del Perú al Libertador Bolívar para su venida al Perú, los referentes al recibimiento de que fue objeto a su llegada al país y los de carácter oficial relacionados con las batatallas de Junín y Ayacucho.

En 1920 publicó Pedro Paz Soldán dos volúmenes de cartas con el título de Cartas Históricas del Perú, en los que el autor, guiado por su posición anti-bolivarista, compiló aquellas que revelan la actuación negativa del Libertador en nuestro país. Muchas de ellas fueron tomadas de las colecciones O'Leary y Blanco. Se refieren ellas, fundamentalmente, a las conferencias de Guayaquil, a la elección del Libertador como Dictador del Perú y a sus relaciones con Riva Agüero, Torre Tagle y Sánchez Carrión.

La primera colección de documentos sobre vida del Libertador, publicadas en el extranjero, fue la que publicaron en Caracas, entre los años 1826 y 1833, por el sistema de suscripción privada, los próceres Javier Yanes y Cristóbal Mendoza, la misma que consta de 21 volúmenes.

Tenemos luego la que publicó en la misma ciudad, entre los años de 1875 y 1877 en 14 volúmenes Ramón Azpurua, en base a la colección Yanes-Mendoza y que contiene cartas cursadas por el Libertador a Sucre y a Salom y que están relacionadas con las campañas militares del Perú.

Por su plan ambicioso, por el lapso que abarca y por los temas que contiene, ninguna posiblemente tan importante como la comúnmente llamada Colección O'Leary, que comprende 32 volúmenes distribuidos en la siguiene forma: 2 tomos de Memorias, escritas por él, 14 de documentos, 12 de correspondencia, 3 de cartas y 1 de Apéndice.

O'Leary fue irlandés y llegó a América en 1818. Fue el primer edecán que tuvo el Libertador y lo acompañó en todas las campañas que se realizaron por la Independencia de las actuales repúblicas de Colombia y Venezuela y fue vencedor, entre otras, de las batallas de Boyacá, Pichincha e Ibarra. Su intensa preocupación por las cosas de la guerra, lo llevaron a compilar cuanto documento llegó a sus manos. Refiriéndose a ello, apunta en uno de los pasajes de sus Memorias: "Desde mi llegada a América a principios de 1818 comencé a reunir datos y documentos que tuviesen relación con la guerra de la Independencia y con la vida del hombre extraordinario que las dirigía".

Ya nos referimos, al iniciar esta disertación, cómo se salvaron de ser incinerados muchos documentos que forman esta colección, la que fue publicada por Simón O'Leary entre los años de 1879 y 1883 en obedecimiento de un decreto que expidió el gobierno venezolano en aquel año. Aparte de su esfuerzo y preocupación personales, contó O'Leary para el éxito de su propósito, con la ayuda de Sucre, Heres, José Gabriel Pérez, Domingo Espinar, Pedro Briceño Méndez, lugartenientes, secretarios y colaboradores cercanos del Libertador, e incluso con la del General español Pablo Morillo encarnizado adversario del Libertador en el proceso de la Independencia del Norte, a quien visitó O'Leary muchos años después en su retiro de La Coruña. O'Leary incluyó también en su colección piezas publicadas en la de Blanco-Azpurua.

Rufino Blanco Fombona publicó en París en 1913 y con prólogo de Rodó, un volumen de la correspondencia del Libertador, correspondiente a los años 1799 y 1822 y en 1921 otro volumen con cartas de los años 1823-1825.

Vicente Lecuna, uno de los más fervorosos admiradores del Libertador ha publicado: Papeles de Bolívar, Proclamas y discursos y Cartas del Libertador, colección esta última en 10 volúmenes y que contiene cartas de los años comprendidos entre 1819 y 1830. Esta colección ha sido reeditada en 1964 por la Fundación de Lecuna, en la que se han incluido las cartas que publicaron Larrazábal, Unánue, Antonio Flores, José María Groot, Jorge Roa, Gil Fortoul, Pérez Soto y las tomadas del Archivo Quiñones de León, Embajador de España en Francia, las mismas que habían sido cedidas al Presidente venezolano. Vicente Gómez, quien, a su vez, había heredado 65 volúmenes de documentos de Francisco Martín. Forman parte de esta colección, muchas cartas privadas. Para el ordenamiento de ellas se ha seguido un orden cronológico.

Y, mencionamos, finalmente, la correspondencia publicada por Willian Manning, bajo el título: Diplomatic correspondence of United States concerning the independence of Latin American Nations, dada a luz en 1925.

Pasamos a examinar las Memorias, fuentes de primera mano y por lo tanto valiosas, que fueron escritas por quienes fueron testigos pre-

senciales o actores de los hechos ocurridos en el proceso de la Independencia. Al lado de las referencias de índole militar encontramos en ellas las de carácter social y económico. Conviene advertir, que las Memorias como fuente histórica, deben ser tomadas con las debidas precauciones, ya qua a veces los autores incurren en errores sea por razones de enemistad política o personal.

Entre las correspondientes a peruanos cabe mencionar las que escribió el Mariscal Luis José de Orbegoso, quien colaboró y trató de cerca al Libertador, desde los días inmediatos a los de su llegada al Perú. Son importantes, las notas que nos da acerca de sus personalidad, pues, dice de él que tenía "un carácter franco, impetuoso y decidido; un alma elevada y un gran estusiasmo por la gloria". "Me aficioné —apunta más adelante —a él, sincera y lealmente; y por haberlo él dispuesto así, tuve que verle dos veces y en cada día hasta su regreso a Lima". No son menos importantes las referencias que da acerca de los aprestos realizados por el Libertador para la organización del Ejército Unido Libertador, que debía abrir campaña contra el adversario a partir de los primeros días del mes de junio de 1824.

En las Memorias escritas por el General Francisco de Vidal en 1855, después de la batalla de La Palma, encontramos importantes datos sobre las operaciones de apoyo realizadas por las partidas de guerrillas del centro del Perú, en el tiempo en que se desarrolló la campaña militar de 1824.

En los Anales del Departamento de La Libertad de Nicolás Rebaza, hallamos datos importantes sobre las medidas que dictó el Libertador, para la organización de la Campaña de Junín, así como sobre su participación en la batalla del mismo nombre, realizada el 6 de agosto de 1824. Lo que destaca más, a nuestro juicio, son las importantes referencias que hace Rebaza acerca de la colaboración del elemento civil peruano, que procuró dinero, víveres y otros recursos para el éxito de aquella campaña.

El aspecto negativo de la obra del Libertador está reflejada en las Memorias y documentos para la historia de la Independencia del Perú, que firmado con el anagrama de Pruvonena, dejó inédita Riva Agüero y que se publicó en 1858. Esta obra consta de 2 volúmenes y en ella destila Riva Agüero su odio al Libertador, a quien acusó de ambicioso y de usurpador. Bien sabemos cuál fue el fin de la actuación política del caudillo peruano. Descubiertos sus planes para lograr la expulsión de Bolívar y de las fuerzas auxiliares grancolombianas, para lo cual entró en tratos con el Virrey La Serna, por conducto de Lóriga, fue apresado y expulsado del país.

En la Historia de la revolución y guerra de la Independencia del Perú, desde 1818 hasta 1826, escrita en dos volúmenes por Rodríguez Ballesteros y publicada en Santiago de Chile en 1946, encontramos datos

de primera mano para estudiar la actuación del Libertador en nuestro país. El autor merece fe por ser testigo presencial de los hechos que narra.

Entre los memorialistas extranjeros, destacan, exceptuando a O'Leary, de quien hemos tratado hace unos momentos, Manuel Antonio López, Francisco Burdett O'Connor, Guillermo Miller, Andrés García Camba y José Antonio Páez, militares todos ellos que colaboraron estrechamente con el Libertador a excepción de Camba, que fue realista.

El General irlandés O'Connor, quien vino a América en 1818, participó activamente al lado del Libertador en las campañas de la Independencia del Norte y del Perú. Fue él quien llevó el Diario de marcha durante la campaña de Junín. Admirador incondicional del Héroe norteño, distorsionó los pormenores de su participación en la acción de Junín, al sostener, por ejemplo, que el Libertador dirigió la Batalla de Junín hasta su culminación, lo que es inexacto y guiado por su animadversión hacia los peruanos, a quienes, en uno de los pasajes de su obra: Independencia americana, publicada por primera vez en la ciudad de La Paz por su nieto Francisco O'Connor D'Arlach, consideró a los peruanos más realistas que los propios españoles.

Niega, asimismo, la valiosa contribución de los efectivos de los Húsares del Perú, comandados por el Coronel Isidoro Suárez, para el éxito de la batalla en favor de las armas patriotas. Al término de las guerras de la Independencia, O'Connor participó en muchos sucesos políticos y militares ocurridos en el Perú y en Bolivia. Finalmente, fijó su residencia en la ciudad boliviana de Tarija, donde murió en 1871 a los 80 años de edad

El General Manuel Antonio López, autor de los Recuerdos Históricos, narra los sucesos ocurridos en Colombia entre los años de 1816 y 1818 y en el Perú desde 1823 hasta 1824. Su obra constituye una fuente de primer orden para estudiar las campañas militares de Junín y Ayacucho, en cuya organización desempeñó un papel importante el Libertador. El día en que se realizó la batalla de Junín, López se desempeñó como Ayudante del Libertador y estuvo con él en todo momento.

Sus recuerdos fueron fruto de los apuntes que fue tomando a medida que ocurrían los sucesos. Admite, que perdió muchos de sus papeles y apuntes, vacío que subsanó con el auxilio de su memoria. Anota refiriéndose a Bolívar: que era "hombre tan extraordinario en la elocuencia de sus discursos, como en la extensión, rapidez y seguridad de sus campañas y en su valor en los campos de batalla".

Otro memorialista importante es el Mariscal inglés don Guillermo Miller, quien dejó unas notas y apuntes que fueron ordenados y publicados por su hermano Juan en dos volúmenes que originalmente se publicó en inglés. Buena parte de estas Memorias se refieren a las campañas de Junín y Ayacucho, en las que tuvo aquél destacada participa-

ción. Miller asistió a la acción de Junín en su calidad de Jefe de la Caballería Peruana, pero, cuando salió herido del campo el Comandante General de la Caballería Patriota, General Mariano Necochea, lo reemplazó en el comando general del arma. Su versión sobre este hecho de armas, ha sido puesta en tela de juicio por algunos historiadores venezolanos y colombianos, pero no obstante ello, consideramos que ella es fundamental para conocer los sucesos de la época. Al margen de lo estrictamente militar, en las Memorias de Miller encontramos datos de primera mano para estudiar aspectos de la vida social de la época.

Su juicio sobre la personalidad del Libertador es sumamente interesante, pues dice él: "El general Bolívar es delgado y algo menos de una regular estatura. Se viste bien y tiene un modo de andar y presentarse franco y militar. Es jinete muy fuerte y atrevido y capaz de resistir grandes fatigas. Sus maneras son buenas, y su aire sin afectación, pero que no predispone mucho a su favor. Se dice que en su juventud fue de buena figura pero actualmente es de rostro pálido, pelo negro con canas y ojos negros y penetrantes, pero generalmente inclinados a tierra o de lado cuando habla; nariz bien formada, frente alta y ancha y barba afilada; la expresión de su semblante es cautelosa, triste y algunas veces de fiereza. Su carácter viciado por la adulación, es arrogante y caprichoso. Sus opiniones con respecto a los hombres y a las cosas variables, y casi tiene una propensión a insultar, pero favorece demasiado a los que se le humillan y con estos no guarda ningún resentimiento. Es un apasionado admirador del bello sexo, pero extremadamente celoso. Tiene afición a valsar y es muy ligero, pero no baila con gracia. Su imaginación y persona son de una actividad maravillosa: cuando no está en movimiento, está siempre leyendo, dictando cartas, etc. Su voz es áspera y gruesa, pero habla elocuentemente en casi todas materias. Su lectura la ha dedicado casi exclusivamente a los autores franceses y de ella provienen los galicismos que tan comúnmente emplea en sus escritos; escribe de un modo que hace impresión, pero su estilo está viciado por una afectación de grandeza que desagrada... da grandes convites y no hay nadie que tenga cocineros más hábiles que él ni dé mejores comidas; pero es tan parco en comer y beber que raramente ocupa su puesto en su propia mesa hasta que casi se ha acabado de comer, habiendo comido antes probablemente en privado uno o dos platos simples. Es muy aficionado a hacer brindis, los cuales anuncia del modo más elocuente y adecuado, y es tan grande su entusiasmo que frecuentemente se sube en la silla o mesa para proponerlos. Aunque el uso del cigarro es de uso universal en América, Bolívar no fuma y no permite fumar en su presencia.

En la Historia de las armas españolas en el Perú, memoria, escrita por el General realista Andrés García Camba, sobre sucesos ocurridos entre los años de 1809 y 1825 y según refiere Blanco Fombona en defensa de los "Ayacuchos" o sea de los capitulados de la batalla, contiene importantes aportes, para estudiar sobre todo la obra del Libertador desde el punto de vista realista. A manera de Apéndice se transcriben algunas cartas del Libertador.

Otra Memoria importante es la que redactó el General José Antonio Paéz el famoso llanero venezolano que participó en casi todas las campañas por la Independencia del Norte. Páez aparte de sus propias experiencias se sirvió de las obras escritas por Restrepo, Barat y Feliciano Montenegro. Es obvio afirmar que ella se refiere casi exclusivamente a los sucesos ocurridos en la Gran Colombia. Esta Memoria fue publicada por primera vez en Nueva York, donde residió su autor, en 1867.

En la Narración de un viaje a través de la cordillera de los Andes del inglés Roberto Proctor, que anduvo por el Perú en misión oficial en 1823, encontramos importantes informaciones sobre los sucesos políticos ocurridos en la época en la que Bolívar tuvo especial participación. Dice en uno de los pasajes de su obra acerca de la personalidad del Libertador: "Es hombre muy delgado y pequeño, con aspecto de gran actividad personal: su rostro es bien formado, pero arrugado por la fatiga y la ansiedad. El fuego de sus vivaces ojos negros, es muy notable. Tiene grandes bigotes y cabello negro y encrespado. Después de muchas oportunidades de verle, puedo decir que nunca encontré cara que diera idea más exacta del hombre. Intrepidez, resolución, actividad, intria y espíritu perseverante y resuelto, se marcaba claramente en su semblante y se expresaban en todos los movimientos de su cuerpo".

"Su traje en esta ocasión era sencillo aunque militar. Vestía como de costumbre, chaquetilla y pantalón azules, con botas granaderas. Pareció prestar mucha atención a la representación (teatro), no obstante ser mala, y evidentemente gustole el sainete o petipieza jocosa de gracia y bufonería burdas, por las que son famosos los españoles en Lima".

Y, por último, tenemos la Relación del viajero Hiram Paulding, quien estuvo en el Perú el año de 1824, en cumplimiento de una gestión diplomática. El autor que viajó hasta Huaraz para visitar al Libertador, aporta con datos novedosos sobre la organización del Ejército Unido Libertador, que se adiestraba en esa región para abrir campaña contra los realistas del centro. Luego de una serie de trámites protocolares Paulding logró su propósito de saludar al Libertador. La descripción que nos hace de su figura y personalidad, casi coincide con otras descripciones de la época.

En uno de los pasajes de su Relación, escribe: "En la conversación ordinaria el semblante de Bolívar presentaba un aire melancólico, y apenas levantaba los ojos del suelo; pero si trataba algún asunto que le interesaba mucho, entonces adquiría mucha vivacidad, miraba cara a cara al que lo escuchaba atento, y en cada gesticulación veía expresada una alma encendida de vivas pasiones. El era bien parecido tanto de semblante como de persona. Su estatura, aunque no alta, tampoco era pequeña, tenía la tez trigueña, aunque tal vez lo estaba más de lo que realmente era por estar continuamente expuesto a faenas e intemperies de una vida militar en un clima cálido. Sus ojos tenían una expresión que creo no puede pintarse ni con el pincel ni con la pluma. El color de ellos era castaño-oscuro. Todo en él era grande e infundía respeto y admiración".

Bolívar en la Literatura Peruana de Creación

Por el Dr. **Estuardo Núñez**

Pueden diferenciarse en la producción literaria dos modalidades fundamentales: la literatura de creación y la literatura de reflexión, dentro de las cuales cabe distinguirse diversos géneros. Corresponde a la literatura la creación, la poesía (la lírica, la épica y el drama) y también la prosa narrativa (el cuento, el relato y la novela).

Corresponden a la literatura de reflexión ciertas formas de análisis, de enjuiciamiento, de comentario o examen, en las que domina la facultad intelectual, discriminativa, racional, interpretativa, y en la cual la creación es aleatoria o marginal. Tal es el caso de ciertos estudios socio-históricos, del ensayo, de la crítica, del relato de viaje, de la oratoria, de las cartas, de las memorias, etc.

En lo que toca a Bolívar, como centro de interés, o como tema o como inquietud, dentro del cuadro de la cultura peruana, se ha producido también en torno o a través de su rutilante figura esas dos modalidades literarias anotadas: literatura de creación y literatura de reflexión. Examinaremos en seguida la primera de ellas.

La exégesis de Bolívar (con sus facetas de exaltación o de denigración, de loa o de crítica más o menos apasionadas) empieza en el Perú una vez consumada la gesta de la independencia con la batalla de Ayacucho. Empieza, pues, en 1825, en Lima y en el trayecto de su viaje triunfal de Lima (10 de abril) a Ica (20 de abril), Arequipa (14 de mayo y por varias semanas), Cuzco (25 de junio, con residencia de más de un mes) y luego Pucará (2 de agosto), Puno (5 de agosto) para continuar al Alto Perú. Dentro de ese recorrido se habrá de producir un torrente de retórica en discursos y brindis a cargo de oradores que rivalizan en usar cada uno los más encendidos elogios, valiéndose de epítetos o de símiles que a veces rayan en la extravagancia o la afectación, quienes utilizan el asidero de la erudición antigua, de Plutarco para abajo. De ese caudal difuso y abigarrado, se salva por

su brevedad, concisión y justeza expresiva la célebre arenga dicha en Pucará, el 2 de agosto, por José Domingo Choquehuanca, hombre culto, graduado en la Universidad de Chuquisaca. (2)

La arenga de Choquehuanca

Choquehuanca no quiso formular en su arenga un juicio histórico sino ofrecer una imagen literaria del hombre que acababa de realizar una hazaña memorable, la más grande que había presenciado América. Esa imagen está bordada no con los recursos de la trillada retórica al uso en ese momento, sino con el criterio del hombre de la Ilustración, cuya ideología penetraba las mentas cultas de entonces.

Desde la primera frase ("Quiso Dios formar de salvajes un gran imperio...") está latente la idea del "buen salvaje" de la Ilustración, que habia sido capaz de contribuir un imperio poderoso. cuya organización admirable idealizaban los ideólogos franceses de Voltaire a Marmontel.

Pero al mismo tiempo conjuga el providencialismo aprendido en sus lecturas de Bossuet, que cree reconocer en todo acto de creación la mano divina que en última instancia todo lo decide ("creó a Manco Cápac, pecó su raza y lanzó a Pizarro...").

Mas en la frase siguiente ("Después de tres siglos de expiación ha tenido piedad de la América y os ha enviado a vos"...) se llega a una conciliación entre Bossuet y la Enciclopedia: es el individuo predestinado, esta vez enviado por Dios, el que determina los pasos de la historia, el que define las situaciones sociales.

El providencialismo sigue dominando el pensamiento en la frase que sigue ("Sois, pues, el hombre de un designio providencial: nada de lo hecho antes de vos se parece a lo que habéis hecho...") y viene entonces la hipérbole laudatoria que se mantiene sin embargo dentro de los límites de lo discreto ("y para que alguno pueda imitaros, será preciso que haya un mundo por libertar...").

Pero el orador no se detiene en el presente sino que augura algo importante para el futuro de acuerdo con la idea del "progreso" propia del Iluminismo, ("Habéis fundado tres —cinco serían después— repúblicas, que en el inmenso desarrollo a que están llamadas, elevarán vuestra grandeza a donde ninguno ha llegado:") o sea el desarrollo progresivo que con altibajos y relativa secuencia vendrá después de la Independencia y que solo empezará a vislumbrarse con certeza 150 años más tarde.

Concluye la arenga con la afortunada figura comparativa que ha brindado nombradía al autor y supervivencia al producto de su creación ("Con los siglos crecerá vuestra gloria, como crece la sombra

cuando el sol declina"). Se trata de una hipérbole laudatoria pero de indudable buen gusto.

Pocas veces se ha logrado decir o sugerir tanto en tan pocas frases. Y ello contrasta con la oratoria usual en ese momento, tan altisonante como farragosa, vigente aún la herencia de la retórica clasicista y académica. Choquehuanca se perfila como un orador moderno y directo, racionalista y vibrante, dotado de inteligencia, cultura y emoción poética.

La Epístola de Pando

El mismo corte de Coquehuanca, o sea el alabar y extasiarse ante la obra bolivariana realizada y de prever un futuro optimisma y aun más, el señalar los senderos que deben llevar a ese resultado feliz, se puede advertir en la expresión poética de José María de Pando, consejero, colaborador, ministro de Bolívar y representante en el Congreso de Panamá (3). La **Epístola a Próspero** es un poema de tono mayor, de bella estructura formal y rico contenido expresivo. En esa "carta en verso" podemos descubrir varios sectores, a saber: 1) Una inicial prevención de que no se trata de loar, ni quemar incienso, ni incurrir en adulación (que en esos días era frecuente especie) ni de formular "loores serviles", según propias palabras del poeta. 2) Sin embargo, el poeta se pregunta cómo podría alabar a un héroe si sus hazañas son superiores a las efectuadas por los protagonistas principales de la **Iliada,** la **Odisea** y **La Eneida,** pues ninguno de éstos logró la realización de Bolívar: "Medio planeta emancipado". 3) el autor exalta la obra grandiosa de dar libertad a tantos pueblos y dice '-Salvaste el suelo de los Incas". 4) El poeta cambia de tono y en vez de referirse a lo ya realizado, señala lo que resta hacer: "Dadnos leyes sabias, justas, estables". 5) El poeta se esfuerza en prevenir la elección del "horrible sendero" de la demagogia y el despotismo y recomienda rechazar "dañosas doctrinas y consejos hipócritas". 6) El poeta invoca la libertad, pondera la inteligencia y ve "brillar la fama" de Bolívar, olvidando sus posibles errores y afirmando sus grandes virtudes para hacer la grandeza de América. 7) Pronostica, finalmente, que la "vetusta Europa" decadente recibirá los beneficios de América, pues los americanos del futuro le llevarán las realizaciones de la libertad, a fin de que no se extinga la civilización sobre la tierra.

El poema de Pando tiene menos vuelo y alcance que el Canto de Olmedo que veremos luego, pero su calidad literaria y su concepción ideológica y poético es de análoga valía. Ambos creadores manejan el verso con dominio y fluidez.

El Canto de Olmedo.

Inspirándose en Píndaro, cantor griego de los atletas vencedores en los juegos olímpicos, José Joaquín de Olmedo (4), presintió ya la gloria de Bolívar al conocer la noticia del triunfo en Junín. Escribe entonces su **Canto a Junín** en el segundo semestre de 1924 y que complementa un año más tarde. En este "canto de victoria" que ha de adoptar el título definitivo **La Victoria de Junín—Canto a Bolívar,** proclama Olmedo "a Bolívar en la tierra / Arbitro de la paz y de la guerra". Podemos seguir la inspiración del poeta, anotando las partes esenciales del Canto. 1) Domina el animismo de la naturaleza. Los Andes, los grandes testigos de la acción de Junín, fungen como heraldos de libertad y de victoria y dicen al mundo el triunfo bolivariano: "Venció Bolívar: el Perú fue libre". 2) Bolívar es definido como un personaje mitológico: "hijo de Colombia y Marte". 3) Se describen poéticamente todas las incidencias de la batalla.

4) Se despliega la acción de los principales caudillos patriotas, semejantes a los héroes de la epopeya homérica. 5) Ingresa Bolívar con su espada rutilante al combate: el nombre de Colombia en su frente despide luz que refulge y espanta a los españoles.

6) El poeta lanza una invocación para que el Sol, dios del Perú, no se esconda y dé tiempo y luz para la victoria. 7) "¡Victoria por la Patria! ¡oh Dios! Victoria! Triunfo a Colombia: y a Bolívar gloria". 8) Hace su aparición Huayna-Capac, el último Inca del Imperio antes de la llegada de los españoles. Este personaje relata la grandeza del Imperio, la devastación de la conquista, los sufrimientos de los peruanos. Glorifica al "divino Casas (Bartolomé de las Casas) de otra patria digno". Finalmente, exalta a Bolívar como "hijo y amigo y vengador del Inca". 9) Huayna-Capac predice la victoria de Ayacucho: "¡Oh valle de Ayacucho bienhadado / campo serás de gloria y de venganza". Bolívar ha de trazar allí el nuevo triunfo y "al joven Sucre prestará su rayo". 10) Describe el poeta la batalla de Ayacucho, en que ceden "el número al valor, la fuerza al arte". 11) El nombre de Bolívar —dice Huayna-Capac— "recorrerá la serie de los siglos". 12) El poeta formula una invocación al Sol para que no desampare a América ni deje de fecundar su tierra y brinde: "a las armas victoria; / alas al genio y a las Musas gloria". 13) Olmedo declara finalmente que ha cantado "la gloria y el destino del venturoso pueblo americano" y sólo reclama como premio

"una mirada tierna de las Gracias
y el aprecio y amor de mis hermanos,
una sonrisa de la Patria mía
y el odio y el furor de los tiranos".

Apreciación del Canto de Olmedo

El **Canto a Junín** constituye una firme expresión de la naciente literatura americana. Si bien es cierto que recoge todo el legado de la época clásica (ya que Homero y Virgilio respaldan la estructura del poema) también es cierto que la ambientación recoge el paisaje sudamericano. Los Andes, aunque vistos desde fuera, juegan un papel protagónico. De otro lado, no sólo la geografía sino también la historia se ha incorporado en el canto. El personaje Inca Huayna-Capac juega un papel importante dentro de gran parte del poema. De tal suerte, resulta la obra una de las primeras expresiones del "indianismo" literario.

El propio Bolívar resulta estrechamente vinculado a la historia literaria del Perú con su comentario casi inmediato a la aparición del canto de Olmedo. Revelando su cultura literaria, estando en el Cuzco, Bolívar escribe a Olmedo sus cartas de 27 de junio y 12 de julio de 1825, agradeciendo el envío de los primeros textos. No se limita a un acto de cortesía sino que objeta dos importantes aspectos:

a) "La introducción del canto es rimbombante", dice Bolívar lamentando aquel comienzo: "El trueno horrendo que en fragor revienta"... El efecto onomatopéyico buscado por Olmedo no justifica el gasto de retórica fácil y sin grandeza de este fragmento, indudablemente inferior al resto del poema. La crítica de Bolívar no ha perdido su vigencia después de 150 años.

b) Reprocha Bolívar también la excesiva importancia del personaje Huayna-Capac, "un coloso", el genio, el héroe. Por lo demás, no debería alabar a la religión que lo destruyó ni propugnar el gobierno de extranjeros en vez de Incas, pues según Bolívar (conocedor de Boileau) "la naturaleza debe presidir a todas las reglas" y en el conjunto de sus intervenciones, según la crítica bolivariana, Huayna-Capac resulta "demasiado hablador y embrollón". En lo demás, Bolívar coincide con la crítica coetánea y la posterior en que el Canto es una de las más altas expresiones de la épica producida en tierras latino-americanas.

El poema de Pérez de Vargas

Por aquellos días de 1825, José Pérez de Vargas (5) publica **El Vaticinio,** poema en que exalta la voluntad heroica de Bolívar —el "Febo Peruano"— en la plenitud de su gloria y poder, después de Ayacucho. A poco de esa publicación, recibe Pérez de Vargas la Medalla del Libertador y un nombramiento de Director General de las escuelas de la República.

Pérez de Vargas no pretende abarcar todo el derrotero de las etapas de vida y de acción del Libertador. Se limita en **El Vaticinio** a enfocar un aspecto restricto pero significativo de su acción vital. Es

así cómo centra el nudo de la primera parte del poema en el episodio del juramento en el Monte Sacro. Las palabras exactas del Libertador dichas desde lo alto de la colina romana, se reelaboran en una versión con más amplitud y adobo, no exenta de cierta romántica efervescencia, que no anduvo tampoco remisa en el **Canto a Junín** ni aun en otros textos de literatura de reflexión. Así observamos que el aura de la victoria inflama la inspiración de los poetas hacia las primeras estribaciones románticas, y de tal suerte, Bolívar y la gesta bolivariana resultan impulsando, en el proceso de la literatura peruana, las primeras manifestaciones de una nueva corriente literaria y, en tal forma, se trueca un neo-clasicismo formal en las iniciales notas del romanticismo.

En **El Vaticinio,** Pérez de Vargas toma en préstamo su propio y subjetiva experiencia vital. Los años de aprendizaje en Italia, su ambular de niño inquieto por la campiña romana, su emoción ante el paisaje de Lacio y la huella de lecturas de la poesía virgiliana, integran el contexto del poema, teñido así de íntimas vivencias. La reminiscencia de los paisajes romanos, inmersos en su preciada vivencia juvenil, se vacian en las estrofas descriptivas del episodio del Monte Sacro.

La lectura atenta del poema, descubre esa experiencia cuando desbrozamos los ramajes clasicistas de "la selva de Helicona", los enjambres de cisnes canoros, los fulgores de Febo y se disipan las nieblas del Olimpo, que constituyen la armadura del poema y entonces se destaca "el apacible Rimac" que hace propicia la acción de Bolívar, "héroe americano", conducente a "el gran fallo de su emancipación" y a la consecución de la grandeza de los pueblos de este continente.

De esta manera, en el poema pueden precisarse dos partes, una de inspiración neo-clásica, en que el poeta se sumerge en la fronda clasicista y otra, la segunda, la del vaticinio de la diosa olímpica, que desenvuelve el alado pensamiento en la exaltación de las virtudes de la tierra americana y en la misión constructiva de la gran tarea deparada por el destino al genio de Bolívar:

> ¿Quién al oír de tu clarín sonoro
> el épico fragor no se conmueve
> de extraña, ignota fuerza arrebatado,
> cual inexperta mano a la violenta
> sacudida de eléctrica centella?

Exaltación romántica del paisaje americano

En el primer sector del poema, desenvuelve el poeta la intrincada trama de la mitológica visión del mundo antiguo, con las imágenes a veces muy trilladas de las clásicas y neoclásicas letras. Más en el segundo sector, el poeta pinta el mundo en que le tocará actuar el Libertador y entonces su pluma cambia de motivos y se hace descriptiva (a la manera de Andrés Bello en la "Silva a la agricultura en

la zona tórrida") de los atractivos naturales del Nuevo Mundo. El recargado espejo de la primera se trueca en el sencillo reflejo de la segunda, donde además de ser todo "maravilloso y grande", imperan allí las ideas de patria y libertad. La hipérbole se encarna en el paisaje, y asoma el romántico que canta la fertilidad de la tierra, que exalta la opulencia de los valles, que describe montañas, las cuales "lindan con los astros" y que además "tiemplan el fuego' de la zona tórrida "con sus eternas nieves". Allí viven "animales raros" y cruzan inmensos ríos y frutas extrañas hermosean sus campiñas y a más de todo, se prodigan el oro y la plata. Es un panorama de Jauja de la leyenda. El hombre mismo alcanza calificativos excelentes como "firme", "infatigable" y "esforzado" y detesta la esclavitud y la infamia "de vivir dominado por tiranos".

En esas tierras, hiperbólicamente descritas, el Libertador podrá establecer un imperio de las leyes y crear el ideal de la paz y la abundancia para que prevalezcan la justicia y todas las virtudes. Allí se establecerá la industria próspera, se castigará el fraude, se protegerán las letras, se amparará al pobre frente al poderoso y se verá realizado el ideal de reunir múltiples y distantes pueblos en una gran familia, gobernados bajo las mismas leyes por el Libertador. El vaticinio de la diosa resulta ya, a esa fecha, un ideal cumplido en la concepción optimista del poeta. Todo es allí maravilloso y grande:

> Allí es fértil la tierra, claro el cielo
> opulentos los valles y montañas
> que lindan con los astros y atraviesan
> ese gran continente a quien dió nombre
> el etrusco Américo, en unas partes
> el fuego tiemplan de la ardiente zona
> con sus eternas nieves.....

Tanto la visión de la historia como la concepción de la naturaleza americana resultan así, en la creación del poeta, motivos o temas **abiertos** aunque no para retorcimientos expresivos o excursos barrocos. La especulación poética encuentra en lo histórico aliento para un cuadro neoclásico, y en lo paisajístico asidero para la emoción romántica. Se advierte así, al igual que en Olmedo, que el creador actuaba en un mundo de transición, en una etapa de cambio entre dos modalidades del poetizar: el retrotraerse a la mitología y el proyectarse a la descripción algo exagerada de la naturaleza agreste de América.

Otras expresiones poéticas

En esos mismos meses en que aparecieron las creaciones poéticas de Pando, Peréz de Vargas y Olmedo, hubo un pintoresco desborde de, poesía popular de circunstancia que inundó Lima, Cuzco, Puno

y otros lugares del Perú. La loa simple e ingenua parece dominante en estos ejemplos:

En brazos de la victoria
entre fiestas y agasajos
que al más sencillo contento
ha inspirado a los Peruanos,
entra el insigne Bolívar,
entra el Padre Americano
en la corte de los Incas.
... ... (Cuzco, 1825)

Oh Bolívar excelso tu nombre
escoltado de gloria será:
mientras dure la estirpe del hombre
tu memoria también durará.
... ... (Lima, 1925)

Que se alegren los libres del mundo,
hoy el grande Bolívar nació;
nuevo Alcides, pavor de tiranos,
y de América, gloria y amor.
... ... (Dr. Fernández, Cuzco 1825)

El Perú ha recobrado gozoso
a la sombra del Libertador,
los derechos de que era privado
y clamaba con loable ardor:
Viva el héroe que vino a librarnos
y volvernos a nuestro esplendor.
... ... (F.S.M., Cuzco, 1825)

El Perú cual esclavo gemía
só la espada del rey más injusto,
e indignado Bolívar el Justo,
"Basta dijo, no más tiranía".
... ... (J. M. Corbacho, Arequipa, 1824)

Ya levanta orgulloso la frente
El Perú que gimió en la opresión.
Es ya libre todo el Continente:
Loor eterno al invicto Simón.
... ... (Canción anónima, Lima, 1824).

Eterno es el honor de los Varones
que libertan a los pueblos oprimidos,
porque en los corazones
están sus grandes hechos esculpidos.
Cuando pasen, Bolívar, tus marciales
victorias y reposes entre iguales
cual simple ciudadano,
te dirá Padre, con amor profundo,
el pueblo americano
y Héroe Libertador del Viejo Mundo.

(Bolívar, Lima Libre y Pacífica, por José Manuel Valdéz, poema en 32 décimas, fechado en Lima, 1825), (6).

El Elogio y la sátira de Larriva

En medio de este vendaval arrollador de mala poesía, se perfila débilmente la figura de José Joaquín de Larriva (1780-1832), clérigo tornadizo y veleidoso y polifacético que tanto escala a la tribuna de la Universidad como baja al sumidero del periodismo satírico. El 2 de junio de 1926 (después del viaje de Bolívar al Cuzco y Alto Perú) pronuncia Larriva el discurso de **Elogio** en el acto de homenaje organizado por la Universidad de San Marcos en honor del Libertador. En él recorre la biografía de Bolívar, sin muchos vuelos ni originalidad, como en la frase donde afirma que Bolívar era capaz de "dar admiración al enemigo, cuando no podía darle miedo" y continúa diciendo que Sucre está "marchando con pasos tan veloces hacia la inmortalidad, para que llegues cuanto antes y seas colocado en su templo augusto, al lado de Bolívar". Finalmente afirma del propio Bolívar: "Yo no quiero verte distante de nosotros ni aun con los ojos de la imaginación por que tiemblo por la suerte de mi amada república, a quien veo amenazada de un contraste de que es capaz de salvarla la diestra sola del Marte colombiano".

Más poco después de ese encendido **Elogio** —en febrero de 1928—, Larriva se torna detractor implacable y dirige su sátira vitriólica contra Bolívar y lo que éste representa:

Cuando de España las trabas
en Ayacucho rompimos,
otra cosa más no hicimos
que cambiar mocos por babas.
Nuestras provincias esclavas
quedarán de otra nación.
Mudamos de condición
pero sólo fue pasando
del poder de don Fernando
al poder de don Simón.

Pero no se detiene en Bolívar, pues también zahiere con furor a su antes elogiado Sucre:

Sucre el año 28
irse a su tierra promete,
¡cómo permitiera Dios
que se fuera el 27. (7).

Transcurren algunos años de intensa inquietud política en nuestra naciente república, poco propicia a la actividad intelectual.

Hay un vacío de ecos bolivarianos en las letras peruanas de los años 30 y 40 del siglo XIX. Sólo a mediados de la centuria podemos advertir débiles muestras de poesía dedicada a Bolívar pero, sobre todo, las primeras expresiones calificadas de la narrativa que incorpora a Bolívar como personaje central de los relatos.

El romanticismo y Bolívar

La generación romántica de mediados del siglo dio sin embargo a luz algunas muestras líricas. Un soneto del poeta José Toribio Mansilla (1823-1889) comienza así:

De gratitud y de respeto muda,
la hija del Ande que besó tu planta,
tu sombra ve, que en siglos se agiganta
y de pie sobre el Misti te saluda.

("Arequipa a Bolívar")

Carlos Augusto Salaverry le dedica estrofas de admiración:

Su mirada un relámpago fulmina
que hiela el alma del feroz ibero:
con él un mundo el porvenir batalla
y obediente a su voz la muerte calla.
... ...

Hay otras muestras similares de Clemente Althaus, de Federico Flores Galindo, de Manuel Adolfo García, quien le dedica 29 quintillas, y de Manuel González Prada todos representados en las antologías del romanticismo peruano. Entre ellos figura también un caraqueño, sobrino del Libertador, que residió la mejor parte de su vida en el Perú —adoptando la nacionalidad peruana— haciendo obra de cultura y de labor intelectual amplia en poesía, en narrativa, en el ensayo y en el teatro: Juan Vicente Camacho (1829-1872).

El "Canto a Bolívar" de Camacho se publicó en **El Heraldo de Lima** (8). Es un poema descriptivo de la acción bolivariana en el continente sur, dividido en 5 partes, precedidas en un epígrafe cada una.

Estos epígrafes son reveladores de sus intereses culturales: una estrofa de José (y no Juan) Domingo Cortés, poeta y antólogo latinoamericano (que puede ser también el poeta boliviano Manuel José Cortés), una cita del Evangelio de San Juan, un verso de Zorrilla, una frase de Bolívar y, finalmente, dos versos del propio Camacho provenientes de otro poema suyo, "Exequias a Bolívar". Acaso estos epígrafes nos den la clave de su orientación literaria: hacer obra literaria americanista como ya propugnaban Bello y Cortés, mantener la tradición, una adhesión plena al romanticismo en boga con el homenaje a Zorrilla, poeta de la predilección de todos los románticos; la admiración a Bolívar, su obra y su genio en la cita del mismo, como buen lector suyo y, por último, el tesimonio de su propia adhesión, no improvisada y con preciso antecedente. Algunas estrofas del Canto son una muestra ilustrativa:

Tres centurias del torpe servilismo
lanzaron a Bolívar de su seno
que apareció con el fragor del trueno
para arrojar tiranos al abismo.

Nada detiene su gigante paso,
su genio y su valor forman su guía;
alza el pendón de Libertad su brazo
y la América vió de su victoria
alzarse al fin el luminoso día.
... ...

Ya su patria está libre,
ya el ancho mar surcaron sus tiranos;
más antes que en sus míseros hermanos
su rayo atroz el despotismo vibre,
atraviesa los Andes,
marcha ligero, vuela...
La patria de los Incas
aún gime presa en extranjeros lazos
y recibe anhelante
al lidiador triunfante
y le abre al punto los ardientes brazos.

No obstante el desigual contenido poético de las estrofas de este extenso poema, y de su indudable sabor olmediano, la concepción temática o de asunto corresponde al criterio literario y al gasto retórico de la época, aunque menos recargada de elementos alegóricos usuales en algunos poemas de la etapa anterior dedicados a la misma figura epónima.

De esta suerte, pasada la media centuria del XIX, el culto literario al Libertador era muy vivo en el Perú, en un momento (1854) en que ya se corría el velo de los rencores y apóstrofes contra España, que a poco en 1864 habrían de revivir ante el intento infortunado de res-

taurar la dominación hispánica mediante la acción naval en las costas sudamericanas del Pacífico.

Bolívar y los tradicionistas

Pero la corriente romántica enseñoreada en la segunda mitad del XIX, da un vuelco formal en la exégesis del Libertador. Su figura dejará de ser la predilecta de los poetas para tornarse la favorita de los prosadores. El tema bolivariano es trasladado de la poesía —ya un tanto desmayada y perdido su vigor épico— a la prosa narrativa, al cuento histórico, que resulta llamado en América del Sur y Central, la "tradición". Pero no sólo acoge a Bolívar como personaje en el relato corto sino que, como hemos de ver, también la novela no hará asentarse con fortuna en sus páginas.

En otro lugar hemos estudiado la singular trayectoria del escritor venezolano Juan Vicente Camacho en el Perú, su tónica multifacética y su capacidad de iniciativa intelectual. Resulta él sin duda el que bautiza el cuento histórico con el nombre de "tradición", denominación incorporada e impuesta inmediatamente después por el genio creador de Ricardo Palma. Corresponde también a Camacho el haber iniciado en Lima el tratamiento del anecdotario de Bolívar como fuente de "tradiciones" o relatos cortos del tipo del cuento histórico. Hemos recopilado, tomándolas de la **Revista de Lima** (1859-1863), dos "tradiciones" que integran el volumen de Camacho **Tradiciones y Relatos** (9). Sus títulos son: "Recuerdos de antaño" y "Una página de Homero", con ambiente venezolano de fines del XVIII y comienzos del XIX. Su personaje principal, el futuro Libertador de América del Sur, tío abuelo suyo. En "Recuerdos de antaño", se recogen tres anécdotas: la que protagoniza Juan Vicente Bolívar y Palacios, a mediados de 1780, y en la cual se relata una incidencia profética en el bautizo de Simón, y otras dos más de la juventud de éste, o sea el diálogo con el príncipe Fernando en Madrid y finalmente la conversación con Humboldt, en la isla de St. Thomas, que después reseñó Mancini, situándola en París. En "Una página de Homero" se vierten otras anécdotas de Bolívar, tales como el episodio de la liberación de sus esclavos, después de la lucha con Boves y el sacrificio de Ricaurte.

Podemos afirmar sin exageración alguna que Camacho resulta el promotor del tema bolivariano en la narración latinoamericana, cuando aún eran débiles tanto esta corriente como el culto bolivariano. Descubrió que el asunto o motivo bolivarianos eran ricos en sugerencias y materia tanto para la poesía como para la narrativa literaria. Su aporte fue el presentar estas posibilidades a otros escritores de su generación, dentro y fuera del Perú y de Venezuela. La fuente descubierta por Camacho resulta de inmediato explotada por Ricardo Palma en múltiples formas, con recursos literarios muy felices y sobre todo, extravendo los asuntos de los recuerdos conservados todavía en distintos lugares del país, en que tuvo desarrollo la gesta bolivariana.

Bolívar en las "tradiciones" de Palma

Ricardo Palma, que constituye sin duda no sólo la más alta expresión del romanticismo peruano sino uno de los calificados pilares literarios del siglo XIX en toda América Latina, escribió a lo largo de la segunda mitad del XIX, hasta once "tradiciones" en las que Bolívar es el personaje principal. Ellas fueron el producto de una paciente investigación no sólo en los textos y documentos históricos sino de la difícil tarea de recoger la tradición oral. Gentes de Pativilca, Barranca, Sayán, Trujillo, Huamachuco, Cajamarca; Caraz, Huaraz; Junín; Huancayo; Lima; Ica; Arequipa, Cuzco, Puno y otras ciudades y aldeas conservaban todavía en la segunda mitad del XIX el recuerdo vivo del conocimiento directo del Libertador o de las cosas y personas que lo rodearon en el Perú. Palma tuvo corresponsales eficientes en lugares claves del Perú: como Trujillo, Huaraz, Chuquisaca, Cuzco los cuales le proporcionaron datos preciosos que él adobó con su rica fantasía y el donoso saber decir que lo distinguía. Además de las once mencionadas, y otras ocho que versan sobre el lapso entre Junín y Ayacucho, Palma parece haber escrito unas cinco más que figuran en el tomo reservado, recientemente aparecido con el título **Tradiciones en salsa verde (10).**

En su juventud, Palma tuvo oportunidad de conocer, cuando era contador de barco y hacía extensos recorridos por la costa peruana, a Manuelita Saenz, ya anciana, residente en el puerto de Paita. Como producto de esa vivencia, a "la Libertadora" le dedica dos relatos, uno de tipo memorialista, que contiene su experiencia vivida, una especie de reportaje a la anciana, y otro, una verdadera "tradición", a propósito del eufemismo limeño adoptado por las damas jóvenes para rechazar pretendientes, mediante el envío de "la carta de la Libertadora".

Con las once tradiciones primeramente mencionadas, Ventura García Calderón compuso una edición que tituló **Bolívar en las tradiciones peruanas (11).** Mirados en conjunto, conforman estos relatos una imagen cordial y humana de Bolívar.

Bolívar en los demás "tradicionistas"

Palma "hizo escuela" con sus tradiciones, y sobre todo con las referentes a Bolívar. Ello se demuestra con varias obras posteriores, la de Juan Francisco Pazos Varela: **Así era Bolívar** apuntes o episodios biográficos de poco vuelo literario (12) y la de Carlos Camino Calderón: **Tradiciones de Trujillo** (13) que incluye 9 "tradiciones" ambientadas sobre todo en Trujillo y otros lugares del norte del Perú, de buena estirpe literaria y ameno sabor popular, semejantes a las que también escribió Celso Víctor Torres (1859-1918), discípulo aprovechado de Palma en Huaraz, quien sin embargo no llegó a coleccionarlas en libro.

El mismo Carlos Camino Calderón escribió otro volumen con reminiscencias bolivarianas titulado **Anecdotario de los Libertadores. (14).**

Pero no queda en sólo ésto el aporte de los "tradicionistas" peruanos de la "escuela de Palma".

Numerosos relatos del pueblo referidos a Bolívar y su circunstancia peruana, han recogido hasta nuestros días Luis B. Cisneros, Eleazar Boloña, Abelardo Gamarra, Juan Salaverry, Augusto León Barandiarán, Juan de Mata Peralta, Enrique D. Tovar, Luis Alayza Paz Soldán y Ciro Alegría (14a). Algunos de ellos como Cisneros, Gamarra, León Barandiarán y Alegría se improvisaron "tradicionistas" ocasionales, ya que cultivaron como característicos otros géneros literarios. Al impulso y por la sugestión del tema bolivariano, no pudieron dejar de ofrecer su contribución. Podría decirse que Bolívar los hizo "tradicionistas", dejando de lado sus géneros preferidos. Entre los demás (con la excepción de Juan Salaverry, de quien no hay más rastros de escritor), Boloña y Tovar muestran obra considerable referida a otros temas de la creación literaria.

Es también interesante observar que estos "tradicionistas" bolivarianos extraen sus temas del folklore popular, más que de fuentes escritas, y que incorporan a todos los ambientes de las regiones del país en sus relatos al recoger episodios ocurridos a lo largo de los recorridos de Bolívar por el territorio peruano. El escenario de sus relatos no es generalmente Lima, ni pudo serlo positivamente, pues por primera vez en la historia peruana, desde el momento de la conquista hispánica, la acción de Bolívar demostró que la posesión de Lima no era decisiva y que la suerte de la gesta emancipadora debía resolverse en la sierra, en la entraña misma del país, desde donde deberían decidirse los destinos de la República.

No cabe duda que la "tradición", género literario surgido en el Perú y que tuvo una extraordinaria difusión y cultivo en toda Hispanoamérica, se tonificó considerablemente con el tema bolivariano como lo demuestra el número crecido de las escritas por Ricardo Palma (más de una veintena) y Camino Calderón (más de una decena) y el anecdotario nutrido que recogieron este mismo y Enrique D. Tovar y otros escritores peruanos. La "tradición", como mixtura de historia y ficción, recogía simultáneamente el acontecer real y el testimonio verdadero en torno de la figura de Bolívar y también el aura de leyenda y la atracción mítica que despertó la personalidad del Libertador, hasta convertirse en personaje predilecto de la imaginación popular.

Los "tradicionistas" revelaron que el tema o asunto bolivariano toma su fuente en el pueblo y que elaborado con el arte del relato usado por el escritor, llegaba también al pueblo más fácilmente que los poemas épicos que constituían sólo expresiones de una clase culta minoritaria, sin mayor eco o arraigo popular. De aquí el buen éxito de éstos

"tradicionistas" que, en un momento de nuestra evolución literaria (en la segunda mitad del XIX) llegaron a constituír una manifestación literaria (tal vez la primera) de auténtica originalidad americana, de madurez creadora, de superación de la "minoridad" artística que se había conformado antes con sólo imitar el patrón literario europeo. Había surgido un género nuevo y con él también los contenidos de inspiración raigal americana, sin dependencia extraña, en que la literatura tomando sus esencias del mito popular encarnado en el personaje epónimo propio, expresaba un sentir y un pensar dotado de validez artística.

Bolívar en la novela peruana

Entrado el siglo XX, es manifiesta la disposición de incorporar al Libertador como personaje de novela o relato extenso. Inicia esta modalidad literaria Pedro Dávalos Lissón (1863-1942) con su libro **Bolívar — 1823-1827 — Episodio de la Independencia Peruana** (15), escritor que ha sido poco estudiado por la crítica y hasta menospreciado con injusticia. Aunque otras obras suyas de la misma índole histórico-novelesca (como **Manuel Pardo**, (Lima, 1915, **Leguía,** Lima 1928 y **San Martín,** Barcelona, 1924) se resienten de cierto carácter folletinesco y carecen de firme estructura estética, no habría duda en establecer que su mejor obra fue **Bolívar.**

Desenvuelve con soltura Dávalos Lissón una novela histórica sobre la vida y acción de Bolívar en el Perú, entre 1823 y 1825. Ella complementó un semejante intento realizado por el mismo autor con la figura de San Martín durante los años inmediatamente anteriores: 1820 a 1822. Sobre la base del cuadro histórico real, Dávalos urdió una trama de vida local con personajes ficticios mezclados con reales. Quien lea estas realizaciones literarias no dejará de asociar en la mente la técnica, el estilo y los recursos utilizados en los **Episodios Nacionales** de Benito Pérez Galdós.

Dávalos debió sufrir el probable impacto de la lectura de **La vuelta al mundo de la Numancia,** para la cual Galdós escogió el mismo ambiente peruano en logro eficaz y atractivo.

El **Bolívar** de Dávalos Lisson constituye una de las primeras realizaciones decorosas de la novela histórica en el Perú, comparable sólo con la serie de igual índole que sobre los primeros años de la República escribió, más tarde, Francisco Vegas Seminario o también Luis Alayza sobre el ambiente de la segunda mitad del siglo XIX. Había antecedido a todos un escritor decimonónico, Fernando Casós, con sus "Romances históricos" de la época de las especulaciones del guano, en los decenios de 1860 y 1870. Pero Casós fue sólo el político que incursionó eventual o interesadamente en la literatura, sin mayor carga de experiencia ni vocación literaria persistente.

La dignidad con que Dávalos acometió el empeño de novelar a los Libertadores es sin duda encomiable por lo que significa como antecedente y tarea preparatoria para otras direcciones de la narrativa que habrían de desenvolverse más tarde.

Los tensos años de 1823 y 1824, en una Lima castigada por la guerra emancipadora, es el marco escogido por Dávalos para bosquejar la figura y la acción de Bolívar, en medio de intrigas, infortunios, traiciones, espionaje en que actúan personajes reales o ficticios. Las correrías de un agente secreto que viniendo del campamento patriota se introduce en la capital re-ocupada por las tropas realistas en 1823 y que establece enlace con los partidarios de la patria independiente, da margen a un cuadro muy vivo de la situación del país, previa al triunfo final de Ayacucho. La técnica de la novela histórica de Dávalos —que es común a todo el género— consiste en entretejer dentro de la narración propiamente histórica una intriga amorosa y algunos episodios imaginarios, a cargo en gran parte de personajes ficticios, intriga a la cual pueden, al mismo tiempo, no ser extraños (directa o indirectamente) los propios personajes reales. Todo ello sin perjuicio de crear un ambiente de acción novelesca en que se combinan escenarios convencionales, cuadros costumbristas y descripciones adecuadas y adobadas con los giros de lenguaje propios de la época. En medio de esa urdimbre de imaginación y realidad, la verdad histórica fundamental es respetada. El autor luce una excelente información historiográfica y ofrece datos precisos de los acontecimientos sucedidos, como en las mejores páginas de **La Cartuja de Parma** de Stendhal o **Salambó** de Flaubert. Pero en el estilo y no solamente en la técnica se trasluce la tónica "galdosiana", captada seguramente a través de largas lecturas de los **Episodios Nacionales.** El ritmo de la frase y la construcción sintáctica presentan notorias semejanzas. Mas aunque el autor peruano lleve a cuestas ese caudal ajeno, no desdice su decoro y luce sin desmedro otros valores propios. Cuidadoso de su estilo, celoso de su misión de escritor, Dávalos realizó obra perdurable.

En la misma línea, se produjeron dos novelas históricas sobre Bolívar: **Tiempos de la patria vieja** (1926) por Angélica Palma y **Amor y Gloria, el romance de Manuela Saenz y el Libertador** (1952) por María Alvarado Rivera. La más lograda es la primera (15-A), concebida en el conflicto entre padres conservadores del antiguo régimen e hijos ganados por la nueva ideología, con acierto en la pintura de caracteres y la reconstrucción del ambiente histórico.

Un empeño más ambicioso y menos logrado concluyó en años recientes Enrique Escribens Correa, autor de la novela **Amaneció en la cumbre,** publicada primero como folletín del diario **El Comercio** y luego en volumen (16). Este extenso relato novelado pretende abarcar toda la vida intensa del Libertador, sus hazañas, sus visiones y sus logros. Es demasiada materia para un empeño novelístico de este tipo y, en consecuencia, se le escapan momentos decisivos y se desperdician

acciones que en otras circunstancias podrían haber merecido más elaborado y técnico tratamiento. A pesar de la densidad de la materia, el autor se permite disgresiones acerca de la historia antigua americana que resultan sin duda poco pertinentes o innecesarias dada la riqueza del tema central. El resultado viene a producirse inevitable: el relato fatigoso y lento, falto de vibración y amenidad, pese a la expresión correcta. De otro lado, el testimonio de una admiración sin límites por la obra y acción de Bolívar posterga el juicio crítico y la percepcin de ciertas facetas menos positivas aunque muy humanas. Esta posición carente de estricto sentido crítico hace que la obra, (que por error de concepción se aleja de la novela biográfica, comprensiva a la par de debilidades y grandezas), se convierte en una laudatoria más lírica que épica, cada vez más distante del verdadero sentido de la novela, no obstante la intención contraria del autor de tan arduo esfuerzo y tanta fe bolivariana.

Al mismo tiempo que estas floraciones novelísticas, parece resurgir en el presente siglo la expresión poética dedicada a Bolívar.

Bolívar en el Canto de Chocano

La celebración del primer centenario de la batalla de Ayacucho dio ocasión, en el decenio de 1920, y aún en fechas posteriores, al florecimiento de la poesía con tema bolivariano, al lado de una abundante flora retórica y también de estudios muy estimables que enriquecen considerablemente la literatura de reflexión sobre la acción y la figura de Bolívar.

José Santos Chocano, reintegrado al Perú después de larga estada en México y Guatemala (de 1908 a 1922) y erigido con el apoyo del gobierno de Leguía como poeta oficial, después de una espectacular coronación, recibió el encargo de componer una epopeya sobre Bolívar en 1924. Concibió entonces el poeta el ambicioso proyecto de un extenso poema cíclico titulado "El Hombre-Sol" en 5 cantos. De éstos sólo llegó a escribir el canto IV: **"Ayacucho y los Andes"** (17).

Con gastadas imágenes, con símiles mitológicos que por trillados han agotado ya su fuerza expresiva, con gasto de una retórica poética tramontada, sin originalidad ni vigor poético, Chocano intentó revivir un género caduco. Definitivamente la epopeya había cerrado su ciclo de vigencia un siglo antes. El género sustitutorio es la novela pero no la narración en verso que ensayó Chocano en las débiles estrofas de su único canto. Sólo el prestigio del poeta, ganado con otras muestras de poesía más acordes con la época, pudo sostener el interés por **Ayacucho y los Andes** mientras duró la euforia celebratoria del acontecimiento conmemorado. El canto era en verdad muy inferior al resto de su producción y al vuelo de su talento. La endeblez de su concepción se percibe ya en aquellas primeras estrofas que dicen:

Mudas las cumbres de los Andes,
del Hombre Sol a la presencia,
no se atreven a hablar y temblorosas
en actitud maravillada lo contemplan.

El, sobre el Condorcunca
con su espada golpea:
y a tal espaldarazo
que en fragorosas chispas hace saltar las piedras,
se aparece en la cumbre
la arrogante silueta
de un cóndor que agigántase ahuecando
el velamen sombrío de sus alas abiertas.
... ...

Al Condorcunca el Hombre Sol dirige
una pregunta sin respuesta;
¿No oyes la voz con que te llama el Monte?
Condorcunca: ¡levanta la cabeza!
... ...

En otro fragmento del poema, se oye el diálogo de las cumbres:

—¿Quién es el Héroe
que así hace gala de su impávida firmeza?
Pregunta es de tal cumbre
que otra cumbre contesta:

Córdoba es el Héroe de bronce:
alma fundida en un metal sobre una hoguera
y La Mar es el Héroe de granito:
alma pulida en el silencio de una piedra.
... ...

Se advierten así en contrapunto los recursos homéricos con los olmedianos. Está patente el animismo de los Andes, cual gigantes que dialogan sobre las características de los héroes de la batalla y el fulgor del Hombre Sol. Chocano subtitulaba su Canto "epopeya panteísta", queriendo distraer un tanto su aproximación al animismo que tampoco era novedad mayor en Olmedo. No obstante, **Ayacucho y los Andes** logró impactar momentáneamente a un público desorientado y aún a la crítica más discreta de ese momento, que se dejó impresionar por la arrogancia del poeta. Se repitió el caso con unos sonetos también referentes a Bolívar, que Chocano compuso en Caracas al poco tiempo. (18). El poeta se inspira esta vez en los museos de Caracas y a falta de otros estímulos de más jerarquía espiritual, toma inspiración en los objetos que observa en las vitrinas (la espada, la camisa, el pañuelo), en su fútil empeño de halagar y propiciar la fácil e incondicional idolatría del gran público o de la autoridad munificente. Compone

así un "Tríptico bolivariano" que nada agrega a la fama conseguida en épocas más felices de creación.

Bolívar en el poema de Alberto Guillén

Más cerca de lograr una nueva apreciación poética de Bolívar estuvo sin duda Alberto Guillén (1897-1935), poeta de talento y periodista de gran ímpetu iconoclasta, que irrumpió con varios libros por los años 20 y 30. Convocado un concurso poético con motivo de la celebración de Ayacucho en 1924, Guillén obtuvo el primer puesto con un poema titulado "Glorificación del Libertador", del cual son estas estrofas:

> Y si no, mira a éste, dice el Poeta. Este
> usó la espada como si fuera arado agreste,
> no manejó la espada como guadaña torva:
> por eso cuando pasa, la Humanidad se encorva.
>
> Es de aquellos que tienen espíritu divino,
> que erige la victoria de fracaso en fracaso,
> que tenía en los dedos los hilos del Destino
> y estrechó a un continente con un gigante abrazo.
>
> Mírale, mira:brilla su mirada y su testa
> parece que irradiara de sí toda una puesta
> de sol; con las dos manos ha abierto el horizonte
> y alzado la cabeza tan alto como un monte.
>
> Mírale, mira, dicen que ha bebido el acíbar
> que otro bebió en el huerto santo de los Olivos.
> ¿Gloria? Toda la gloria que conceden los vivos
> él la tuvo. Los hombres lo llamaban Bolívar.
> . . . . . .

Pero tampoco se libró Guillén de los lugares comunes que iban repitiéndose en más de un siglo, como aquel gastado "coro de montañas que dialoga" o los montes que se estremecen de escalofrío. Con todo, esta discreta muestra de poesía épica moderna sin mayores ambiciones de epopeya, anuncia ya el paso a una concepción poética más original.

Bolívar y la nueva poesía

La producción panegírica producida con ocasión del centenario de Ayacucho en 1924 pareció haber gastado el tema poético bolivariano para las nuevas generaciones. Al mismo que un retraimiento de los poetas, cambia el rumbo de la literatura de reflexión sobre Bolívar hacia un examen más reflexivo y riguroso, lejos de las frondas retóricas. Han

de producirse entonces obras fundamentales de pensamientos crítico, en vez de pomposos discursos repetidores de lugares comunes. El exámen de esta etapa exige análisis distinto del que ahora intentamos.

Ya en la década del 60 hubo de aparecer una muestra singular de nueva poesía sobre el Libertador. Abre distintos horizontes en su exégesis la **Cantata a Bolívar** de Augusto Tamayo Vargas. (20). Ensaya Tamayo un canto nuevo prendido a la tierra verdadera de América, a sus íntimas raíces, a su savia de vida natural y elude sistemáticamente la elevación vagarosa de idealizaciones neo-clasicistas y barrocas. Es un canto a la creación del hombre americano, y de sus culturas, de sus productos, de su naturaleza, de la cual va a surgir el genio que "era en sí mismo fuego" y así:

... ...

Allá en el mar, la sombra
—proyección de Bolívar, lluvia de cielo alto,
espejo de un gigante creciendo con el día—
está brotando espiga sobre hervor de ponientes,
entre yuyos, volcanes y tifones de escualos,
golpeando blandamente el corazón del agua.

Y un día crecerá hacia nosotros:
infante de laurel sobre la oscura América,
con aletear y grito de pedernal herido.
Saldrá —como la arena—
por la verde ventana del padre amanecer,
brotadas en sus manos, yemas de libertad.

Con tino y buen gusto, Tamayo ha marginado la fácil caida en motivos trillados, en figuras gastadas, en la prosopopoya y en la retórica inútil. Inaugura la nueva épica sobre el Libertad, sustentada en otros recursos de creación, en la aproximación a fuentes vírgenes de la naturaleza, alimentada con imágenes de prístina originalidad. Bolívar se transfigura en un ser incorpóreo, en una sombra benéfica.

Y un día floreció.
Y vivió entre los hombres
con un bronco sonido entre sus cortas sílabas
y un aletear constante de pedernal herido.
Era su frente: tierno retoño de laurel.
Su pecho: un solo grito.
Su figura: el mediodía al filo de un torrente.
Salió también del padre amanecer,
como la arena,
brotadas en sus manos,
yemas de libertad en largos tallos.
... ...

Y las duras palabras
y las suaves montañas
y los nuevos soldados
caminaron,
con la sombra por guía, por emblema y por luz,
ya en las gradas del trópico,
ya en las playas sin luna
—entre rondas de arbustos y cantos de guijarros—
ya en los llanos azules,
ya en las pampas silentes
donde alargados ángeles de gargantas de bronce
solo dicen: Junín.

. . . . . .

Con esta muestra tan estimable se cierra el ciclo poético de Bolívar en la literatura peruana. Reserva el futuro sin duda otras sorpresas y otros logros cabales que se aparten de las rapsódicas secuencias de filones poéticos agotados.

Queda para otro estudio el tratar la figura bolivariana en el Perú, desde la perspectiva de la literatura de reflexión. Allí trataremos desde las reacciones versátiles de Vidaurre, las admoniciones de Mariano José de Arce y Benito Laso, la defensa razonada y algo extravagante de Simón Rodríguez, las meditaciones de Flora Tristán y el equilibrado juicio de José Manuel Valdez y Palacios hasta los analistas ideológicos del siglo XX como Francisco García Calderón, Manuel Vicente Villarán, Germán Leguía, Víctor Andrés Belaúnde, la acción de la revista **Bolívar** de Pablo Abril de Vivero y el aporte de los últimos ensayistas que en el presente están ofreciendo mayormente la reflexión sistemática sobre las ideas y la acción del Libertador.

---

(1) Entre los muchos epítetos dedicados a Bolívar en el Perú, figuran los siguientes: Próspero (J.M. Pando y J. Pérez de Vargas), el Febo Peruano (Pérez de Vargas), el Hijo de Colombia y Marte, el Marte Colombiano (Larriva), el Padre Americano (anónimo), el Justo (J.M. Corbacho), El Héroe Libertador (J.H. Valdez y P.), el Vengador (Olmedo), el Héroe (Olmedo), el Nuevo Alcides (Dr. Fernández, Cuzco), El Libertador del Mediodía de América (S. Rodríguez), el Dios de la Libertad Americana (Vidaurre), el Hijo Primogénito de la Gloria (Vidaurre), Simón el Peruano (Vidaurre), el Alejandro del Mediodía de América (Vidaurre), El Hombre de la América del Sur (S. Rodríguez), El Hombre del Siglo (S. Rodríguez), El Hombre Sol (J. S. Chocano), el Gigante (A. Guillén), etc.

(2) José Domingo Choquehuanca (1789-1858). Nacido de padres cuzqueños en Azángaro, estudió hasta la secundaria en Arequipa, donde fallecieron sus padres. Luego pasó a estudiar en Chuquisaca, a cargo de un tío canónigo. En la Universidad de dicha ciudad se graduó de Dr. en Teología y en ambos Derechos y de Abogado. Volvió a Azángaro para tomar posesión de los bienes de su tío, pero nunca se ordenó de sacerdote. Ejerció los cargos de Alcalde y

Justicia Mayor de esa provincia en 1817. Con Gamarra y Santa Cruz forma parte de la "Logia de los 10" en Puno, (1823). Al paso del Libertador por Pucará, pronunció su célebre arenga (2 de agosto de 1825). Elegido diputado por Azángaro ese mismo año, fue después senador y prefecto de Puno durante el gobierno de Santa Cruz (1835). Se retiró después para ejercer la abogacía y dedicarse a la explotación de minas.

(3) José María Pando (1787-1840). Nació en Lima. Educado en Madrid, resultó diplomático al servicio de España. En Roma conoció a Bolívar. Luchó en la resistencia contra José Bonaparte. En 1811 retornó a Lima. En 1815 viaja de nuevo a España, al servicio del Rey. Nombrado Ministero de Estado por Fernando VII, en 1823. A causa del retorno del régimen absolutista, regresa al Perú en 1824. Bolívar lo nombra Ministerio de Hacienda y luego representante al Congreso de Panamá en 1825. Al regresar en 1826, publica la *Epístola a Próspero.*

(4) José Joaquí de Olmedo (Guayaquil, 1780-1847). Estudios en Lima en el Convictorio Carolino. Catedrático y Abogado. Representante del Virrey nato del Perú ante las Cortes de Cádiz (1810). Diputado al primer Congreso Constituyente (1822). Miembro de la Comisión que invita a Bolívar para venir al Perú (1823) con José Faustino Sánchez Carrión. Diplomático del Perú en Londres (1825-1827). Luego reside en Guayaquil hasta su muerte. Estando allí en 1824, escribe el primer texto de su Canto a Bolívar.

(5) José Pérez de Vargas (1776-1855) autor de *El Vaticinio —Epopeya al Febo Peruano* (Lima, Imp. de la Libertad, por J.M. Masías, 1826, 12 pp.) nació en Roma y se educó en Italia, pero como hijo de padres peruanos tornó siendo todavía joven al país de sus antecesores. Dedicado al magisterio, dejó una obra perdurable en varias generaciones de discípulos. Hizo poesías y cantó a Bolívar, a Unánue y a Larriva. Según dice su informado crítico Alberto Tauro (en *Fénix*, Lima, Nos. 1-2-3-4, 1944 a 1946) "representa a la poesía peruana en ese período de transición vivido durante la Independencia y la afirmación de la nacionalidad, y merece que se le recuerde al lado de Mariano Melgar, de José Joaquín de Olmedo y de J.J. de Larriva".

(6) Las citas que anteceden se han tomado de: *La poesía de la Emancipación*, Antología por Aurelio Miró Quesada Sosa, Colección Documental de la Independencia del Perú, tomo XXIV, Lima, 1971.

(7) Citas también tomadas de *La poesía de la Emancipación*, cit.

(8) Juan Vicente Camacho, "Canto a Bolívar", en: *El Heraldo* de Lima, 28 de julio de 1854, p. 2.

(9) Juan Vicente Camacho, *Tradiciones y Relatos*, Estudio biográfico crítico y recopilación por Estuardo Núñez, Caracas, Bibloteca Popular Venezolana, Ediciones del Ministerio de Educación, 1962, 172 p.

(10) Véase de Ricardo Palma, "Doña Manuela Sáenz, La Libertadora" y "La carta de la Libertadora" en: R. Palma, *Tradiciones Peruanas completas*,

ES PROPIEDAD DEL
BANCO POPULAR DEL PERU
No. 0796
Fecha 16.01.89
BIBLIOTECA CENTRAL

ed. de Edith Palma, Madrid, Ed. Aguilar, 1964, 5ª edición, pp. 1132-1135 y 1010 a 1012. También, R. Palma, *Tradiciones Peruanas en salsa verde*, Lima, Biblioteca Universitaria, 1973.

(11) R. Palma, *Bolívar en las Tradiciones Peruanas*, ed. de Ventura García Calderón, Caracas, Litografía y Tipografía Vargas, 1930. Contiene 11 tradiciones, a saber: La justicia de Bolívar, Las tres etcéteras del Libertador, La vieja de Bolívar, La Carta de la Libertadora, Bolívar y el Cronista Calancha, La chanza de inocentes, Entre Libertador y Dictador, Un, despejo en Acho, Agua mansa, La última frase de Bolívar, La Protectora y la Libertadora.

(12) Juan Francisco Pazos, *Así era Bolívar*, Lima, Imp. Americana, 1940, 168 p.

(13) Carlos Camino Calderón, *Tradiciones de Trujillo*, Trujillo, Perú, Imp. Moderna, 1943. Hay sucesivas ediciones de 1944 y 1948.

(14) Carlos Camino Calderón, *Anecdotario de los Libertadores, Lima, Edit.* Domingo Miranda, 1940, 134 p.

14a) Los textos de los citados autores, están recogidos en nuestra antología *Bolívar, Ayacucho y los tradicionistas peruanos*, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia, 1974.

(15) Pedro Dávalos Lissón, *Bolívar 1823-1827. — Episodio de la Independencia Peruana*, Barcelona, Editorial Montaner y Simón, 1924.

(15-A) La novela de Angélica Palma, titulada *Tiempos de la patria vieja* (Buenos Aires, Editorial Nuestra América, 1926, 162 p.) ganó el primer premio en el Concurso de Novelas históricas convocado de Lima para el Centenario de la Batalla de Ayacucho, en 1924. Otra novelista mujer, María Jesús Alvarado Rivera, escribió después *Amor y gloria; el romance de Manuela Sáenz y el Libertador* (Lima, Imp. del Colegio Militar Leoncio Prado, 1950).

(16) Enrique Escribens Correa, *Amaneció en la cumbre*, Lima, Imprenta Sanmartí, 1951.

(17) José Santos Chocano, *Ayacucho y los Andes, Canto IV de El Hombre Sol*, Lima, Tip. Pedro Berrio, 1924.

(18) José Santos Chocano, "Tríptico Bolivariano" en: *Oro de Indias*, tomo II, Santiago, Ed. Nascimento, 1940, pp. 157-162.

(19) Alberto Guillén, "Glorificación del Libertador", en: *El Comercio*, 8 de diciembre de 1924.

(20 Augusto Tamayo Vargas, "Cantata a Bolívar en: *The Emory University Quaterly*, en forma bilingüe (castellano e inglés), XVI, Nº 1, Spring 1960, y luego en: *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela XXI*, Nº 83, julio de 1965, con el nuevo título "Cantata Augural a Simón Bolívar", También edición en libro con el mismo título: Lima, Ed. Universidad Mayor de San Marcos, Talleres gráficos P.L. Villanueva, 1964 (con disco de 45 RPM).

BIBLIOTECA NACIONAL
LIMA - PERU
98 - 01862

Unidad Hispanoamericana

Por el Dr. **C. N. Valcárcel**

De la Universidad de San Marcos

La idea de una "nación de Repúblicas" o de una Confederación de Estados Hispanoamericanos fue un constante pensamiento del Libertador Simón Bolívar, estimulado ante la poderosa unidad que presentaban los Estados Unidos del hemisferio septentrional.

En realidad la federación y reunión de un Congreso multinacional flotaba en el ambiente desde la segunda mitad del siglo XVIII. Era expresión de un selecto grupo criollo que sostuvo la necesidad urgente de un esfuerzo común para alcanzar la libertad de los pueblos hispanoamericanos. Muchos nombres podrían ser recordados con análogos propósitos antes del Bolívar, pero sin la fe, tenacidad y completa entrega del prócer caraqueño.

Entre los primeros en Europa puede ser considerado el limeño Pablo de Olavide, uno de los primeros criollos que, en contacto con la Francia revolucionaria, pensó con lógica y visión política el asunto de nuestra emancipación y unión. Precisamente entre los recuerdos del presidente estadounidense John Adams, cuando desempeñaba el cargo de primer embajador de los Estados Unidos en Francia, está la mención de sus conversaciones con Olavide "acerca de una alianza ofensiva y defensiva entre América del Sur y América del Norte".

Esta concreta situación histórica fue abordada por aquel tiempo con gran objetividad y decisión por el caraqueño Francisco de Miranda. Su persistencia y hábil contacto con importantes personalidades, produjo un ambiente favorable en Europa para la causa emancipadora que defendía y propagaba. Por ejemplo, teniendo en cuenta Miranda el gran prestigio de Olavide, lo colocó en un lugar destacado de sus iniciales planes secesionistas. Y aunque Olavide por diversos motivos no acudió a las reuniones preparadas por Miranda, se le consideró en un plano de "estricta igualdad" con él para participar en las operaciones encaminadas al triunfo de la causa emancipadora americana.

Son cuatro, específicamente, los artículos en donde el limeño Olavide y el caraqueño Miranda aparecen autorizados para negociar juntos o separados con los gobiernos de Inglaterra y de los Estados Unidos en su calidad de miembros de un "Comité de representantes de la América española". Es pues con Miranda que se pasó de la disquisición teórica al conato revolucionario, lográndose llegar hasta la realidad libertaria de la primera República venezolana.

Entre ambas personalidades aparece la solitaria figura del exjesuita peruano Juan Pablo Viscardo y Guzmán, célebre autor del primer alegato doctrinario de la emancipación hispanoamericana. Su acerada lógica y el brillo de sus ideas, sin lugar a dudas, influyeron en el pensamiento de Miranda, pudiendo calificársele como uno de los grandes precursores de la emancipación criolla.

Desde Chile se expresarán las ideas de tres personajes de aquella primera época de ideólogos. Uno de ellos será Juan Martínez de Rozas quien, en su **Catecismo** sobre política y doctrina respecto a la emancipación hispanoamericana, propugnó la formación de una Confederación en forma parecida a la que existía en Norteamérica. Otro es el peruano Juan de Egaña. En su **Declaración de Derechos del Pueblo de Chile** expresa la necesidad de una pronta liberación y precisa la realización de una Convocatoria para un Congreso de todas las naciones hispanoamericanas que constituirían una gran Federación. Finalmente, está el prócer Bernardo O'Higgins como uno de los más decididos panegiristas de la Confederación de los países de origen hispánico. Aunque, por paradoja, Chile no participaría después en la reunión de Panamá.

Asimismo hay que recordar al limeño José Mariano de la Riva Agüero. Este presentó en 1808 un plan al gobierno de la Gran Bretaña para independizar las colonias hispanoamericanas. Desgraciadamente, el plan no pudo realizarse por el cambio de política internacional que trajo la invasión napoleónica a España y la consecuente alianza iberobritánica. También al centroamericano (de Honduras) José Cecilio del Valle, con quien empieza la "historia de las ideas económicas", dueño de un ideal panamericano. Y el peruano Merchor de Talamantes, vocero de la idea de convocar a un Congreso de las colonias hispanoamericanas para debatir cuestiones relativas a la Emancipación y el tipo de gobierno que se debía imponer.

BIBLOGRAFIA

ARTOLA, Luis: *Los Afrancesados.*

BATLLORI, Miguel, 1953: *El Abate Viscardo*, Caps. III, V-VI.

DEFOURNEUX, M.: *Pablo Olavide, el afrancesado*, Va. parte, Caps. XIII-XI.

EYZAGUIRRE, J. 1960: *Bernardo O'Higgins*, Caps. II-IV.

GARCIA S.J., Lautico 1961: *Francisco de Miranda y el Antiguo Régimen Español*, IIa. parte, cap.s VII-XII.

RIVA AGUERO, J. de la, 1928-1930: *Documento relativo al plan presentado por mí al gobierno británico para independizar la América Española*. En "Boletín del Museo Bolivariano", N° 14, págs. 56-58.

VALLE, R.H.: *Historia de las Ideas Contemporáneas en Centro América*, Ideas Económicas, págs. 218 y ss. e Influencias ideológicas, pág. 262 y ss.

VARGAS UGARTE, Rubén, 1954: *La Carta a los Españoles Americanos de don Juan Pablo Viscardo y Guzmán*, Lima.

VERGARA ARIAS, G.. *Juan Pablo Viscardo y Guzmán*, Caps. III-V.

*Guerrillas y Montoneras de la Emancipación en la Historiografía Peruana**

Por el Dr. **Héctor López Martínez**

Leyendo uno de los gruesos volúmenes de la "**Historia de la Emancipación del Perú: el Protectorado**", de Germán Leguía y Martínez —obra publicada por la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú— encontramos un párrafo que parece haber sido escrito especialmente para desbaratar la desenfadada tesis de un historiador peruano, y su colega extranjera, quienes afirman que durante la guerra por la independencia, el pueblo del Perú —los "indios", dicen ellos— no se identificó con la causa de los ejércitos libertadores.

Leguía y Martínez, por lo contrario, recuerda la participación constante, desinteresada y heroica de miles de miles de guerrilleros y montoneros del Perú profundo y, fundamentalmente, la de los bravos morochucos en esas jornadas pues "ellos solos —añade— constituyeron el mentís más perentorio y elocuente contra esas antojadizas imputaciones (yo diría de antes y de ahora) de somnolencia, cobardía, conformidad con la servidumbre, dirigidas a la nación peruana por tantos ignorantes y mal intencionados escritores".

Raúl Rivera Serna escribió en 1958 un libro magnífico y ya clásico sobre estos temas titulado "**Los guerrilleros del Centro en la Emancipación peruana**". Hace poco, Ella Dunbar Temple —en la Colección Documental que viene publicando la Comisión que con tanto acierto preside el General Juan Mendoza Rodríguez— se ha ocupado magistralmente de la participación de los montoneros y de las guerrillas en nuestra guerra separatista al exhumar documentos de notable valor.

Leguía y Martínez hizo lo propio dejándonos un relato minucioso, documentado, palpitante, de la forma en que a lo largo de varios años, para ser más exacto desde 1814, los morochucos se mantuvieron en perpetua rebeldía contra el poder hispano, mereciendo que los realistas les aplicaran los epítetos de "criminales", "obcecados", "temerarios", etc.

(*) Breve síntesis de la conferencia sustentada por el autor.

En la zona de Huamanga y proyectándose hasta Ica y Huancayo, la causa patriota fue ardientemente sostenida por los morochucos, quienes continuamente creaban graves problemas al enemigo hostilizándolos en todas formas y, sobre todo, dificultando sus comunicaciones. A tal punto llegó la situación, que el coronel realista García Camba, en sus "Memorias", relata que "la utilidad de la sumisión de los tenaces morochucos era fácil de comprender, atendiendo a que el ejército recibía todos sus recursos de las provincias de retaguardia; y el partido de Cangallo, población conocidamente valerosa, estaba sobre el camino real de Huamanga al Cuzco, circunstancia que obligaba a emplear proporcionadas escoltas hasta para la conducción de un simple correo".

Con el propósito de remediar esta dificultad, el año 1821, el Virrey La Serna y el general Canterac acordaron enviar contra los morochucos un ejército que diese buena cuenta de ellos. Al mando del contingente realista púsose al diabólico coronel José Carratalá, quien inició una verdadera guerra de exterminio que culminaría con la total destrucción de Cangallo y con la muerte de miles de morochucos.

No se ajustan, pues, a la verdad, o pecan de mal informados, quienes como el historiador peruano y su colega norteamericana, que citamos hace un momento, afirman que "la reticencia india (a colaborar con la causa patriota) se debió a razones sociales y culturales y, probablemente, también al hecho de que el ejército sanmartiniano no penetró en la sierra, con excepción de algunas pocas incursiones".

Con todas las limitaciones metodológicas, propias de la época en que escribió su obra, la de Leguía y Martínez resulta sumamente útil aportando material copioso e importante para el conocimiento de una etapa de nuestra historia llena de héroes sin nombre.

Debemos destacar también el muy reciente libro del historiador Gustavo Vergara Arias titulado **"Montoneras y Guerrillas en la etapa de la emancipación del Perú. 1820 1825"**, que enriquece y amplía el ámbito de los estudios sobre dicho período y contribuye al esclarecimiento de la participación del pueblo peruano en el proceso de nuestra liberación del dominio español.

En el desarrollo de su trabajo, Vergara Arias ha utilizado, fundamentalmente, la documentación inédita existente en el ex-archivo histórico del Ministerio de Hacienda, hoy integrante del Archivo General de la Nación. Al respecto la labor heurística que ha llevado a cabo y que expone en el capítulo dedicado al estudio de las fuentes para el conocimiento de las montoneras y las partidas de guerrillas, constituye un verdadero aporte, porque fija y examina las fuentes para el conocimiento de estos grupos de insurgentes. Así, por ejemplo, señálase la importancia de los tomos X, XI y XII de la Historia inédita de Juan Basilio Cortegana, para informarse de las actividades de las montoneras y la contribución de los pueblos a la causa de la emancipación.

Es a través de las montoneras y las partidas que el pueblo participa en la brega por nuestra independencia. La población indígena y mestiza, así como numerosos negros y criollos, formaron parte de estos grupos irregulares de gente armada demostrando así que el poblador común y corriente del Perú estaba preparado para la lucha por la emancipación y tenía una idea general de la **"verdadera causa de la patria".**

Vergara señala las características de estas fuerzas, considerando a las montoneras de Huamanga, Cangallo, Jauja y Concepción como las de mayor actividad, sobre todo en el lapso que cubre de 1820 a 1821, y cuyos integrantes llegaron en alguna oportunidad a contar con más de diez mil hombres. En cambio, las partidas de guerrillas constituyeron grupos reducidos destacándose por su organización militar las comandadas por fray Bruno Terreros, Francisco González, Ignacio Quispe Ninavilca, Gaspar Alejandro Huavique, Cayetano Quiroz y otros.

No se puede dejar de mencionar tampoco el manual de **"Instrucción de Guerrillas"**, compuesto por los oficiales españoles Alfonso Balderrábano y Juan Bautista de Maortúa y que fue utilizado por las autoridades patriotas en la organización y preparación de las partidas.

Debemos mencionar, igualmente, que en un primer momento las guerrillas desarrollaban sus actividades de acuerdo a las iniciativas de sus integrantes, desplazándose por la sierra de Lima, la región de Junín y la Intendencia de Huamanga. Más tarde actuarían sujetas a un Comando general, con la finalidad de establecer un sistema en la acción de las partidas que tomaban parte en el cerco de Lima. Conforme fueron intensificándose las acciones bélicas, surgieron partidas de guerrillas en los diversos puntos del territorio, unas organizadas por los oficiales destacados con ese propósito de las filas del ejército patriota y otras debido a la iniciativa de civiles y de algunos sacerdotes.

Pensamos que la participación de los montoneros y de las guerrillas es más importante durante las etapas de San Martín y Riva Agüero, aunque algunos testimonios —las Memorias de Guillermo Miller, por ejemplo— nos dicen que en las campañas finales de Junín y Ayacucho jugaron también papel fundamental. Sobran, pues, los episodios en donde se aprecia la participación del pueblo en la lucha por la independencia. Cumpliendo labores militares, de aprovisionamiento, de enlace y propaganda etc. Ellos —llámense guerrilleros o montoneros— incorporaron grandes extensiones del territorio peruano a la causa de la revolución libertaria y movilizaron a la población campesina, cuyos pueblos y caseríos contribuyeron generosamente al sostenimiento de las partidas y de las tropas del Ejército Libertador. En resumen: la participación, repetimos, del Perú profundo en labores tal vez anónimas, pero no por eso menos importantes.

Integración: Pensamiento Bolivariano

Por el Dr. **Augusto Tamayo Vargas**

Bolívar representa la unidad de nuestros pueblos, llamados iberoamericanos, o latinoamericanos por la nomenclatura oficial de las instituciones internacionales de hoy. Su figura es más que un personaje, un símbolo, un mito americano.

El sentimiento de la unión iberoamericana, emancipada del Imperio Español, nace alrededor de la sublevación de indios cargados de tributos, encabezada en la región del Cusco por José Gabriel Condorcanqui, rebautizado con el título de Túpac Amaru II. Pero se hace idea ante el conocimiento de los hechos de sangre que se producen entonces como represión de la revolución sur peruana, con ramificaciones en toda Sudamérica. Y la idea manifestada por boca de criollos se hace patente en 1781 en dos cartas de un ex-jesuita arequipeño, Juan Pablo Viscardo, radicado entonces exilado en Massacarrara, Italia, al Cónsul inglés en Liorna, John Udny. En ella se habla ya de una franca revolución unificada de "indios" desde Quito hasta Tucumán. Y se manifiesta que desde Panamá hasta la Patagonia se puede realizar una activa labor para separarse del dominio español con la ayuda de armas por parte de Inglaterra y la consiguiente formación de un nuevo país que vendría a ser en realidad una Confederación de los pueblos de Sudamérica, al decir Viscardo, "desde el Istmo de Panamá hasta Buenos Aires". Pero —creo— extendiendo en su contexto un sentido de emancipación y de comunidad que va más allá, hasta los últimos límites septentrionales del dominio español en América. "Los vejámenes inferidos a estos pueblos —se refiere a toda Hispanoamérica— no han hecho sino acelerar una Revolución", dice Viscardo el 30 de septiembre de 1781, en la segunda de las mencionadas cartas a Uds. Y posteriormente —ya conocedor de la derrota y ejecución de Túpac Amaru y sus familiares— Viscardo escribirá en París, para 1792, su CARTA A LOS ESPAÑOLES AMERICANOS, cuando ya estaba desconfiando de la ayuda inglesa aunque persistía en pedirla. Y este documento editado mucho después de su composición, en francés, en 1799, por el

Ministro de Estados Unidos, Rudolf King, y en español en 1801, por el venezolano Francisco Miranda, se constituyó en la base de un movimiento separatista de España y unificador de América, que desgraciadamente fue detenido y superado más tarde por un divisionismo provinciano, con el fatal éxito de los intereses lugareños criollos pudientes y de caudillos regionales. "El momento de la libertad ha llegado —dice Viscardo, quien añade—: "Plugiese a Dios que llegue sin dilación". Y luego de considerar que vendrán hacia el Continente gentes de todo el mundo expresa sentencioso: "De esta manera la América reunirá las extremidades de la tierra y sus habitantes será atados por el interés común de una sola Grande Familia de Hermanos". El panfleto se distribuye por Europa y América. En su expedición a Venezuela, Miranda la lleva como la Biblia de los nuevos americanos y dice que es escrita por "un varón santo y a tiempo de dejar el mundo y para aparecer ante el Creador del Universo". Y todos los revolucionarios de 1810, desde los "guadalupanos" de México hasta los más conservadores de la Junta de Buenos Aires, tendrán en cuenta ese primer manifiesto proamericano y visionario: **La Carta** del P. Viscardo. Andrés Bello lo señalará con letras imborrables en su "Alocución a la Poesía": "Ni Arequipa que de Viscardo con razón se alaba".

En su ensayo sobre "El Congreso de Panamá", Raúl Porras Barrenechea citaba a Miranda como otro de los precursores de la "solidaridad continental" al proponer al Gabinete de Inglaterra su plan para libertar a Hispanoamérica, en una sola gran nación, "en un vasto Estado común", que abarcara desde el Mississippi hasta el Cabo de Hornos. La formación de una Junta por la libertad americana en que se unían el peruano Olavide, el chileno Salas, el venezolano Miranda, hablaba ya por sí sola de ese común esfuerzo y de ese pensamiento unificador, que ratifica Miranda en 1798, ante el Ministro Pitt. Aquel había ya hablado de COLOMBIA, como unidad continental propuesta; y bautizó a su periódico en Londres EL COLOMBIANO, entendido como intérprete de ese gran país por formarse entre el "Mississippi y el Cabo de Hornos".

En aquel mismo tiempo, viajaba del Callao hacia Acapulco un frailecito mercedario que había tenido problemas dentro de su comunidad, en Lima, donde naciera en 1765. Se llamaba Fray Melchor de Talamantes, doctorado en Teología en la Universidad de San Marcos, gran lector de libros de la Ilustración, colaborador del Virrey Francisco Gil de Taboada y Lemus y autor de la Memoria de este Virrey culto, así como conectado con los hombres de la Sociedad Amantes del País, Regente Mayor de Estudios y Definidor General de la Provincia de la Merced, en el Perú. Por alguna particular situación se le ve llegando a México en noviembre de 1799; y desde su arribo se vinculará a los disidentes criollos —aun indefinidos— entre los que brilla, convirtiéndose en figura de primera importancia desde 1903. Su papel revolucionario lo aparta del Convento de La Merced y lo lleva a vivir en un pequeño cuarto aislado, como Viscardo vive también en

aislamiento y pobreza, como exilado ex-jesuita, en Livorno. En 1807, Talamantes es comisionado por el Virrey para reunir la documentación necesaria a fin de establecer los límites de Texas y la Luisiana. Y allí comienza a perfilarse ya el político que hoy se llamaría perspectivista: "La costa NO de la América —dice— donde tiene intereses Estados Unidos, quedaría a su disposición... serían los vecinos más terribles —añade—... cuando no se declaren unos enemigos formidables. Es muy de temer —concluye— que si la España no se aprovecha prontamente de las proporciones que se le presenta, se vea despojado con el tiempo de la Provincia de Texas, abriendo las puertas de sus preciosos dominios a unos vecinos inquietos, turbulentos y demasiado formidables por sus miras ambiciosas". Esto, repetimos, escribía en 1807, con extraordinaria visión política.

Al año siguiente: 1808, Talamantes escribe dos folletos: uno estableciendo la conveniencia de convocar a un Congreso General de las Colonias Americanas; y otro planteando un sistema de constitución política para una posible Confederación Americana. Esto estaría de acuerdo con los mexicanos del Ayuntamiento de la ciudad de México, que habrán de ser depuestos, junto con el Virrey Iturrigaray, y hechos prisioneros, en la noche del 15 al 16 de Septiembre de ese año de 1808. Continuadores de esta obra son los "Guadalupanos" y revolucionarios Hidalgo, Allende, Aldana, etc.

La Inquisición sometió a juicio al Padre Talamantes y fueron sus principales acusadores sus compañeros de Orden. Condenado al destierro, fue enviado provisionalmente al Castillo de San Juan de Ulúa, en Veracruz, donde murió súbitamente envenenado el 8 de mayo de 1809, afirmándose que su fallecimiento se había producido por la "fiebre amarilla". Esta figura del pensamiento y del martirologio americano, es casi desconocida en el Perú. Así lo afirmaba ya Ricardo Palma al saber de él y escribir sobre la extraordinaria personalidad del limeño Talamantes en 1909: "confieso que la primera noticia que de tal fraile he tenido", etc...

Talamantes es el continuador de la línea de Viscardo. Este señaló la necesidad de la separación de España y la formación de una gran nacionalidad hispanoamericana. Talamantes vio prácticamente las posibilidades políticas de un nuevo Estado y formuló las bases de una Constitución que habría de ser propuesta a un Congreso General de la América Española. Esto, antes del intento federativo y liberal de las Cortes de Cádiz que presidiera otro peruano Vicente Morales Duárez. Y así Fray Melchor de Talamantes continúa la línea que habrá de ser retomada y vivificada por Simón Bolívar, en años posteriores.

Allá, en el Sur americano, el limeño Juan Egaña, convertido en líder de la Emancipación de Chile, solicita la reunión de un Congreso General de Representantes de América; mientras "El Satélite del Perú" decía, en aquel mismo tiempo, 1812: "Por Patria entendemos la vasta extensión de ambas Américas".

La independencia de Guayaquil —en 1820— sostenida como "libre' para someterse a la causa de la gran nación que reuna la mayoría de los pueblos sudamericanos, constituye el doble sentido que juega entonces en la política internacional hispano-americana: "la libre determinación de los pueblos" a escoger su gobierno y nacionalidad, así como la tendencia a fusionar los centros virreinales en una confederación futura. Pero claro está que hay que llegar a Bolívar para que todo ese sentimiento ibero o hispanoamericanista más propiamente entonces, adquiera la concentración necesaria y el calor de su personalidad genial, escrutadora del destino de las naciones.

Ricardo J. Alfaro dice:

"El espíritu del joven adalid desde temprano período vuela más allá de las fronteras de su tierra nativa, y vislumbra, no solamente la independencia de Venezuela y de la Nueva Granada, sino también la libertad de toda la América. Poco después de la catástrofe de 1812, Bolívar en su memorial de 27 de Noviembre al Congreso granadino declara:

'La identidad de la causa de Venezuela con la defensa de toda la América y particularmente de la Nueva Granada, no deja duda en cuanto a la simpatía que nuestros desastres despiertan en los corazones de sus ciudadanos. La seguridad, la gloria y lo que es más, el honor de estos estados confederados demandan la protección de sus fronteras, la vindicación de Venezuela y el cumplimiento del sagrado deber de obtener la libertad de Sur América, de establecer en ella las sagradas leyes de la justicia y de restablecer los derechos de la humanidad'.

En 1813, después de la toma de Cúcuta, dirigía al Ejército su famosa proclama de San Antonio de Táchira, en la cual alcanza alturas de elocuencia igualadas únicamente por César o por Bonaparte.

'Republicanos leales, vosotros vais a redimir la cuna de la independencia de Colombia como los Cruzados libertaron a Jerusalén, cuna de la Cristiandad. Yo, que he tenido el honor de pelear a vuestro lado, conozco los sentimientos magnánimos que os mueven en favor de vuestros hermanos esclavizados, a quienes solamente vuestras armas poderosas y belicosos corazones pueden dar salud, vida y libertad... Intrépidos soldados de Cartagena y de la Unión, toda la América espera su libertad y su salvación de vosotros'.

Un informe del Secretario venezolano de Relaciones Exteriores fechado en diciembre de 1813, el cual consideran Larrazábal y Marius André inspirado y tal vez en parte redactado por el mismo Libertador, dice lo siguiente:

'Es necesario que nuestra nación sea capaz de resistir con éxito cualquiera agresión que pueda dirigir contra ella la ambición europea. Este coloso que debe oponerse a otro coloso de la fuerza puede for-

marse únicamente mediante la constitución de la América del Sur como una gran unidad nacional a fin de que sus inmensos recursos puedan aplicarse por un solo gobierno a un solo objetivo, a saber: el de resistir la agresión extranjera y al propio tiempo desarrollar en el interior la cooperación mutua de todas las partes, llegando así a la cumbre del poder y la prosperidad'..."

Bolívar se preguntaba en 1813: "Y... ¿por qué toda la América —siempre esta referencia es para Hispanoamérica— no se reuniría bajo un gobierno único y central?"... Mas ha de llegar la fecha clave en que se expresa rotundamente el pensamiento bolivariano, heredero de los Viscardo y los Miranda, pero traspasado ya por el fuego de la acción: es el 6 de septiembre de 1815. Bolívar está en Jamaica. El mismo mar que después verá su agonía desesperada, quince años más tarde, contempla el hecho. Sobre el golpear de las olas se escucha la voz del profeta rompiendo la "siesta del trópico": "Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación, con un solo vínculo que ligue las partes entre sí y con el todo. Ya que tienen un origen, una lengua, unas costumbres y una religión —se refiere indiscutiblemente a Hispanoamérica— deberían por consiguiente tener un mismo gobierno que confederase los distintos Estados que hayan de formarla..." Pero el espíritu crítico de Bolívar surge entonces —como más tarde en el Perú, en lo político y lo literario— y añade: "más no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos caracteres dividen a América". Y otra vez, el delirante vuelve al tema, subiendo en burbujas el optimismo o el fervoroso deseo: "¡Qué bello será que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos!... ¡Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de representantes de la república, reinos e imperios a tratar y discutir los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras partes del mundo!"... Y el visionario y el crítico reunidos en un último párrafo proclama: "Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra generación". Un horizonte de ideas se abre tras esas palabras.

Alfaro agrega:

"La idea de la América libre y una, fija en la mente del Libertador, se robustecía con el curso de los años. En Casacoima en 1817, trazaba una nueva visión de su trabajo redentor:

'La mitad de mis planes, decía está ya realizada. Hemos vencido todos los obstáculos que se interponían entre nosotros y la Guayana; dentro de pocos días tomaremos a Angostura, y entonces... procederemos a libertar a la Nueva Granada. Y después de vencer al resto de los enemigos de Venezuela, fundaremos a Colombia. Enarbolando el tricolor en las alturas del Chimborazo, cumpliremos nuestra ta-

rea de libertar a la América meridional y de asegurar nuestra independencia llevando nuestras banderas victoriosas al Perú'.

Bolívar ante todo comprendía la necesidad de conquistar y consolidar la libertad política de América española pero continuaba acariciando su idea, tan noble como utópica, de una federación continental. Su sueño político era una gran entidad, de los nuevos estados, una colosal nación que se extendiera desde el Río Grande hasta el Cabo de Hornos. Ningún documento quizá describe esa visión de manera tan clara y elocuente como su carta de 1818 a don Juan Martín de Pueyrredón, Director del Gobierno de Buenos Aires.

'Luego que el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más recientes y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos con el más vivo interés a entablar por nuestra parte el pacto americano, que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al Mundo con un aspecto de majestad y de grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas'..."

Y cuando en 1818 se dirige a los hombres del extremo sur, del Río de la Plata, que representan el sector conservador de la lucha emancipadora, dice concluyentemente: "Una sola debe ser la Patria de todos los americanos ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad..." Y habla, pues, de un Pacto Americano, con un solo cuerpo político que se presente como un ejemplo sin par. Para concluir: "La América así unida, si el cielo nos concede ese deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones, la madre de las repúblicas".

El llamado "alfarero de repúblicas" está en febrero de 1819 ante el Congreso de Angostura para buscar la unidad de Venezuela y Nueva Granada en lo que él denominará desde entonces COLOMBIA. Este nombre esconde la clave de la unidad de un Continente para él, pero por entonces y como peaña, esa primera unión, que habrá de extenderse luego en sus escritos al "Reino de Quito". En el Congreso de Angostura, la voz de Bolívar no sólo responde al ideario de la Mancomunidad de los pueblos hispanoamericanos, sino también a su profunda convicción republicana, que muchas veces ha tratado de ser desviada o atacada. Por un lado: "esta nación se llamaría Colombia como un tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio". Por otro:" Un gobierno republicano y las bases de la soberanía popular" con su plataforma. "Nosotros somos —expresaba, conversando consigo mismo— un pequeño género humano, poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil". Y aún racialmente dirá con frases intuitivas: "la sangre de nuestros ciudadanos es diferente, mezclémosla para unirla".

Ese pequeño género humano —unido por la lengua, las instituciones de una sociedad civil mestiza— era un conjunto y había que

buscar los lazos de su ratificación de unidad dentro de la diversidad, con un sistema de igualdad absoluta. "Ustedes volarán conmigo hasta el Perú. Nuestros destinos nos llaman a las extremidades del mundo americano" subraya en una proclama de 1º de enero de 1817. Cuando ha triunfado —después de tantísimas dificultades— en Boyacá, Carabobo y Pichincha— intuye que Guayaquil es la cabeza de puente: Perú y Colombia están allí —que habrá de llevarlo al Sur para fusionar la mayoría de las incipientes naciones hispanoamericanas, que ya comienzan a mostrar la anarquía producida por los intereses regionales. "Yo deseo —manifiesta entonces— que empecemos de hecho la federación: ..porque es glorioso.. porque es útil".

La arenga a los soldados en Junín es una muestra del sentimiento de Patria Americana frente a las fuerzas realistas. Sobre la ondulante superficie del terreno las huestes de nuestra caballería "completaron la obra más grandiosa que el cielo había encargado a los hombres —según expresión de Bolívar—: la de salvar un mundo de la esclavitud". Y los cascos de los caballos de los cuales aún se siente el eco con el viento, resuenan en nuestros oidos de caminantes actuales junto con las palabras candentes del Libertador por los duros caminos que viniendo de Trujillo, Huamachuco, Huarás, Huánuco, Cerro de Pasco, y que hicieron posible la victoria en una pampa que cantara Olmedo. Más tarde, en otra, en la Pampa de Ayacucho, cercana al pueblo de Quinua, rincón de muertos en valle quebrado de los Andes, —"¡oh valle de Ayacucho bienhadado!" —se confirmaría el triunfo final, que se hermana con el otro, para dar la fisonomía definitiva de la Libertad, tal como lo dijera la poesía de los Melgar, los Bello, los Olmedo, los Heredia, los Choquehuanca de aquellos años, que iniciaron la transformación literaria de América, con autonomía cultural de los nuevos pueblos:

"Hijos son estos hijos
—pregonará a los hombres—
de los que vencedores superaron
de los Andes la cima:
de los que en Boyacá, los que en la arena
de Maipo y en Junín y en la campaña
gloriosa de Apurima,
postrar supieron al león de España.

Así dijo Andrés Bello en la "Oda a la Agricultura de la Zona Tórrida". Y en el centro de esos vencedores, como un gigantesco director de piedra y luz, está Bolívar.

Las ideas de Bolívar sobre la unidad de América comenzaron a tomar forma tangible cuando al frente del gobierno colombiano dispuso enviar al Perú, Chile, Buenos Aires, Centroamérica y México misiones diplomáticas encargadas de proponer pactos de fines federativos por medio de las cuales comenzara a levantarse la estructura de la soñada entidad continental.

Tesoneramente busca la Patria común iberoamericana cuando firma con José Faustino Sánchez Carrión la convocatoria al Congreso de Panamá, dos días antes de la Batalla de Ayacucho, el 7 de diciembre de 1824. "Tenidas las primeras conferencias entre los plenipotenciarios, la residencia de la Asamblea, sus atribuciones pueden determinar de un modo solemne por la pluralidad y entonces todo se habrá alcanzado". "El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, fijará en la historia diplomática de América, una época inmortal. Cuando después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro Derecho Público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del Istmo: En ellos encontrará el Plan de las primeras alianzas, que trazarán la marcha de nuestras relaciones con el Universo. ¡Qué será entonces el Istmo de Corinto comparado con el de Panamá! Dios guarde a su Excelencia. Palacio de Gobierno, en Lima a 7 de diciembre de 1824. Vuestro aliado y confederado, Simón Bolívar. Rubricado por el Ministro Sánchez Carrión.".

Augusto Mijares en su biografía **El Libertador**, de Editorial Arte, Caracas, 1965, ha reproducido algunos de los documentos vinculados con el fallido — y sin embargo premonitor— Congreso de Panamá. Allí leemos: "Parece —les decía— que si el mundo hubiese de elegir su capital, el istmo de Panamá seria señalado para este augusto destino, colocado como está en el centro del globo, viendo por una parte el Asia, por otra Africa y Europa. El Istmo de Panamá ha sido ofrecido por el Gobierno de Colombia para este fin en los tratados existentes. El Istmo está a igual distancia de las extremidades, y por esta causa podría ser el lugar provisorio de la primera Asamblea de los Confederados". Para juzgar el alcance que le daba Bolívar a aquella iniciativa no debemos, sin embargo, referirnos solamente a sus palabras en esta ocasión, sino al conjunto de sus reflexiones sobre el porvenir de la América hispana y las necesidades de su organización. Y teniendo en cuenta esa doctrina bolivariana, expuesta en numerosas cartas y documentos, creemos poder sintetizar así los objetivos que le asignaba a la reunión anfictiónica de Panamá: "1º Paz permanente entre las naciones americanas y respeto recíproco de sus fronteras; arreglo de sus diferencias por medio de deliberaciones amistosas o por el arbitraje obligatorio; 2º defensa solidaria contra cualquier agresión externa; 3º estabilización en todas ellas del sistema republicano; 4º consultas periódicas o permanentes entre todos los Estados, para resolver sus problemas comunes y adelantar las reformas sociales de la revolución. Entre los **Papeles** de Bolívar existe además un borrador suyo que le asigna esas finalidades al Congreso de Panamá. Las precisa así: 1º El nuevo mundo se constituiría en naciones independientes, ligadas todas por una ley común que fijase sus relaciones externas y les ofreciese el poder conservador en un congreso general y permanente. 2º La existencia de estos nuevos Estados obtendría nuevas garantías. 3º La España haría la paz por respeto a la Inglaterra, y la Santa Alianza prestaría su reconocimiento a estas naciones nacientes. 4º El orden inter-

no se conservaría intacto entre los diferentes Estados y dentro de cada uno de ellos. 5º Ninguno sería débil con respecto a otro; ninguno sería más fuerte. 6º Un equilibrio perfecto se establecería en este nuevo orden de cosas. 7º La fuerza de todos concurriría al auxilio del que sufriese por parte del enemigo externo o de las facciones anárquicas. 8º La diferencia de origen y de colores perdería su influencia y poder. 9º La América no temería más a ese tremendo monstruo que ha devorado a la isla de Santo Domingo, ni tampoco temería la preponderancia numérica de los primitivos habitantes. 10º La reforma social, en fin, se habría alcanzado bajo los santos auspicios de la libertad y de la paz..."

Al Congreso de Panamá no acudieron sino Colombia, el Perú, México y Centroamérica; Argentina y Chile se hallaban en difícil situación política. Los resultados de la reunión como principio para la confederación hispanoamericana los resume el diplomático Gil Fortuol en los siguientes términos: "...se establece una liga confederación perpetua para sostener en común, defensiva y ofensivamente, la soberanía e independencia de las potencias aliadas, contra toda dominación extranjera. Cada dos años en tiempo de paz, y cada año en tiempo de guerra internacional, se reunirá una asamblea general compuesta de los ministros plenipotenciarios por cada Estado, cuyos principales objetivos serán: negociar y concluir todos aquellos tratados, convenciones y demás actos que tiendan a las mejores relaciones recíprocas de los confederados; contribuir al mantenimiento de la paz y amistad, sirviéndoles de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete de los tratados y convenciones concluidos en la misma asamblea, cuando ocurriere alguna duda sobre su inteligencia, y de conciliador en sus disputas y diferencias; procurar la conciliación y mediación entre las potencias aliadas, o entre éstas con una o más potencias extrañas a la confederación que estuvieren en guerra o amenazadas de un rompimiento; y "ajustar y concluir durante las guerras comunes de las partes contratantes con una o muchas potencias extrañas a la confederación, todos aquellos tratados de alianzas, conciertos, subsidios y contingencias que aceleren su terminación". "Ninguno de los confederados podrá celebrar tratados de alianza con otra potencia sin consultar previamente a los demás. Siempre que no lograren transigir amigablemente entre sí sus diferencias presentes o eventuales, las someterán al juicio de la asambla, cuya decisión, sin embargo, no será obligatoria si las potencias en conflicto no hubieren convenido antes en que lo fuese. No podrá tampoco uno de los confederados declarar la guerra a otro ni ordenar actos de represalias sin someter antes su causa, apoyándola en documentos, a la decisión conciliatoria de la asamblea. Para que un confederado declare la guerra o rompa las histolidades contra una potencia extraña, deberá solicitar antes los buenos oficios y mediación de sus aliados. En ningún caso podrá la confederación ligarse con el enemigo de una de las potencias aliadas. Será excluído de la Confederación el Estado que declare la guerra o rompa las hostilidades sin haber solicitado su mediación, o

que no cumpla sus decisiones en caso de haberse sometido previamente a ellas. Las demás potencias de América podrán incorporarse en la Confederación dentro de un año de ratificado este tratado, aceptando todas las bases. Se comprometen además los confederados a cooperar a la completa abolición del tráfico de esclavos, y a declarar piratas a los buques cargados de ellos, procedentes de Africa. Cada Estado conserva el ejercicio de su soberanía respecto de sus relaciones exteriores con las otras potencias en cuanto no se oponga al tenor y letra del tratado. Por convenciones especiales se estipula, el mismo 15 de Julio, el contingente que ha de aportar cada Estado para levantar y mantener un ejército de 60,000 hombres de infantería y caballería y una armada de veintiocho buques, con el objeto de defenderse de España. Y en la propia fecha acuerda el Congreso trasladarse a la villa de Tacubaya, cerca de la ciudad de México, a continuar allí sus deliberaciones. Lo que no se pudo efectuar".

Bolívar soñaba con un ejército hispanoamericano de 20 mil hombres y una escuadra "igual, por lo menos a la de los españoles en América". Y su intención inmediata: la liberación de Cuba y Puerto Rico, hermanos de la misma familia que aun estaban en poder de España. Y otra: la forjación de una cultura y una educación propias para esa gran nación.

Hacia ello nos encaminamos. Con el mismo espíritu que Bolívar mostrara en las horas más aciagas; levantando al pueblo de Caracas, después del terremoto asolador; exclamando: "¡Triunfar!", cuando enfermo y abatido en Pativilca, por las noticias que llegaban del resto del Perú, le preguntaría Mosquera qué pensaba hacer; cuando caminaba por sobre negros presentimientos hacia Bogotá después de los "setenta días", de Bucaramanga, reiteraba su lema: "Siempre adelante, nunca atrás".

Y aún cuando en su agonía diga a Fanny: "Me tocó la misión del relámpago: rasgar un instante las tinieblas, fulgurar apenas sobre el abismo y retornar a perderme en el vacío"; una voz le tintineará en los oídos moribundos: "Tu gloria crecerá con los siglos, como crece la sombra cuando el sol declina". Y más que el rayo perdido en el abismo, su alma "agitada por grandes tempestades" era la misma América, con su mar "azul y plata" con "el macizo gigantesco de la sierra", con los sueños que brotaron en Viscardo, en Miranda, en el propio Bolívar. Y la letra vacilante que escribiera aquella postrera carta era la misma que "iluminó el relámpago de los cañones de Boyacá y Carabobo"; la del Decreto de Trujillo y el Mensaje del Congreso de Angostura; la que señaló el camino de la invencibilidad a los soldados de Junín; la que sobre la estela luminosa de Ayacucho suscribió el llamado a la unidad de los pueblos americanos, codo a codo con Sánchez Carrión. Bolívar es, así un grito, una proclama para nuevas batallas por la emancipación económica y social de nuestros pueblos.

Así se cierra el ciclo de planteamiento de la anfictionía iberoamericana. Un peruano: Viscardo, lo abre con sus precursoras cartas de Massacarrara; otro, Sánchez Carrión, la cierra, rubricando con su denodado esfuerzo de secretario de toda la campaña libertadora peruana y con su firma de pensador republicano al pie de la de Bolívar, la convocatoria a una unión que está aún por cumplirse. Al centro, Bolívar, el símbolo cenital de ese pensamiento unificador: "El Mundo nuevo de una sola Nación americana". "Una sola la Patria de todos los iberoamericanos..." El mar está chocando muchas veces contra los murallones de nuestros pueblos; pero aún la idea subsiste salpicada de nuevas olas de emancipación común.

Dictadura de Bolívar y Preparación de la Campaña

Por **Armando Nieto Vélez S.J.**

Situación crítica del Perú a comienzos de 1824

Bolívar asume la Dictadura el 10 de febrero de 1824. ¿Cuál era el estado del Perú en esos momentos? El país distaba mucho de ser una nación unificada en lucha por su independencia. Al contrario. La situación en lo político y en lo militar era caótica.

Efectivamente, en lo político hacía poco que Riva Agüero había dejado de ser jefe de un sector importante de peruanos. Había sido apresado en Huanchaco y desterrado, bajo la acusación de tener tratos con los realistas para entregar el Perú a España. El Dr. Pons Muzzo ha expresado en la conferencia anterior las serias reservas que merece el documento sobre el cual se ha montado la acusación de "traidor" hecha a Riva Agüero. Torre Tagle, que representaba a otro sector del Perú, se había asilado en el Callao luego que fueron descubiertas sus negociaciones con Canterac para desembarazarse de las tropas colombianas y de Bolívar.

En lo militar, el Real Felipe del Callao había caído en poder de los realistas por la traición del sargento Moyano, quien acaudilló la sublevación de las tropas argentinas descontentas por la falta de paga. La fortaleza más importante del Pacífico sudamericano estaba nuevamente en manos de los jefes españoles. No podía hablarse, además, de un ejército peruano en esas circunstancias, puesto que la derrota del Sur (Torata y Moquegua) dejó sólo unas tropas dispersas y desmoralizadas.

Formaba, pues, el Perú a comienzos de 1824 un cuadro patético de vacilación, deserciones, traiciones, discordias intestinas, abandono y lúgubres perspectivas. Basadre califica esos días como amenazantes, desesperados, pavorosos.

Pero en ese cuadro triste, hay que reconocer que hubo un hombre que no se acobardó. Al recibir —todavía enfermo— al ministro Mosquera en su casa de Pativilca, y a la pregunta "¿Qué piensa Ud. hacer ahora?", el Libertador Bolívar responde: "¡Triunfar!", y esta respuesta nos da el temple de su espíritu. Bolívar se da cuenta de la gravísima situación. Pocos días antes de la traición de Moyano le escribe al Presidente del Congreso de Lima, José M. Galdiano: "El Perú, sin embargo, no está desesperado; posee tres grandes elementos capaces de darle libertad y vida: un pueblo animado del más vehemente patriotismo, un ejército de invictos aliados y materiales para la guerra" (Pativilca, 5 feb. 1824. **Cartas del Libertador** (Caracas 1966), tomo IV, p. 68). O sea que Bolívar reconoce que el Perú guarda virtualidades capaces de hacer el milagro de la victoria. Confirma esa idea en su carta a Sucre: "Cada vez que pienso... que no faltan materiales en el país y que el pueblo es patriota y se está perdiendo por falta de gobierno, me desespero y me animo a tomar un partido decisivo" (Pativilca, 6 feb. 1824, **C.L.**, p. 70).

Bolívar prepara la campaña decisiva

En esas circunstancias, las facultades dictatoriales concedidas a Bolívar fueron "un acto de sabiduría". La frase es del general Miller. Y el Libertador se daba cuenta de que debía realizar una campaña decisiva, no sólo para el Perú sino para todo el resto de América. "En el Perú —le escribe a Santander desde Trujillo el 16 de marzo— una victoria acaba la guerra de América, y en Colombia ni cuatro" (C.L., p. 104).

A comienzos de marzo Bolívar ya está en Trujillo, donde establece su Cuartel General. El 12 sale para Otuzco, y aquí sus planes son marchar en mayo sobre Jauja contra Canterac para combatir en junio. A fines de abril llega a Huamachuco. En los primeros días de junio llega a Caraz. Pasa luego a Huaraz, donde permanece hasta el 15 de junio. Y se decide a iniciar el cruce de la Cordillera, una empresa muy ardua por lo abrupto del terreno y la dificultad de transportar todo un ejército en pie de guerra. Por fin llega a Huariaca el 7 de julio.

Veamos ahora los aspectos más saltantes de estos meses de preparación de la campaña final: de marzo a julio de 1824. Las incidencias propias de la estrategia y táctica bolivarianas han de ser expuestas por el historiador militar Teniente Coronel Abel Carrera Naranjo.

Hemos leído cuidadosamente el epistolario de Bolívar en esta etapa. Desde Pativilca hasta Huariaca son ochenta cartas, número no corto si se tiene en cuenta los afanes absorbentes de Bolívar para resolver problemas en el mismo terreno ocupado por su ejército. De ese conjunto de cartas fluyen como líneas maestras algunos temas importantes. Son: el reclutamiento de hombres en el norte del Perú; el sis-

tema de contribuciones para costear los enormes gastos de levantar un ejército capaz de hacer frente al poderío realista; el estado del Ejército español; y el estado del Ejército patriota.

El Reclutamiento en el Norte

Bolívar, como lo veremos, subraya en varios pasajes de sus cartas la participación peruana en la campaña. Es verdad que tiene a veces expresiones duras para nuestra gente. Pero hay que tener en cuenta que similares expresiones las usa también para calificar a chilenos, argentinos y hasta colombianos. Dado su temperamento enérgico y ejecutivo, es comprensible que tenga frases de impaciencia o descontento. Eso hace más estimables las frases de elogio que hemos de citar más tarde.

Bolívar confía mucho en el reclutamiento del Norte del Perú. "He recibido estados de Huaylas, y los cuerpos se aumentan pasablemente bien; pero bueno será apretar la mano en el negocio de reclutas" (Carta a Sucre, **C.L.** p. 70). "Tome Ud. 5,000 reclutas para que le queden mil o dos mil; haga Ud. construir mucho equipo, muchas fornituras en toda la extensión del departamento; cada pueblo, cada hombre, sirve para alguna cosa: pongamos todo en acción para defender a este Perú hasta con los dientes. En fin, que una paja no quede inútil en toda la extensión del territorio libre" (Carta a La Mar, Pativilca 8 feb. 1824, **C. L.** p. 76). Que estos planes dieron resultado, lo muestra la carta a Santander, desde Trujillo el 16 de marzo: "El (ejército) del Perú de 3,000 hombres, mandado por el general La Mar, se está mejorando y organizando" (**C.I.** p. 105).

Entre los pueblos norteños a los que Bolívar alaba está Lambayeque. "El pueblo de Lambayeque es muy benemérito, y yo lo amo naturalmente mucho; dígaselo Ud. a su Intendente para que todos lo sepan" (Carta al coronel Heres, Huamachuco 23 abr. 1824, **C.L.**, p. 133).

Este tema de la participación popular conviene plantearlo en clase. A veces se oye decir que los peruanos hicimos poco o nada por la independencia. En la segunda parte de su excelente libro "El azar en la Historia y sus límites", Jorge Basadre se enfrenta a dicha crítica preguntándose: ¿Hubo efectivamente un gran silencio del pueblo en la Independencia? Y después de un minucioso estudio de las fuentes y documentos responde que no. Sin retórica enumera los hechos, las hazañas, los méritos de pueblos y villas, de regiones y pequeños centros poblados. Todos ellos contribuyeron a la independencia. Procuremos no quedarnos en la imagen caudillesca e ir —conforme lo quiere la moderna historiografía— hacia esa participación anónima pero real, de la que el mismo Bolívar da testimonio. Decir que la independencia fue arrancada por la imposición argentino-chilena o colombiana, es una afirmación no solamente peligrosa para nuestra conciencia cívica; sino que representa algo peor; es falsa. Piensen Uds. —para citar un ejemplo anterior cronológicamente a nuestro tema de esta noche— que, de haber habido un "gran silencio popular", Pezuela no habría

sentido temor y miedo —como efectivamente lo sintió— frente a los cuatro mil hombres de la Expedición Libertadora que desembarcaron en Paracas. Pero precisamente porque Pezuela no estaba seguro de la fidelidad al Rey por parte de grandes sectores del Perú, por eso le afectó grandemente la noticia de la llegada de la Expedición. Esta era el detonante. Pero el detonante sirve poco cuando no hay materia explosiva.

El historiador Horacio Villanueva Urteaga ha estudiado la contribución de la región de Cajamarca a la lucha de la independencia. Análogos aportes provinieron de las regiones de Trujillo (hoy departamento de La Libertad), Huaylas, Costa norte y central, etc. Si semejantes contribuciones populares se observan menos en la sierra sur del Perú, es sencillamente porque esas regiones estaban enteramente dominadas por los Ejércitos del Rey.

El porcentaje de tropas peruanas en el Ejército Unido tampoco fue tan corto como a veces se cree. Hay trabajos de César García Rosell sobre el tema. Y la calidad de esas tropas no era despreciable, como lo atestigua Bolívar, crítico en ocasiones hiriente. De las tropas peruanas escribe el Libertador a Santander: "... muy buena gente, aguerridos y lo mejor de todo es que le andarán a usted veinte leguas en un día como nada" (La Paz, 1º set. 1825, **C. L.**, p. 426).

Contribución material de los pueblos

El siguiente punto se refiere a la contribución material del Perú. A este aspecto Bolívar le dio mucha importancia, porque un ejército no sólo son los hombres, sino su armamento, su equipo, sus instrumentos y animales, hasta lo que parece más insignificante y sencillo. Bolívar no se queda en los grandes planes estratégicos, sino que desciende en cada carta a pormenores minúsculos. Hay infinidad de citas en este sentido.

"Esta cuaresma debemos consagrarla toda entera a la recolección de toda cosa útil para un ejército" (A Sucre, 13 feb. 1824, **C. L.** p. 83). "Que se compre, pues, todo el plomo y acero de Vizcaya para que se hagan herraduras y clavos en el país y que vengan para acá" —escribe al general Salom—. Y le añade: "Cada soldado debe traer dos mudas de ropa, un capote y una frazada, alpargatas o zapatos, fornitura completa de infantería o caballería, y sus respectivas armas en el mejor estado posible" (Trujillo, 14 mar. 1824, **C. L.** p. 101).

La contribución de dinero y especies fue muy grande por parte de las poblaciones peruanas. Bolívar solicitó, exigió, que se impusiesen cupos, se recogiese el dinero de cofradías, las alhajas de los templos, se fabricasen ponchos, herraduras, estribos, se capturase ganado, etc. La situación económica de esas poblaciones no era floreciен-

te ni mucho menos por esa época. Ya el Dr. de la Puente ha mencionado en su charla el quebranto económico del antiguo Virreinato. Esto hace más estimable la aportación material de los peruanos a la causa libertadora. "La contribución peruana a la campaña de Ayacucho fue enorme" —afirma Basadre (**El azar en la historia**, p. 171). Podemos dar algunos detalles, de la pluma del propio Bolívar.

"Hemos sacado cerca de cien mil pesos de los particulares y de las iglesias, de los cuales he mandado veinte mil al Almirante... No tendremos que comer si no se toman medidas muy fuertes con las alhajas de las iglesias de todas partes. Recomiendo a Ud. esta medida —escribe a Sucre—, que es muy productiva si se sabe tomar en todo el territorio evacuado por nosotros..." (Trujillo, 21 mar. 1824, **C. L.**, p. 108). Veinte días después, precisa más en carta al mismo Sucre: "Se está recogiendo dinero de las iglesias y de los particulares; pero la plata en pasta no hay quien la compre, por falta de numerario, pues éste escasea mucho... Treinta mil pesos Huamachuco, y veinte mil Pataz... Cajamarca dará cincuenta mil; otro tanto Lambayeque; y Piura veinte mil; las iglesias doscientos mil pesos... No dejaremos de tomar todos los fondos de comunidades, cofradías y algunos donativos extraordinarios que completarán la suma de los gastos de algunos meses más" (Trujillo, 9 abr. 1824, **C. L.**, p. 113). Con la misma fecha, el Libertador confía una triunfal afirmación al general Salom: "Las iglesias y los particulares nos están dando dinero con que mantener el ejército algunos meses. El ejército del Perú se ha reorganizado a mi lado y esperamos dentro de poco estar en estado de derrotar a los godos en sus mismas posiciones" (**C. L.**, p. 118).

Estado del Ejército Unido Libertador

Esta preocupación obsesiva de Bolívar por lograr un ejército eficiente, dispuesto a duras campañas en la accidentada topografía de nuestra Sierra, dio sus frutos. Tanto las tropas peruanas acantonadas primero en Trujillo y Cajamarca, como las fuerzas colombianas de la región Huaylas-Huánuco, obtuvieron así, gracias a los desvelos de Bolívar y subalternos inmediatos, niveles altos de preparación que habría parecido imposible alcanzar en aquellos días negros de enero y febrero de 1824, cuando la fiebre devoraba a Bolívar en Pativilca y el desconcierto desmoralizaba a los elementos patriotas.

Sucre fue nombrado general en jefe de todo el Ejército Unido, mientras que Lara y La Mar se repartían el mando de las tropas. "Hay mucho espíritu en nuestro ejército y el material y personal es excelente", escribe Bolívar a Heres desde Otuzco el 15 de abril de 1824 (**C. L.**, p. 124).

Según cálculos del propio Libertador, el Ejército Unido se componía, en aquel mes de abril, de cerca de siete mil soldados colombianos

(o sea neogranadinos y venezolanos) y tres mil peruanos. En esta cuenta no entran las ágiles y movedizas partidas de guerrillas y montoneras, sobre las cuales cabría decir tanto. (Véanse los valiosos documentos presentados por la Dra. Ella Dunbar Temple en la **Colección Documental** del Sesquicentenario, así como los estudios de Raúl Rivera Serna y Gustavo Vergara Arias).

Bolívar, siempre tan crítico y exigente en cuanto se refiere al adiestramiento de las tropas, reconoce la buena preparación de los peruanos: "Los batallones del Perú no están en tan mal estado. El batallón de la Guardia viene solo, y no ha tenido hasta Corongo más que cuatro bajas de cuatro desertores", (A Sucre, Caraz 5 jun. 1824, **C.L.**, p. 159).

El Ejército Realista

Entretanto el ejército realista mantenía su grueso en las provincias meridionales de la Sierra. Aunque en febrero de 1824 aún no se había registrado ningún choque de importancia contra el ejército unido libertador, se sabía en los medios patriotas que las tropas del Rey presentaban un estado envidiable. Admitiéndolo así, Bolívar le escribe a Santander: "Nuestros soldados... no tienen la admirable propiedad que es la excelencia que tiene el ejército español en el Perú, de hacer marchas y contramarchas sin disminución de fuerza. Los soldados de los godos andan 15 o 20 leguas en un día, y su alimento lo llevan en un saquito de coca y en otro de cebada, o maíz cocido o tostado. Con esto marcha semanas y semanas, sus jefes y oficiales no duermen por estar cuidando de la tropa. Se lo diré a Ud. de una vez, no hay amigo ni enemigo que no cuente maravillas de este ejército español, y a fuerza de repetírmelo lo voy creyendo. Hace dos años que mantienen la guerra y hace doce años que son victoriosos con muy ligeras desgracias". (Pativilca 10 feb. 1924, **C.L.** p. 81). Bolívar estima que las fuerzas realistas suman unos diez mil hombres. Los jefes militares se distinguían por su buena preparación, y en realidad que sus nombres se pronunciaban con respeto: La Serna, Canterac, Valdés, Monet, Carratalá, Olañeta, Moroto, Villalobos, Ferraz, García Camba, Rodil... Es verdad que empezaba a sentirse alguna tensión entre algunos jefes y el alto mando (p. ej. Olañeta), principalmente por razón de opiniones políticas, pero en general se trataba de un ejército bien constituído y disciplinado, fogueado en muchas batallas.

En medio de las amarguras y desconsuelo que produce toda guerra, y más una guerra que enfrentaba a hermanos de sangre y de raza, es reconfortante ver el espíritu de nobleza y caballerosidad que existía por ambas partes. Aunque sea adelantar acontecimientos, conviene traer a la memoria dos testimonios emocionantes, producidos después de Ayacucho. En el primero, Bolívar relata a Santander la congratulación del jefe español. "Canterac me escribe: **como amante de la gloria,**

aunque vencido, no puedo menos de felicitar a V. E. por haber terminado la empresa en el Perú con la jornada de Ayacucho, y me saluda, en nombre de los generales españoles. Debemos confesar que no hay enemigos tan civiles". (Lima, 20 dic. 1824, **C.L.**, p. **223**). El otro testimonio es la carta que Bolívar dirige a Canterac luego de la batalla de Ayacucho: "Puedo decir que la conducta de Uds. en el Perú como militares merece el aplauso de los mismos contrarios Es una especie de prodigio lo que Uds. han hecho de este país. Uds. solos han retardado la emancipación del Nuevo Mundo, dictada por la naturaleza y por los destinos. En fin, querido general, Uds. deben consolarse de que han cumplido gallardamente su deber, y de que han terminado su carrera por una capitulación glorioso en el Perú" (Lima, dic. 1824, **C.L.** p. 225).

Conclusión

Deseo concluir citando dos textos de Bolívar, del mes de noviembre de 1824, es decir después de la acción de Junín y antes de la de Ayacucho, en que el Libertador hace justicia a la participación peruana en toda la campaña. Debo hacer notar que estas frases no van dirigidas a ninguna autoridad peruana —en lo cual podría existir una sobreestimación de cortesía o elogio convencional—, sino que están escritas a dos personajes de Colombia: José Manuel Restrepo, autor de una "Historia de Colombia" y el Vicepresidente de esa nación, Encargado del Poder Ejecutivo. Refiriéndose a los triunfos obtenidos, dice Bolívar: "...**estos prodigios se han logrado por el patriotismo de los pueblos** y el crédito del ejército (Chancay, 10 nov. 1824, **C.L.** p. 191). Concepto semejante expresa tres días después: "Todos estos beneficios son debidos al crédito del ejército de Colombia en este país, **y a los sacrificios de los peruanos por la causa de su patria"** (Chancay 13 nov. 1824, **C.I.**, p. 202). Creo que estas expresiones del Libertador Simón Bolívar son el mejor reconocimiento a la contribución peruana. Como maestros de historia, debemos recogerlas y hacerlas revivir en las mentes y corazones de nuestro pueblo.

Muchas gracias.

Bolívar: Campaña de 1824

Por el Teniente Coronel **Abel Carrera Naranjo.**

CON ESTAS CHARLAS de hoy y de mañana, estimados señores profesores, son tres las oportunidades que he tenido de reunirme con los representantes del magisterio. Oportunidades muy agradables las tres, lo digo con entera franqueza. Primero en 1970, luego al año siguiente, por último en éste del Sesquicentenario de Ayacucho, debo manifestarles a ustedes el significado profundo que para mí tienen estas cordiales reuniones con la señora, la señorita y el señor a quienes, confiados, entregamos nuestros hijos. Por lo general, no tomamos el peso de lo que esta entrega representa, porque olvidamos o desconocemos el papel decisivo que el maestro cumple en la sociedad. Y por lo mismo que de historia vamos a ocuparnos, recordemos lo que sobre su maestro ha dicho una figura histórica de la antigüedad: Alejandro. Alejandro, hijo de Filipo, discípulo de Aristóteles, manifestó: "Por supuesto que a mi padre le debo el vivir, pero a mi maestro le debo el vivir bien".

Igual que en las charlas anteriores, deseo que con la entusiasta e inteligente colaboración de ustedes, ésta de 1974 resulte activo y fructífero diálogo, y no árido y somnífero monólogo.

El tema que hoy me toca desarrollar es, con variantes, el de las otras veces: Bolívar. Perfectamente sé, señoras y señores, que la simple enunciación de este corto nombre de tres sílabas, Bolívar, resulta sonido poco grato para muchos oídos peruanos. Con razón o sin ella —no es ocasión de dilucidar el asunto—, esta disonancia en los tímpanos de tantos compatriotas es un hecho real. Indiscutible. Hipócrita sería el pretender negarlo. La leyenda negra antibolivariana está muy difundida en nuestro país, es cosa por demás sabida.. Y por venir a cuento, voy a referirles a ustedes lo sucedido hace pocas semanas en una ciudad norteña.

Encargados de representar a la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia en el 150 aniversario de la llegada del Libertador a Cajamarca (13 de diciembre de 1823), viajamos tres amigos

a esta hermosa e histórica "Ciudad de Atahualpa". Reunidos en la Prefectura con todas las autoridades locales, se procedió a esbozar el programa de la sesquicentenaria ceremonia. Tiza en mano uno de los delegados capitalinos —el teniente coronel Alfonso Zevallos de la Puente, hijo de Cajamarca—, iba anotando en la pizarra los diversos actos del programa a medida que eran discutidos y aprobados. Al mencionarse el punto referente a "Lectura del Acta" que en el libro ad hoc del Concejo Provincial se registraría la "Sesión Solemne" por llevarse a cabo en la Municipalidad en homenaje al Libertador, una de las autoridades allí presentes manifestó, entre sorprendida y disgustada —más disgustada que sorprendida, así nos pareció—, que aceptaba, "cuando mucho", lo ya aprobado, pero que la inclusión de tal "Acta" la estimaba él —son sus palabras— "exceso de formalidad tratándose de un personaje tan controvertido como es Bolívar".

Tan apasionado exabrupto nos puso en la necesidad de solicitar la debida fundamentación de punto de vista tan personal. Le preguntamos, pues, que cuáles eran los hechos que, para él, convertían a Bolívar en "controvertido".

"Usted lo sabe mucho mejor que yo, señor", nos replicó con desabrimiento. "Para señalarle —agregó con vehemencia— un solo punto que demuestra ser Bolívar figura nefasta de nuestra historia, no podrá usted negar, jamás, que para debilitar al Perú frente a Colombia, pérfidamente, nos quitó el Alto Perú".

La tiza hubo de cambiar de mano, y utilizando la pizarra explicamos, gráficamente, mediante croquis geográficos, cómo el Virreinato del Perú fue reduciéndose en extensión a medida que la necesidad de un mejor gobierno obligaba al Rey de España a crear otros virreinatos y capitanías generales, exactamente como ha sucedido en la época republicana con nuestro departamento de Loreto, de cuyo antiguo e inmenso territorio han salido —otras tantas costillas de Adán— los modernos departamentos, vástagos suyos, de San Martín y Madre de Dios, por ejemplo. Etcétera.

En las notas números 3 y 5 del texto de esta charla damos una síntesis de esta explicación nuestra. Encontrándose entre los presentes el Director de la Casa de la Cultura de Cajamarca, señor Andrés Zevallos de la Puente, le solicitamos nos facilitase el local de su cargo para desvirtuar, públicamente, las muchas leyendas contrarias al Libertador que profusamente circulan en nuestra patria, entre las cuales la pretendida amputación del Alto Perú es acaso la más socorrida. Acordada para el día siguiente la charla, para lo que de inmediato se dispuso por el señor Alcalde la invitación pública, nos permitimos rogar al señor "controvertido" su asistencia al conversatorio. Algo más. Le sugerimos la conveniencia de que no dejara de concurrir su personal subalterno, y que este personal preparase con anticipación todas las preguntas que desease formularnos. Así nos lo prometió.

La asistencia fue a la verdad numerosa. El diálogo resultó muy animado, y se prolongó por algo más de dos horas y media. Recordamos que hasta algunas monjitas se hicieron presentes, lápiz y cuaderno en mano. Entre esas religiosas no faltaron las extranjeras, alemanas, norteamericanas y españolas... pero no asistió el amigo "controvertido". Tampoco concurrió una, siquiera, de las muchas personas de las que era él jefe. Esta contumacia y obstinación en no querer escuchar opiniones contrarias evidenció, una vez más, la mucha verdad del viejo refrán: "No hay peor sordo"...

I. ANTECEDENTES

Las Juntas de Gobierno

ES BIEN CONOCIDO que al producirse la invasión de España por los ejércitos de Napoleón (1808-1814), y remitidos a Francia en condición de prisioneros el Rey Carlos IV y la familia real —las "personas reales", como entonces se decía—, en la América española se constituyeron Juntas de Gobierno (1809-1810), a imagen y semejanza de las recientemente establecidas en la propia metrópoli. En un principio estas Juntas americanas fueron **fidelistas** o leales a la Corona (1), pero paulatinamente tórnanse francamente **separatistas**, es decir, de marcada tendencia a cortar todo vínculo político con España. Mejor que nadie, este delicado momento histórico americano lo expresa en México el peruano Talamantes con estas palabras: "Si no hay rey, no hay virrey; y si no hay virrey, pues tampoco hay Audiencia, y es entonces que el pueblo recupera el ejercicio de la autoridad".

Como verdadera enfermedad epidémica, las Juntas brotan en forma casi simultánea a lo largo y ancho del continente: en Caracas, Quito, Buenos Aires, Bogotá, Santiago de Chile, México. Es decir, en todas las colonias, excepto el Perú, que por el momento se lame las graves heridas de 1780-1783, ocasionadas cuando la insurrección de Túpac Amaru, en tanto se prepara para lanzar la terrible explosión volcánica que va a ser la insurrección del Cuzco de 1814 (2). No nos he-

---

(1) De ahí, por ejemplo, el caso de Caracas: depuesto el capitán general Vicente Emperán, en abril de 1810, se creó la *Junta Suprema Conservadora de los derechos de Fernando VII.*

(2) Complejas causas —políticas, económicas, sociales— impidieron que sobre el mapa de la América española pudiesen los peruanos clavar el alfiler de su coloreada banderita "Juntista". Resultaba imposible, en efecto, que en Lima, a dos, cuatro o diez cuadras de la Casa de Pizarro —ocupada por Abascal, a quien obedecían varios millares de soldados en la propia ciudad—, se instalase y funcionara, impunemente, una Junta de Gobierno, como sucede en Buenos Aires y Santiago, por ejemplo. Por otra parte, ya la sangre había corrido a raudales en nuestra patria —rebeliones y conspiraciones de

mos olvidado del Alto Perú, **entonces parte integrante del Virreinato de Buenos Aires** (3). A mediados de 1809, en la docta Chuquisaca y en La Paz, los altoperuanos organizan gobiernos autónomos, que resultan de muy efímera vida. Este movimiento es sofocado por el general realista Goyeneche, arequipeño, y el valeroso caudillo de la revolución, Pedro Domingo Murillo, paceño, muere en la horca. En momentos de serle colocada la cuerda por mano del verdugo, lanza su profética y famosa frase: "La tea que he encendido no se apagará jamás en América".

Santos Atahualpa, Túpac Amaru, Ubalde, Crespo y Castillo, Zela, hermanos Angulo y Pumacahua, Gómez—, lo que no sucede en otras colonias. La extremadamente sangrienta reconquista, por los realistas, de vastas regiones del territorio peruano momentáneamente perdidas cuando los formidables levantamiento de Túpac Amaru y de los Angulo —el país "ha quedado en estado tan deplorable que apenas el espacio de un siglo será capaz de restablecerlo", dice del primero de estos levantamientos un contemporáneo, el canónigo argentino Baltasar Maciel—, hizo luego sumamente difícil el estallido de una nueva insurrección. Esta evidente dificultad —hueso soldado, hueso reforzado— ya la había observado Maquiavelo tres siglos antes de Abascal: "Bien es muy cierto que los territorios rebelados se pierden con más dificultad cuando se reconquistan por segunda vez, porque el señor, aprovechándose de la rebelión, vacila menos en asegurar su poder castigando a los delincuentes, vigilando a los sospechosos y reforzando las partes más débiles". (*"El Príncipe"*, cap. III).

(3) Hemos subrayado esta dependencia territorial de la antigua audiencia de Charcas para llamar la atención del lector acerca de la falsedad de la tan difundida como ingenua leyenda de que *"Bolívar nos quitó el Alto Perú"*.

I. Quien *realmente* —en la doble acepción de *verdadero* y *perteneciente al rey*, de esta palabra—; quien *realmente*, repito, "quitó" el Alto Perú al Virreinato de Lima, para cederlo al de Buenos Aires, fue el Rey Carlos III (1716-1788), mediante un simple plumazo estampado cuarentaisiete años antes que Bolívar pisara playas peruanas. ¡Y nada menos que siete antes de que naciera el Libertador! Esta transferencia de jurisdicción fue dispuesta, efectivamente, en 1776, en tanto que Bolívar vio la luz en 1783 y vino al Perú en 1823.

II. Para convencerse de lo infundado de la fábula antibolivariana, será suficiente consultar la cartografía histórica colonial. Así, en un mapa de América Meridional que tenemos a la vista en momentos de escribir, —mapa oficial español, de 1777, mapa que simplificado reproducen todos nuestros textos escolares de Historia del Perú—, se nos muestra en toda su inmensa extensión el Virreinato de Buenos Aires, como que sus fronteras encerraban los territorios de las actuales repúblicas de Argentina, Paraguay, Uruguay y *¡Bolivia!* Algo más, como yapa: ese virreinato tenía salida al Oceáno Pacífico por la desértica región de Atacama.

A poco descubre España que está a punto de perder sus extensos dominios coloniales. ¿Qué hace para combatir estos movimientos de independencia, para aplastar a estos "insurgentes", como oficialmente los denomina?

III. Diremos, de paso, que el primer virrey de Buenos Aires —primer gobernante del descomunal territorio de esas cuatro repúblicas de hoy— fue Pedro de Cevallos, quien lo rigió muy corto tiempo (1777-78). Lo siguen, Juan José Vértiz (1778-1784), Nicolás del Campo (1784-1789), Nicolás de Arredondo (1789-1795), etc., etc.

IV. Algo más: la Intendencia de Puno —o su equivalente, el actual departamento de este nombre, más parte del de Madre de Dios— perteneció al Virreinato de Buenos Aires desde 1776 hasta 1796, año este último en que por real cédula fue reincorporada al Virreinato de Lima.

V. Si el lector se tomara la molestia de consultar documentos coloniales sobre la insurrección de Túpac Amaru (1780-1783), encontraría múltiples referencias de que los rebeldes cuzqueños penetraton al Virreinato de Buenos Ares *apenas* iniciado el movimiento, pues el Virreinato de Lima tenía sus linderos, en este momento, en la región de La Raya (actual límite entre los departamentos de Puno y Cuzco). Y La Raya queda a escasos 70 km. de Tinta, epicentro de la terrible convulsión. No son indispensables los documentos coloniales. Recurramos a un conocido autor peruano, Carlos Daniel Valcárcel, quien escribe: "El 7 de diciembre de 1780 Túpac Amaru cruzó la frontera entre los virreinatos del Perú y de Buenos Aires"... *"Rebasada La Raya, al avanzar ya por territorio del Virreinato de Buenos Aires, Túpac Amaru penetró sin resistencia en diferentes pueblos y llegó cerca de Ayavivi"*... "De Ayavivi pasó a Pucará y luego al pueblo de Lampa, en donde entró el 9 de diciembre. La casa del Corregidor fue saqueada"... (*"La Rebelión de Túpac Amaru"*, México, 1947, pág. 65-67).

VI. Todavía más. En setiembre de 1822 llegan a Londres los comisionados de San Martín, García del Río y Paroissien, encargados de concertar el primer empréstito peruano. Al solicitarles el ministro inglés de Relaciones Exteriores, Jorge Canning, cierta indispensable información nuestra, entre ella la de señalar los límites del Perú en un mapa de la América del Sur que tenía en su despacho —situado ya en el Dawning Street 10, que luego hiciera famoso Winston Churchill—, los agentes del Protector le entregan una extensa *"Memoria sobre el estado del Perú"*, fechada el 6 de noviembre del mismo año. En este documento, cuyo original existe en Londres, se precisa, en efecto, por ambos deledos de nuestra patria: "Aquella porción del nuevo mundo conocida con el nombre del Perú comprehende toda la parte Austral de la zona tórrida que corre N.S." ... "Son sus límites al Este el Brasil por una parte, y por otra, países habitados por Indios incultos; al Oeste el Océano Pacífico"...; *"la laguna de Titicaca y una gran llanura le dividen de las Provincias del Río de la Plata"* (República Argentina).—

Madrid y Lima

Observemos el mapa de América del Sur, pero imaginemos cómo lo vería desde la propia España el asendereado gobierno de la metrópoli que ha reemplazado al rey cautivo (4). El inmenso Brasil, con su punta de Recife, semeja un gigantesco tajamar que, acercándose al África, divide en dos sectores el Oceáno Atlántico. Este mismo Brasil con su prolongación occidental, el Perú, aislan, de océano a océano, del Atlántico al Pacífico, las dos secciones en llamas de su imperio colonial: el bloque Venezuela-Colombia, al norte, y el bloque sur, Chile-Buenos Aires (este último con **sus provincias altas** o Alto Perú) (5).

Conocen bien los bomberos que un incendio se combate aislando sus varios focos y concentrando luego, en forma sucesiva, medios suficientes de lucha contra cada uno de ellos. La dispersión es enemiga de la eficacia. Pues exactamente de este modo es como actúa el gobier-

---

("Colección Documental de la Independencia del Perú", tomo XI, volumen 2º, *Misiones Peruanas*, Lima, 1972, página 75). Téngase presente que en momentos de firmarse esta *Memoria*, documento oficial peruano —año 1822—, ¡todavía Bolívar no ha puesto los pies en suelo peruano!

No obstante estos hechos evidentes acreditados en documentos históricos de valor irrefutable, subsiste aún la paparrucha aquella de que la malquerencia de Bolívar a nuestra patria era tan grande, que cierto día, sulfurado, descolgó del clavo el mapa del Perú que tenía en su despacho, cogió una tijera... y ¡zás!, de un tijeretazo ¡pues nos despojó del Alto Perú!

(4) Este gobierno —la Junta Central— cumple su delicado cometido en forma realmente paradójica: *es un gobierno en el exilio dentro de su propia patria.* Recuérdese, en efecto, que José Bonaparte —al que los burlones madrileños apodan Pepe Botellas y Rey Plazuelas— ha sido impuesto como soberano de España por mandato de su poderoso hermano, contando, no obstante, con la aceptación y colaboración de buen número de influyentes peninsulares —intelectuales y políticos, mayormente— los famosos "afrancesados", como despectivamente los ha bautizado la oposición española. Igual que el Perú de mediados de 1823 —Riva Agüero *versus* Torre Tagle, Trujillo *versus* Lima—, España tiene en estos difíciles días de los levantamientos de sus colonias, un gobierno bicéfalo: José I *versus* Junta Central, Madrid *versus* Sevilla.

(5) Si el lector desease un testimonio adicional referente a la legítima pertenencia del Alto Perú, citemos a un autor argentino, Juan Bautista Alberdi (1810-1884). Dice este ilustre político y jurisconsulto al juzgar la abdicación que San Martín hace del gobierno de nuestra patria y del mando del ejército: *"Dejó la campaña a la mitad y a las provincias argentinas del Norte* —Alto Perú— *en poder de los españoles, hasta que Bolívar las libertó en Ayacucho, en 1825, con cuyo motivo dejaron de ser argentinas para componer la República de Bolívar"*. ("El crimen de la guerra", Editorial Molino, Buenos Aires, 1943, pág. 168). Si no se señala lo contrario, todos los subrayados son nuestros. Igual observación hacemos respecto de los paréntesis aclaratorios.

no español. Para suerte de la Corona, en esta delicada coyuntura el Perú desempeña el papel de espléndido cortafuego: elevado y sólido muro que impide que la América española, íntegra, se convierta en una sola, rugiente y gigantesca hoguera, desde las cálidas orillas del Caribe hasta las frías pampas de la Patagonia.

España envía a Venezuela —foco el más peligroso y más cercano a la metrópoli— fuertes expediciones militares al mando de valerosos jefes experimentados en la lucha contra Napoleón en la dura y sangrienta guerra que termina con la expulsión del intruso rey José Bonaparte. Es así cómo enfrenta al precursor Miranda, primero y por breve tiempo; más tarde, y ya por trece años, a Bolívar. ¿Y qué hace España para sofocar el fuego en el sector sur del continente meridional? No fue necesaria su intervención, si exceptuamos el envío de cierto número de excelentes jefes y de muy cortos efectivos de tropas. Abascal, virrey del Perú, obrando con celeridad y patriotismo encomiables, acude **motu proprio** a aplastar las rebeliones porteña, chilena y quiteña.

Graficando la situación del imperio español, como observamos en la figura (*), se montan dos poderosos grifos contra incendios, para combatir el voraz fuego de la insurrección americana: uno en Madrid, el otro en Lima. Y en tanto que Madrid envía a Venezuela grueso torrente de soldados, españoles, desde luego; Lima cumple con lanzar a Quito, Chile y el Alto Perú otro poderoso torrente de soldados, peruanos, claro está, en su gran mayoría. Por un cierto tiempo, este esfuerzo del Perú español logra completo éxito: "Abascal, con hombres y recursos peruanos, mantiene en jaque al continente" (Jorge Basadre, "Meditaciones sobre el destino histórico del Perú", Lima, 1947, pág. 57).

Pero existe diferencia entre el elemento humano que España envía a Venezuela y el elemento con el que acude Abascal a sofocar la rebelión de los territorios vecinos. El español es hombre plenamente consciente de la causa por la cual lucha y muere, en tanto que el peruano, enrolado por la fuerza en el ejército realista, ignora por qué se le arranca de su escondida querencia andina y se le lleva a combatir sin entusiasmo contra sus hermanos del Río de la Plata y del Mapocho. (6).

(*) No se incluye ningún esquema en este libro.

(6) También soldados americanos de diversas latitudes combaten en las filas españolas, no solamente en el Perú. Tal sucede en las actuales Colombia y Venezuela, por ejemplo. Los pastusos (de Pasto, Colombia) y los habitantes de Carúpano (pequeña población del litoral nororiental venezolano) fueron fanatizados a favor de España hasta un grado apenas concebible. Para confirmarlo, un pequeño botón de muestra. Desde la mencionada población venezolana, en carta al general Arismendi, escribe Bolívar el 26 de junio de 1816: *"Es imposible que en la Costa Firme* (nombre antiguo del litoral atlán-

PROPIEDAD DEL
BANCO POPULAR DEL PERU
Registrado en el Dpto. Adq. y
Cont. Patrimonial
Inventario No. 0185/79
Fecha: 20-06-79

El español que obedece a Monteverde, a Morillo y a Boves, y que en los llanos del Orinoco enfrenta a Bolívar, a Páez y a Ribas, tiene la íntima convicción de que lucha y muere por su rey y por su patria. El campesino peruano que resignado sigue a Goyeneche, a Osorio y Marcó del Pont, y que en el Desaguadero, en Rancagua y en Chacabuco enfrenta a Castelli, O'Higgins y San Martín, sabe solamente que debe disparar y cargar a la bayoneta cuando se le ordena hacerlo contra otros hombres de uniforme apenas diferente del suyo propio. La elevada calidad del soldado realista que combate en Venezuela y Colombia, obliga a Bolívar a llevar adelante una guerra prolongada y sangrienta en extremo, sin igual en todo el continente americano. En este territorio ambos bandos proclaman, oficialmente, y llevan a cabo, con salvaje encarnizamiento, "la Guerra a muerte". Tan tenaz es la lucha en el norte del continente, que Venezuela ve reducida en un tercio su población y convertidas en ruinas sus ciudades. (7).

---

tico de Colombia y Venezuela), *haya un país* (región) *más realista que éste*, por cuya razón el número de hombres que se nos ha suministrado no pasa de cien, *estando los demás haciéndonos la guerra en partidas* (guerrillas), *o con el enemigo"* (ejército regular español). ("Escritos del Libertador", tomo IX, Caracas, 1973, página 286).

Entre los realistas peruanos, en cambio, no hubo fanatismo comparable. Por el contrario, la deserción del soldado peruano constituía el talón de Aquiles del Ejército Real. Inacabables mantos de Penélope, los batallones realistas, compuestos de serranos especialmente, se hacían y deshacían con prodigiosa celeridad. Hablando de este grave problema, escribe el Virrey del Perú, Pezuela, al Secretario de Estado, dos años antes de la llegada a Pisco de la Expedición Libertadora: "La deserción es tan escandalosa, contínua e inextinguible en todos los cuerpos"... "tan monstruosa, que a la vuelta de poquísimos días causa en ellos bajas enormes que es preciso estar perpetuamente reponiendo con indecibles fatigas, dificultades y costos, por lo cual he llegado a presumir que puedan haber seductores ocultos que la promueven". (Lima, 12 de noviembre de 1818). (Colección Documental de la Independencia del Perú, tomo XXII, "Documentación oficial española", volumen 2º, Lima, 1973, página 38).

(7) Mencionaremos un solo caso de atroz matanza en esta guerra exterminadora, la que en el seno familiar sufre el propio glorioso vencedor de Pichincha y Ayacucho, general Sucre. En 1814, tomado prisionero luego de valerosa resistencia, y no obstante encontrarse herido, su hermano Pedro, mozo graduado de teniente coronel, es fusilado por orden del sanguinario jefe realista Boves. Tres años más tarde, Francisco tiene el mismo triste final. Un tercer hermano, Vicente, a pesar de encontrarse en el lazareto aquejado de enfermedad incurable —elefantiasis—, es asesinado por el despiadado enemigo. Su madrastra perece al lanzarse por un balcón en desesperado intento de escapar de los ultrajes de feroz soldadesca; y simultáneamente, la hermana del futuro Mariscal de Ayacucho, Magdalena, hermosa niña de dieciseis años, muere de terror ante el espectáculo de ver invadido el hogar paterno por desenfrenada horda que asesina y se entrega a in-

El terreno endurece la raíz de la planta

Así como la raíz de una misma planta se endurece extraordinariamente si tiene que atravesar terrenos muy resistentes, o se conserva blanda si la tierra es suelta o húmeda —la función crea al órgano—, en igual forma los ejércitos que obedecen a Bolívar se hacen más aguerridos y tenaces en proporción a la resistencia opuesta por sus empecinados adversarios. Si comparamos las muchas campañas libradas por Bolívar en Venezuela, con la de San Martín en Chile, constatamos que el número de acciones libradas por el primero es inmensamente superior a las del segundo, e igualmente el número de bajas producidas en las batallas del venezolano es considerablemente mayor que en las del argentino. Así, por ejemplo, la de Chacabuco se gana al precio de escasamente **once** muertos, por lo que el historiador argentino general Mitre, acertadamente, la define: "es la gran victoria menos costosa que se haya dado en el mundo". (**"Historia de San Martín y de la Emancipación Americana"**, Buenos Aires, 1889, tomo II, pág 18). Esta marcada diferencia queda confirmada por los propios protagonistas españoles. Son muchos los jefes y oficiales de esta nacionalidad que han consignado en su correspondencia el marcado temor que les inspiraba el tener que luchar en Venezuela, y no así en las regiones meridionales del continente. (8).

---

fernal pillaje. Algo más, todavía. Como la guerra es sin cuartel, la población de las ciudades se ve obligada a emigraciones en masa. En uno de estos éxodos de civiles realizado por vía marítima —antecesores del Dunkerque inglés de 1940, si bien estrictamente militar éste— perecen otras dos hermanas al zozobrar la maltrecha nave en que huían de la encarnizada persecución realista.

Y sin embargo, un hombre que pierde siete familiares en forma tan cruel, sabe dominar su ira y no ejerce el menor acto de venganza —*retaliación*, ley del talión, como se decía en la Venezuela de la época— cuando ve al enemigo vencido. Por el contrario, luego de ambas decisivas victorias, Pichincha y Ayacucho, este Bayardo americano, auténtico santo laico, concede a sus derrotados adversarios las capitulaciones más generosas. Tan generosas, las dos, que no parecen haber sido firmadas por un vencedor y un vencido, sino convenios acordados entre potentcias igualmente soberanas.

(8) Veamos, por ejemplo, lo que escribe un oficial peninsular, el capitán Rafael Sevilla, que forma parte de la expedición del general Pablo Morillo, compuesta por 12,500 soldados, enviada por España a América en el año 1815: "A las 8 de la mañana del 17 (febrero de 1815), un espectáculo conmovedor, análogo al de Trafalgar, se presenciaba desde las murallas de Cádiz. Dieciocho buques de guerra y cuarentidós transportes, 60 naves en total, levaban anclas obedeciendo la señal del navío "San Pedro", poniéndose en marcha... Cuando ya no veíamos más que mar y cielo, presentaba aquella formidable escuadra un aspecto imponente. Desde el descubrimiento de América, ninguna tan numerosa había cruzado el Atlántico".

"Sin novedad navegamos hasta el día 25, en que al asomar la aurora, dio la

En conclusión, la diferencia de resistencia del adversario obliga necesariamente a ambos generales —como las raíces al terreno— a adaptarse al medio. Al soldado expedicionario español, que engreído de sus victorias sobre las tropas napoleónicas llega a Venezuela, Bolívar no puede vencerlo sino mediante la destrucción física, es decir, por la derrota en el campo de batalla luego de tenaz y sangrienta lucha. Lo mismo puede afirmarse del colombiano o venezolano hábilmente fanatizado por los oficiales realistas, según se señaló en la nota 6. En consecuencia, Bolívar seguirá en el Perú su mismo sistema de guerra ya largamente experimentado. Al soldado peruano que desganado obedece a los jefes españoles, San Martín, a su vez, piensa que es posible, y económico en vidas, más que derrotarlo, ganarlo a la causa mediante una eficaz prédica revolucionaria, es decir, sin que fuera indispensable llegar a la lucha misma. (9). Están esbozadas las formas diferentes como Bolívar y San Martín proyectan llevar a cabo sus campañas en el Perú, uno y otro en los momentos que el destino les señaló actuar: en 1820, 1821 y 1822, el argentino; en 1824, el venezolano.

---

señal el navío de estar *al pairo* (maniobrar las velas para detener la marcha de una nave, en espera de órdenes posteriores). En seguida se puso *en facha* (maniobra algo semejante a la anterior), y echó al agua un bote con dos oficiales de a bordo, que empezaron a recorrer todos los buques, *trayéndonos la infausta noticia de que no íbamos al Río de la Plata, como se había dicho, sino a Costa Firme* (antiguo nombre del litoral de Venezuela y Colombia). Así lo preceptuaban los pliegos reservados de Su Majestad que se acababan de abrir a aquella altura".

"General consternación causó esta nueva. Todos sabíamos que en Buenos Aires (no se refiere el autor a la ciudad, sino al virreinato de este nombre, que entonces se extendía —como se ha dicho en la nota Nº 3— desde el lago Titicaca y río Desaguadero, hasta la Patagonia) y Montevideo los rebeldes estaban divididos, que no de sus bandos esperaba las tropas del Rev. *para pasarse a ellos y auxiliarlos,* y que en la Costa Firme la guerra se hacía sin cuartel y con salvaje ferocidad".

Comprendiendo el general Morillo el mal efecto que el cambio de destino había producido en sus tropas, "nos mandó una proclama entusiasta, recordando los laureles que habíamos obtenido en la campaña contra el francés (Napoleón), y manifestándonos que debíamos alegrarnos de ir a un país más cercano al nuestro". *("Memorias de un oficial del ejército español. Campañas contra Bolívar".* Editorial América. Madrid, España, sin fecha, pág. 22-24).

(9) Esta propaganda, orientada en el sentido de ganarse los corazones peruanos, se lleva a cabo por diversos medios: agentes, proclamas, cartas... La difusión de proclamas se inicia desde Chile, varios años antes de la llegada de San Martín a nuestra patria. Según refieren oficiales integrantes de la división del general Arenales, ya en la primera campaña a la Sierra de este jefe (1820) —siguiendo el itinerario: Pisco-Ica-Huamanga-Huancayo-Tarma-Cerro-Canta-Huaura— pudieron constatar que numerosos campe-

Sine sanguine ha de ser la acción libertadora en el Perú, se dice a sí mismo San Martín. Para dar libertad al Perú debo hacer una **guerra de aniquilamiento** de las fuerzas que lo sojuzgan, resuelve Bolívar. Largo tratamiento médico recomendará el primero; certera y veloz técnica quirúrgica será la intervención del segundo.

Dice Maquiavelo que para apreciar la majestuosidad de las montañas, debemos situarnos en la llanura que se extiende a sus pies; así como para contemplar en toda su amplitud y belleza una dilatada llanura, conviene subir a una elevada montaña. Es por ello que para mejor comprender la campaña llevada a cabo por Bolívar en el Perú —tema de esta charla de hoy y mañana—, estimamos oportuno echar antes una ojeada a la empresa cumplida por San Martín en nuestra patria. Sólo en esta forma, sobre un mismo teatro de guerra y frente al mismo adversario, podremos apreciar debidamente las maneras de actuar de uno y otro general.

II. SAN MARTIN EN EL PERU

> ..."Como las posiciones de la Sierra que ocupa el enemigo (en Jauja) las puede disputar palmo a palmo, y por otra parte, la terquedad de los españoles es bien conocida, *creo que el modo de negociar la paz con ellos* es llevarles la guerra a la misma España; por lo tanto, estoy resuelto... que las fragatas Prueba y Venganza... salgan de ésta a principios de agosto con destino a Europa".
> "Si usted puede unir a estas fuerzas algunas de Chile, la expedición tendría los mejores resultados. Contésteme sin perder momento".
>
> SAN MARTIN, a Bernardo O'Higgins (Santiago de Chile), Lima, 26 de junio de 1822 (dieciocho días antes de viajar a Guayaquil para entrevistarse con Bolívar).

Llegué, ví, vencí, debió ser el comprimido informe que San Martín pudo remitir a O'Higgins, acaso a los seis meses de pisar suelo peruano. Es lo cierto que salió de Chile contando con fuerzas suficientes para lograr una pronta culminación de la empresa libertadora de nuestra patria, y no es menos cierto que el poder realista en el Perú pasaba

---

sinos, aun en los más apartados caseríos andinos, conservaban esas proclamas con conmovedor cariño, largo tiempo después de haberlas recibido. En algunos casos, incluso, estos impresos fueron utilizados a manera de salvoconducto por sus entusiastas poseedores. Las proclamas las hizo imprimir el gobierno de Santiago, en idiomas castellano y quechua, y fueron distribuidas profusamente en nuestro litoral por la escuadra chilena, que

entonces por gravísima crisis. Crisis múltiple: económica, política, moral. De haber procedido el general argentino con audacia y celeridad —como las operaciones previas a Chacabuco—, el Perú habría conquistado su independencia en 1821, y no sólo a fines de 1824, ya con Bolívar, luego de pasar por las derrotas y zozobras de los años 22, 23 y 24 (10). Señalamos a continuación algunos de los hechos en que basamos nuestra afirmación. Pero antes, en veloz desfile cinematográfico, veremos el desarrollo total de la acción de San Martín en nuestra patria utilizando esquemas que hemos preparado. (Son los mismos que, mejorados y en colores, se incluyen en la obra "Antología de la Independencia del Perú", 1972, de la Comisión Nacional del Sesquicentenario).

Ni tantos ni tan pocos

Se hace mucho hincapié en que San Martín, en audaz alarde, "con menos de 5,000 soldados enfrenta a más de 20,000 **aguerridos y gallardos peninsulares**", que obedecen al virrey Pezuela. Aunque documentos de valor inobjetable asignan a los realistas cifra muy inferior a la antes expresada, aceptemos ese efectivo de tropas. Tengamos, sí, en cuenta que esa relación de fuerzas no representa, en absoluto, una **constante** en todo momento favorable a los realistas. Para explicarnos mejor, recurramos a una analogía, tal como se muestra en este diagrama (*).

---

comandaba Cochrane, en sus varias incursiones llevadas a cabo en los años 1819 y 1820.
Desde Chile, en cierta ocasión solicita San Martín a agente suyo en Lima un informe sobre el estado de ánimo de los muchos oficiales peruanos que sirven en el Ejército Real. "*Los oficiales peruanos* —se le responde— *se encuentran en un estado de indecisión, tristeza y turbación, preguntando a todos qué harán. Calculo, pues, que su resistencia será débil*". El mismo informante desliza un consejo al general: que las fuerzas libertadoras obtengan desde el primer momento algunas victorias, aunque pequeñas, "*para decidir a estos oficiales y otros muchos que se mantienen en la incertidumbre*".

(10) Tales, las derrotas de Macacona (Ica), Torata, Moquegua y el Desaguadero ("El Talón"); motín de Balconcillo, en que el ejército, por la presión de las bayonetas, depone al Ejecutivo (triunvirato), e impone al Congreso la presidencia de Riva Agüero; motín del sargento Moyano, del regimiento Río de la Plata, que entrega a España las fortalezas del Callao; defecciones de Riva Agüero y de Torre Tagle, seguida, la del último, de multitud de funcionarios públicos que se cobijan bajo las banderas españolas; doble ocupación de Lima por los ejércitos realistas (junio de 1823 y marzo de 1824), etc., etc.

(*) No se incluyen figuras en este libro, ya se dijo.

Imaginemos, para ello, vasos comunicantes de los que se estudian en Física Elemental, sistema hidráulico constituido por dos vasos unidos por un tubo inferior. Instalada sobre este tubo, una llave permite el paso del agua de uno a otro recipiente. Pues bien, si suponemos que uno de nuestros vasos contiene 5,000 litros de agua y 20,000 el otro, éste sería el estado relativo de fuerzas al producirse el desembarco de la Expedición Libertadora, enviada a nuestra patria por el gobierno chileno que preside Bernardo O'Higgins. Debemos tener presente que en el momento preciso de pisar tierra peruana, el general San Martín abre la llave que pone en comunicación nuestros vasos. ¿Y qué sucede, de inmediato? Al llegar al lejano Guayaquil la esperada y muy agradable noticia, su guarnición realistas, **íntegra** —1,500 soldados, cuzqueños muchos de ellos—, se pasa a la patria. En otras palabras, esa llave deja pasar 1,500 litros del vaso de nivel alto, que ingresan, claro está, al otro vaso. (11).

Con este solo trasiego, la relación de fuerzas, que era de 4 a 1, ya no alcanza a ser de 3 a 1. Continuemos abriendo nuestra llave: 996 realistas del regimiento Numancia, que cerca de Chancay imitan a sus camaradas de Guayaquil; de los 700 "aguerridos y gallardos" soldados realistas, que en Pisco y a órdenes del coronel de milicias Manuel Químper, peruano, tenían por misión oponerse al desembarco de la Expedición, ninguno hace un solo disparo al avistarse en tierra los "invasores", y más bien, pocos días después, algo más de 200 se pasan también a los patriotas, haciéndose humo los 500 restantes luego de simples simulacros de resistencia (12); en tanto que en Cerro de Pasco 750 realistas huyen de las bayonetas de los soldados chilenoargentinos del general Arenales, 250 de sus camaradas optan por seguir la **moda imperante:** cambiar de bandera; en Lambayeque y Trujillo, unos 380 hombres imitan a sus otros compañeros "cambistas" (13), en tanto que en Huaraz, el coronel Campino, chi-

---

(11) Desde el puerto del Guayas, José Joaquín Olmedo escribe a San Martín: "Al amanecer del 9 (octubre, 1820), brilló para nosotros la aurora de la libertad. El pueblo, *unido a las tropas de esta plaza*, ha proclamado la independencia de esta Provincia"... (nuestra revolución), "se ha realizado no con tumultos ni muertos, sino como una fiesta pública"...

(12) "A Químper —señala con dolor un jefe español— no se le creía generalmente a propósito para el desempeño del cargo que se le confiaba, ni para dirigir como convenía los 500 infantes, 100 caballos y dos piezas de artillería, reunidos en un punto tan importante como Pisco, y así, pronto se perdió el fruto de cinco meses de contínua instrucción, *porque toda esa fuerza fue dispersada por 80 caballos enemigos*". ("Memorias del general García Camba", tomo I, pág. 442).

(13) Con este —como en Guayaquil— incruento cambio de bandera, se pasa a la patria todo el extenso territorio comprendido entre Túmbez y Huaura, ricas provincias que en los días de Bolívar serán las que van a dar la independencia al Perú.

leno enviado por San Martín desde Huaura, recibe 550 entusiastas reclutas peruanos; los 1900 hombres de la guarnición del Callao, con su jefe el general La Mar, ecuatoriano, se pasan a la patria, perdiendo con ello España las fortalezas más poderosas del Pacífico; 30 oficiales y 500 soldados realistas, de la división Canterac, enviada por el virrey desde Jauja, precisamente en socorro de La Mar, pues también cambian de bandera; en Pisco se incorporan a las filas patriotas 650 esclavos, sobre los que San Martín escribe a O'Higgins que serán muy pronto excelentes soldados, capaces de competir con los más veteranos; etc., etc.

Como infantil castillo de arena barrido por la ola, el aparentemente poderoso ejército realista del Perú —bíblico coloso de hierro con pies de barro—, no puede resistir la sola presencia de las huestes libertadoras. El pueblo peruano —civiles y militares, hombres y mujeres— estaba virtualmente **revolucionado**, en espera de sus hermanos, que venían del sur, para conquistar su propia independencia. Razón asiste al documentado historiador español Mariano Torrente, contemporáneo de las guerras de la emancipación americana, al escribir: "Cuando un edificio comienza a desmoronarse, no bastan puntales para sostenerlo. Así sucedio en esta desgraciada época. Introducido el desaliento en el ejército real y en igual proporción la creencia en el pueblo de que iban a triunfar las armas de San Martín, era consiguiente en unos y otros olvidarse de sus deberes, y dirigir todos sus miras a prestar servicios a los que eran ya considerados como nuevos dueños, para conservar sus empleos, y aún para ganar mayores grados y distinciones". ("Historia de la Revolución de la Independencia del Perú", Lima, 1971, pág. 174.— Colección Documental, tomo XXVI, volumen 4º).

Si hacemos los trasiegos respectivos comprobará el lector que los vasos están muy próximos a alcanzar un mismo nivel, si no es que ya lo alcanzaron (14). Esto en cuanto a **cantidad.** Pero...

---

(14) Aunque al mencionar el plan de invasión del Virreinato del Perú, desde Chile, el historiador peruano general Carlos Dellepiane dice ser San Martín el "primer estratega sudamericano", posteriormente, al estudiar las operaciones del año 1821, en capítulo elocuentemente expresivo, *"Inacción de San Martín"*, se ve obligado a reconocer: "Las operaciones de guerra que conducía en el Perú el general San Martín entraron por el año de 1821 en un período de manifiesta inactividad"... "Las negociaciones diplomáticas y demás procedimientos que existen para retardar los acontecimientos, pueden emplearse para preparar un teatro de operaciones, como en 1820, o para engrosar las fuerzas a fin de equipararlas con las del enemigo. Pero, *en 1821 todas las ventajas se hallaban del lado de los patriotas y, sin embargo, San Martín continuaba postergando indebidamente la decisión final; con este proceder prolongó la guerra,* sin necesidad, como lo demuestran los hechos que siguieron"... "Si al tocar en Ancón, y aun antes, los jefes patriotas instaron a San Martín para que ordenara el ataque directo

¿Cantidad o calidad?

Reflexionando en Santa Elena sobre sus primeras campañas, dictaba Napoleón: "En Italia fuimos siempre uno contra tres, pero los hombres tenían confianza en mí. La fuerza moral, más que el número, es siempre la que decide la victoria". ("Sainte-Héléne Journal inédit", general Gourgaud, tomo II, París 1899, pág. 119). El 17 de agosto de 1820, es decir, tres días antes de zarpar de Valparaíso la Expedición, un inteligente oficial español, el teniente coronel Andrés García Camba, alarmado ante la anunciada "invasión chilena" —así denomina la documentación realista a la Expedición Libertadora—, dirige un informe confidencial al Virrey Pezuela. (15). Recomendamos la lectura **in extenso** de este documento. (Véase Dellepiane, obra citada, pág. 474-477). Agrada la franqueza, la valentía, casi, de sus expresiones. Espiguemos unos cortos pasajes del sustancioso documento:

..."Suponiendo que nuestro ejército fuera cual dice Vuestra Excelencia en su bando del 11 del corriente, ¿habrá quien asegure a V.E. la victoria contra otro ejército de igual fuerza? Claro que no, y lo contrario sería una temeraria presunción"... "La caballería se halla en peor estado que la infantería; la multiplicidad de armas con particular manejo cada una (carabina, sable, lanza, pistola), y el uso de todas ellas sobre un bruto, que es el mayor enemigo cuando no se sabe montar, hace que la que mantenemos sea nula de hecho"...

Sobre el enemigo se expresa en esta forma: "Debemos concluir que la calidad de sus tropas excede a la mayor parte de las nuestras"... "Nuestra situación es incontestablemente mala". Previendo acertadamente que el pueblo peruano no cooperaría en el rechazo de la invasión, sino todo lo contrario, sentencia; **"No debe mirarse aquí la pérdida de una batalla como en España: perdida por nosotros, en el día se decide probablemente la suerte del Perú para siempre".** (16).

---

a Lima que juzgaban posible realizar en ese entonces, con cuánta mayor razón se hubiera podido intentarlo en 1821, cuando casi todo el Perú sentía anhelos de libertad"... (por esos días) *"el efectivo de los soldados libertadores excedía en más de un tercio al de los realistas"*. ("Historia Militar del Perú", tomo I, Lima, 1931, pág. 88-89).

(15) "Los papeles públicos de Chile no cacarean otra cosa que la expedición, y la proclama de San Martín de 13 de febrero (1820) a los chilenos, los inquieta a correr en auxilio del Perú". Así se expresa el virrey Pezuela, en su *Diario* (19 de marzo de 1820). ("Memoria de Gobierno", Joaquín de la Pezuela, Sevilla, 1947, pág. 682).

(16) Así sucederá con Bolívar, efectivamente. Vencida la caballería realista en Junín, la infantería y artillería de Canterac, meras espectadoras lejanas de la acción, se ponen en precipitada fuga, no deteniéndose hasta alcanzar las infranqueables márgenes del río Apurímac. Es decir, que ceden, absolu-

En el acápite anterior hemos visto cómo se cumplen los tristes vaticinios de este oficial español. Las fugas —que no combates— de Pisco, Ica, Nazca, Acarí, Atumpampa, puente de Máyoc, Jauja, Tarma, igual que la escasa resistencia opuesta en Cerro de Pasco, demuestran que ni contando con apreciable superioridad numérica les es posible a los realistas vencer a los soldados patriotas. "No es el número de soldados lo que proporciona solidez a un ejército, sino su lealtad y estado de ánimo", nos recuerda Napoleón. ("Lettres inédites de Napoleón 1er.", de Léon Lecestre, París, 1897, número 155).

Dispersión

Hay otro aspecto que debemos tener en cuenta: la peligrosísima dispersión de los débiles núcleos de defensores realistas. Mil quinientos soldados en Guayaquil, 300 en Trujillo, 500 entre Huaura y Supe, 6,500 en Lima y Callao, 700 en Pisco, 450 en Huancavelica, 1,500 en Arequipa, 300 en Arica..., se hallaban, pues, todas estas guarniciones, condenadas por despiadado **Mane, Thecel, Phares,** al aniquilamiento sucesivo, y sin esperanza de ser socorridas a tiempo por las más inmediatas. No se olvide algo terrible para los realistas: sus guarniciones estaban separadas, unas de otras, no únicamente por muchas decenas de leguas de desiertos y abruptas cordilleras. También se hallaban aisladas, incomunicadas, casi, por una población marcadamen-

---

tamente sin lucha, el extenso territorio que hoy abarcan los departamentos de Junín, Huancavelica, Ayacucho y Apurímac. Como dirá el Libertador, todas estas veinte provincias se conquistaron sin gastar una sola onza de pólvora. Lograda luego la victoria de Ayacucho, también sin consumo adicional de un grano de pólvora, cambian automáticamente de dueño los actuales departamentos de Ayacucho, Apurímac, Cuzco, Puno, Arequipa, Moquegua, Tacna y Tarapacá, además de la totalidad de la hoy república de Bolivia. Es decir, *más de dos millones de kilómetros cuadrados.* ¿Y los varios millares de "aguerridos y gallardos" soldados realistas que guarnecían estas vastísimas regiones? Pues con más entusiasmo que tristeza depusieron tranquilamente las armas, cambiando de bandera la mayoría de ellos. Es esta la razón por la cual decíamos, unas páginas más arriba, que las palabras de Julio César al Senado romano *(Veni, Vidi, vici)* —al anunciar su fácil victoria sobre Farnaces— pudieron perfectamente ser repetidas por San Martín al dirigirse a O'Higgins para dar cuenta del cumplimiento de la misión que al general argentino le señaló el Senado chileno, en auxilio de los peruanos, de haber querido obrar el jefe de la Expedición Libertadora con la rapidez y audacia a que obligaba la profunda desmoralización y comprobada debilidad material de las fuerzas realistas.

En 1820-1821, debe reconocerse, el en apariencia poderoso Virreinato del Perú era, verdaderamente, un "Tigre de papel". incapaz de resistir a una fuerza enemiga que, aunque pequeña, actuara con actividad y audacia. Posteriormente, depurado de sus elementos poco leales —caídas las hojas secas—, el ejército realista mejorará notablemente de calidad en 1822-1823. De ahí sus repetidas victorias de estos años.

te hostil, pronta a prestar todo género de auxilio a sus libertadores y a combatir por todos los medios al enemigo. (17). Citemos unos cuantos casos de ayuda peruana. a) El teniente Vicente Suárez, paraguayo —oficial de la división patriota del general Arenales—, que puso en fuga a gruesa columna realista en Acarí, al sur de Nazca, refiere: "Sólo pudo sacarme de este embarazo (espesísima niebla) la destreza de los excelentes guías que dirigieron mi marcha, y a cuyo comportamiento me hallo obligado". No olvida a las hijas de Nazca este oficial: "Tuvimos la complacencia de ser recibidos en Nazca con repiques de campanas, tañidas por mujeres que no quisieron retardar ni ceder nuestro sexo". ("Archivo de don Bernardo O'Higgins", tomo XIV, Santiago de Chile, 1963, pág. 223, 224). b) Pocos días después del desembarco de la Expedición en Paracas, tienen lugar estos sucesos: "(19 de setiembre, 1820). En la hacienda Caucato se agregaron al Ejército 500 negros reclutas, escogidos entre más de 1,000. Se remitieron a la ciudad (Pisco), para disciplinarse"... "El día 30 (Set.), se presentaron 7 oficiales del regimiento de caballería de Chincha, ofreciendo 700 hombres para el servicio de la patria; fueron admitidos y se les armó". ("Diario militar de operaciones", en Obra citada, pág. 156). c) Desde Nazca, el teniente coronel Manuel Rojas escribe al general Arenales: "La tropa se ha enriquecido como nunca pues posee un botín de mucho valor"... "Llevo más de 800 animales entre caballos y mulas, bastantes reses, negros, cuyos amos han fugado"... "Con la política que me aconsejó, **ninguna familia ha fugado de aquí, y a todos he encontrado en la mejor disposición hacia nosotros.** Les dejo 25 fusiles con sus municiones correspondientes, igual número de sables, lanzas y establecidas las milicias para la seguridad y conservación del orden". (Obra citada, pág. 222).

El tridente de Neptuno.

En razón de la profunda simpatía que el general San Martín despierta en la mayoría de nuestros compatriotas, los escritores peruanos, al reseñar las operaciones de la Expedición Libertadora se limitan a ponderar los éxitos logrados por el ejército, dejando en humilde penumbra las muchas victorias ganadas por las naves que obedecen a Cochrane. A más de injusto, resulta demostración de ignorancia de las lecciones de la Historia el olvido, puesto que en un antiguo escrito atribuido nada menos que a Jenofonte (siglo IV antes de Cristo), ya se ponía de relieve la incontrastable influencia del poder naval

(17) En comunicación al Ministro de Guerra de España, escribe desde Puno el general peninsular Ramírez (1º de enero de 1821), refiriéndose a la *"propensión de la mayor parte de la población al sistema revolucionario"*: "No es, Señor Excelentísimo, San Martín y sus satélites los únicos enemigos que tenemos. *Son mayores y de más consideración los que por desgracia de esta guerra abundan ya en todas las capitales, pueblos y aun en las aldeas más pequeñas*"... "Por lo expuesto formará V.E. un concepto bastante exacto de la *crítica, lastimosa y peligrosa situación del Perú*".

en la guerra: **"Los amos del mar se hallan en situación de devastar el territorio de una potencia mucho más fuerte.** Pueden, sin ningún peligro, ir costeándolo hasta un lugar donde no se encuentren apostadas fuerzas terrestres enemigas, o donde éstas sean débiles, y pueden perfectamente volver a embarcarse y alejarse ante la proximidad de fuerzas superiores". ("La influencia del poder marítimo en la Historia", ensayo incluido en "El pensamiento histórico griego", de Arnold J. Toynbee. Buenos Aires, Editorial Sur, 1967, pág. 205).

Contando con la abrumadora superioridad que le proporcionaba la escuadra chilena, dueña del Pacífico, disponía pues el general San Martín de poderosos medios materiales y morales capaces de triunfar fácilmente, y en corto plazo, sobre el débil, disperso y desmoralizado ejército realista. (18). Sorprende, por ello, que a lo largo de dos años

---

(18) Muchas páginas podrían llenarse con documentos referentes al enfermizo temor que a las autoridades españolas inspiraba la presencia de las invencibles quillas que mandaba Cochrane. Para mejor aquilatar los singulares méritos del marino inglés, recurrimos intencionalmente no a un escrito favorable a él, sino a otro dedicado a levantar algunos cargos suyos, contrarios a determinados personajes del gobierno chileno. El coronel José Ignacio Zenteno, Ministro de Guerra y Marina de O'Higgins, en su "Refutación a las *Memorias* de Lord Cochrane" (Santiago de Chile, 1861), se expresa en esta forma no obstante el carácter de su escrito: "Desde los primeros cañonazos que los buques de Cochrane dispararon en las aguas de Chile y del Perú, los bajeles españoles, como bandadas de pájaros extraviados, volaron a buscar refugio bajo los fuertes del Callao. *Quedó así abierto a San Martín el camino del Perú*".

Convencido el virrey Pezuela, a mediados de agosto de 1820, que la expedición chilena al Perú era un hecho, dispone que los barcos realistas, "a favor del mucho andar de nuestros buques, muy superior al de los enemigos", se situasen a retaguardia de la escuadra patriota, en su marcha al Perú, para hacerle todo el daño posible. Dada la orden —dice Pezuela—, "no encontré para esta maniobra toda aquella disposición que yo esperaba y me malicié que sería eludida mi intención a pretexto de no estar corrientes dichos buques de guerra, sin embargo de haberles facilitado cuantos auxilios me pidieron"... "por lo que *me propuse desarmarlos todos si no salían a la mar* en una ocasión en que podían con sus maniobras hacer un servicio importante, que en parte resarciese más de dos millones de pesos que en los cuatro años de mi mando ha costado la Marina del Callao". (*"Memorias"* de Pezuela, pág. 749 y 750). Esta nota del Diario de Pezuela fue registrada el 20 de agosto de 1820, por coincidencia el mismo día que la Expedición levaba anclas en el puerto de Valparaíso, enderezando sus proas rumbo al litoral peruano. Si, como se dice, la historia se repite, este temor que la escuadra chilena inspiraba a la marina española del Callao, tiene mucha analogía con el apocado ánimo de la flota italiana frente a la escuadra inglesa, en aguas del Mediterráneo, durante la Segunda Guerra Mundial. Disgustado Mussolini con sus almirantes, tiene para ellos duras frases que recuerdan las del virrey Pezuela.

de permanencia en nuestro país, no se decidiera, siquiera una vez, por una ofensiva que tuviese por objetivo la destrucción de las fuerzas militares de su adversario. Estudiando en Santa Elena las guerras de Julio César, hizo Napoleón este comentario: "El tridente de Neptuno es el cetro del mundo". ¡Cómo se advierte en esta observación del Emperador el doloroso recuerdo de su derrota final ante el poderío naval británico. (19).

Oportunidades perdidas

Por no extendernos demasiado nos vemos imposibilitados de referir las muchas y óptimas ocasiones que se le ofrecen al general San Martín de destruir al ejército realista. Nos concretaremos a señalar tres casos.

1. Luego de permanecer alrededor de cincuenta días en Pisco, se embarca el general y después de hacer con la escuadra ostentosa demostración de poderío en la bahía del Callao, continúa a Ancón. **"No es posible pintar la confusión y atolondramiento de los españoles la primera noche que supieron que los patriotas principiaron a desembarcar por Ancón.** La tropa que salió de Lima más parecía ir en derrota que en busca del enemigo; los cañones iban por un lado, las cureñas y municiones por otro; las compañías perdidas, sin conocer el camino que debían tomar; todos mandaban y nadie obedecía, porque faltaba un centro de unidad que dirigiera con firmeza las operaciones y a quien respetaran todos". Son palabras de nuestro historiador Mariano Felipe Paz Soldán, quien, como nacido en 1821, tuvo oportunidad de escuchar de boca de numerosos partícipes éstos y otros pormenores. Testigos y partícipes tanto patriotas como realistas, subrayamos. Pues bien, este escritor concluye así el episodio de Ancón: "Si San Martín hubiera conocido en tiempo (oportuno)

(19) Tan trascendentales fueron los servicios de Cochrane al Perú, que exactamente a los seis días de abandonar San Martín nuestra patria, el Congreso, recién instalado, se apresura a expedir el siguiente decreto: "El Soberano Congreso Constituyente del Perú. Fijos los ojos sobre lo que la libertad peruana debe al Honorable Lord Cochrane, mediante cuyo genio, valor y fortaleza está libre el Pacífico de enemigas sorpresas, y plantado en las costas del Sur el estandarte de la Libertad; Resuelve: Que la Junta Gubernativa rinda a nombre de la Nación, a Lord Cochrane, Almirante de la escuadra de Chile, los sentimientos más sinceros de gratitud por sus empresas a favor de este pueblo, tiranizado antes por fuerzas poderosas, y hoy árbitro de su poder. Dado en la Sala del Congreso, en Lima, a 27 de Setiembre de 1822" *(Gaceta del Gobierno,* del sábado 28 de setiembre de 1822).
Decretos análogos se dirigen a Bernardo O'Higgins y al gobierno de Chile, por sus esfuerzos y sacrificios en pro de la libertad de sus hermanos, los Hijos del Sol. *(Gaceta,* de igual fecha).

semejante confusión, pudo haber entrado a Lima con mil hombres, y quizá entonces queda terminada la campaña. **Estas escenas de espanto se repetían a cada amago que se hacía sobre la capital".** ("Historia del Perú Independiente", por M.F. Paz Soldán, Lima, 1868, pág. 78).

2. Es sabido que entre la última semana de junio y la primera de julio de 1821, el virrey La Serna abandona la capital del virreinato. Las tropas realistas se retiran en deplorables condiciones sanitarias y con la moral verdaderamente por los suelos, en tanto que literalmente pisándoles los talones, hacen su ingreso a Lima los patriotas. Refiriéndose a esa penosa evacuación, escribe en sus "Memorias" el hijo del general Arenales: **"El ejército realista habría tocado al fin su completo exterminio, si hubiera perseverado el ejército libertador con actividad y constancia en perseguir a los españoles sin permitirles cobrar aliento en parte alguna de la Sierra".** Y el general Miller, muy amigo de San Martín, no puede menos de estampar en sus "Memorias". "Si el ejército libertador, en vez de tomar cantones (establecerse) en la **disipada ciudad de Lima,** como lo hizo, hubiera secundado los esfuerzos de aquellas bandas de patriotas armados (los famosos montoneros peruanos) apenas puede dudarse que se **habría terminado la guerra en pocas semanas".** (20).

3. En tanto San Martín ingresa ufano a Lima en la firme convicción de que ello le reportaba la conclusión de la guerra, ¿qué sucede en la Sierra con el general Arenales? Encontrándose este hábil jefe en la región de Huancayo —cumpliendo su segunda campaña a la Sierra, iniciada en Huaura—, en ansiosa espera de los desmoralizados y raleados batallones que materialmente empujados por el virrey marchan de Lima al interior, para destruirlos fácilmente en los ventajosos desfiladeros andinos, recibe repetidas y perentorias órdenes de San Martín de abandonar la Sierra y constituirse en la capital.

---

(20) *"Memorias del general Miller"*, Madrid, 1910, tomo I, pág. 321. Este *laiser faire* sanmartiniano, el no realizar una persecución implacable del enemigo derrotado, es una característica constante en el general argentino. Siempre incidió en el mismo raro proceder. Raro *no proceder*. Refiriéndose a su campaña chilena dice un moderno historiador compatriota suyo: "San Martín había cometido el error de no perseguir con rigor y empuje vigoroso al enemigo que se retiró tras la derrota de Chacabuco. Este error debía costarle muchos sacrificios al Ejército Libertador y al pueblo de Chile". (C. Galván Moreno: *"O'Higgins, el gran amigo de San Martín"*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1942, pág. 147).

La reincidencia en este error, en julio de 1821, al establecerse en Lima, en vez de proseguir a la Sierra tras la huella de los realistas, iba a significarle, nada menos, que no sería ya él, San Martín, sino Bolívar, el Libertador del Perú, luego de largos años de zozobras y derrotas e inútiles sacrificios impuestos al pueblo peruano, amén de la virtual destrucción de los magníficos batallones chilenos y argentinos venidos con la Expedición en setiembre de 1820.

En la primera de sus cartas, lleno de júbilo, el general en jefe le relata a su subordinado el ingreso de los independientes a Lima. Arenales le contesta: "Mi amadísimo general: A las cinco de la mañana, con el pie en el estribo (para marchar) en alcance del enemigo, recibo la de usted del día 6"... **"Hablo con franqueza. ¿Qué ganará nuestro ejército** (el grueso del ejército, al mando directo de San Martín), **con entrar a Lima a apestarse** (enfermarse de peste) **y acabar de destruirse?**... ¿Qué sucederá con esta división (los batallones del propio Arenales), con mil y quinientos reclutas, si tienen que hacer una deshonrosa retirada donde le esperan los hospitales y el sepulcro? ¡Doloroso es tener que hablar en estos términos!"... "La división va a perderse en su retirada a la Costa"... **"me impulsa** (a hablarle en esta forma) **el dolor y el sentimiento de que nuestra empresa en el Perú va a postergarse incalculablemente"**... "ya me parece que veo a ese nuestro ejército que **embelesado en Lima,** no se acuerda, al menos por lo pronto, de otras cosas que nos traerán amarguras"... **"Sea lo que Dios quiera".**

Por todo comentario a esta carta, dice con parquedad el historiador argentino general Bartolomé Mitre: **"Arenales veía más claro que San Martín".** Y más adelante, agrega: "Arenales hablaba como un profeta" (Obra citada, tomo III, pág. 20-22 y 26).

La Sierra

Como lo han demostrado las muchas guerras nacionales, la Sierra, y no la Costa, es el verdadero corazón del Perú. Con suma facilidad Lima y la Costa han caído en poder de diversos invasores. Convencido Pizarro de que la sola posesión del árido litoral lo mantendría en situación precaria y peligrosa frente a las masas de soldados indígenas dueños del interior, como **paso previo a la fundación de Lima,** procede a ocupar Quito y el Cuzco, vale decir, se aferra sólidamente con ambos brazos en la Sierra. En 1821, San Martín ingresa a la capital del virreinato sin que su ejército tuviera que disparar un solo tiro de fusil, es muy cierto, pero la guerra prosigue hasta fines de 1824 —batalla de Ayacucho—, porque la Sierra continuaba tranquilamente en manos españolas. Caso análogo se da en 1838. La capital es ocupada por los "restauradores", pero la lucha persiste en la Sierra hasta que se libra la sangrienta batalla de Yungay. Una vez más se repite el mismo hecho en enero de 1881. Pero Cáceres mantiene en alto la bandera nacional a lo largo de dos años y medio de lucha, lucha sostenida exclusivamente en la Sierra. En los Andes.

El general San Martín no cruzó nunca los Andes peruanos. Sin embargo, cuando menos una vez parece que pensó marchar a la Sierra, y ello fue al impartir sus instrucciones al general Arenales, en Pisco, en octubre de 1820, poco antes de iniciar este jefe su primera campaña, precisándole que desde algún punto del porte (Huacho) el general en jefe se internaría en la cordillera para darle el encuentro a su enér-

gico e inteligente subordinado. Y son varias las veces que no atiende las reiteradas solicitaciones del mismo Arenales, que le aconseja llevar el grueso del ejército, que se diezma con las epidemias de Huaura, a reponerse en el magnífico clima de la Sierra y aumentar sus efectivos con los numerosos y entusiastas voluntarios del valle del Mantaro, anhelosos de ingresar a las filas independientes. De esta manera, **un poderoso ejército** —poderoso por el número, pero más poderoso aún por su moral—, perfectamente instruido y disciplinado, **metido en el corazón de la Sierra, mandado por el propio general en jefe,** y lanzado ardorosamente sobre las débiles y aisladas divisiones realistas, ninguna duda puede caber de que **hubiera logrado en muy corto tiempo la independencia peruana.** Pero en vez de seguir el proyecto al que lo insta Arenales, San Martín y su ejército permanecen largos meses en comarcas malsanas —Huaura, primero, Lima después—, con un tercio de sus soldados perdidos en los hospitales y cementerios. Muy otro es el proceder de Napoleón: "La enfermedad es el enemigo más peligroso de un ejército. Es mejor librar una sangrienta batalla que situar las tropas en una localidad insalubre" ("Correspondance", XXII, Nº 18041).

Al ocupar la capital el ejército libertador y rehuir la búsqueda del enemigo en la Sierra, el general se metía en un callejón sin salida. Bartolomé Mitre, ilustre historiador, general y expresidente de la República Argentina, puntualiza en su magistral biografía de San Martín: "Lo más grave de esta situación era que el nervio militar se había destemplado física y moralmente. Los ejércitos, concentrados en Lima, sin más objetivo que el Callao, **por efecto del abandono de la campaña de la Sierra** —la del general Arenales— y la expedición de puertos intermedios —la de Miller—, participaban de las influencias del clima y del medio social, y como lo había pronosticado Arenales, la inacción, las enfermedades y la desmoralización lo consumían. **Lima se había convertido en la Capua de los libertadores"**... "Mientras los independientes permanecían en la inacción reconcentrados en Lima, descuidando las operaciones militares, los realistas se rehacían en la Sierra con un tesón que hace grande honor a los jefes que los dirigían". ("Historia de San Martín", tomo III, pág. 96).

Monarquía

Según un patriota peruano de destacada actuación en la independencia, Francisco Javier Mariátegui: "La monarquía fue el pensamiento central de San Martín, trabajó para ella, y ese pensamiento y esos trabajos, lo perdieron". (**"Anotaciones"**, segunda edición, Lima, 1925, pág. 81). Efectivamente, olvidando por completo que había venido al Perú a destruir el poder militar español, el otrora glorioso vencedor de Chacabuco agotó sus energías en obstinados esfuerzos por lograr el establecimiento de esa forma de gobierno, para lo que debía vencer la tenaz resistencia de muchos peruanos contrarios a la impopular idea de la erección de un trono en nuestra patria.

El historiador Paz Soldán, por lo común muy favorable en sus juicios al Protector, señala no obstante al respecto: "Ideas muy aristocráticas o monárquicas abrigaban San Martín y sus Ministros para que olvidaran las reglas del ceremonial de una Corte. Por ello, en medio de la multitud de atenciones que les rodeaban, cuidaron mucho y ocuparon gran tiempo en arreglar el uniforme que debía llevar el jefe del Estado, los Ministros, Ayudantes, y hasta los conductores de pliegos (15, 20 y 23 de agosto de 1821), los Consejeros de Estado, los jefes de Correos (5 de noviembre de 1821). Se determinó las personas que podían usar bastón con borlas; los tratamientos y ceremonial en las funciones públicas, días de asistencia a la Catedral; y se nombró un Maestro de Ceremonias". Da remate a este párrafo subrayando el historiador: "Quien leyera tales decretos y reglamentos juzgaría que el Perú tenía consolidada su independencia y que habían desaparecido los enemigos de su libertad, y sin embargo existían en mayor número y poder". (Obra citada, pág. 332).

Es poco conocido el plan de monarquización de nuestra patria que pusieron en marcha el Protector y su Ministro Monteagudo. Fueron encargados de viajar a Europa con tal objeto, los señores García del Río y Paroissien, extranjeros los dos: colombiano el uno, francés el otro. Estos plenipotenciarios recibieron del Consejo de Estado una doble misión: una pública (negociación de un empréstito en Londres y reconocimiento de la independencia peruana); otra secreta (solicitación del rey).

De las instrucciones escritas entregadas a los enviados extractamos sus puntos substanciales. Hélos aquí:

"1ª... "están de consiguiente autorizados los comisionados para explorar como corresponde y aceptar que el príncipe de Sussex Coburgo, y en su defecto uno de los de la dinastía reinante de la Gran Bretaña, pase a coronarse Emperador del Perú"... "con la condición"... ..."que abrace la religión católica"... "permitiéndosele venir acompañado, a lo sumo, de una guardia que no pase de trescientos hombres"...

"2ª En caso que los comisionados encuentren obstáculos insuperables por parte del Gabinete británico, se dirigirán al Emperador de la Rusia, como el único poder que puede rivalizar con la Inglaterra". "Para entonces están autorizados los Enviados para aceptar un príncipe de aquella dinastía, o algún otro a quien el Emperador de la Rusia asegure su protección".

"3a... "y, en último recurso, podrán admitir, de la casa de España, al duque de Luca"... "y no podrá, de ningún modo, venir acompañado de la menor fuerza armada".

"4a. Quedan facultados los Enviados para conceder ciertas ventajas al Gobierno que más nos proteja"...

"Y para su constancia la firmaron en la Sala de sesiones del Consejo, a 24 de Diciembre de 1821". (Germán Leguía y Martínez. "Historia de la Emancipación del Perú: el Protectorado", Lima, 1972, tomo V, pág. 79-80).

¿Y cuáles fueron los resultados de estos proyectos monarquizantes de nuestra patria? Totalmente negativos en los dos campos directamente interesados, la opinión pública peruana y las casas a las que se solicitó el presunto rey. Al respecto, nadie puede informarnos con más autoridad que un contemporáneo peruano de reconocida integridad de carácter, el ya mencionado Mariátegui. "De todos los pasos que San Martín dio, desde que desembarcó en Pisco, el más falso, el que más lo desacreditó entre los patriotas, y el que más lo despopularizó, fue el nombramiento de dos enviados a Europa, para que en las Cortes, que tanto odiaban la independencia, y que la habrían sofocado si hubiesen podido, mendigasen un monarca que no necesitábamoslo"... "Escrupulosos los gabinetes europeos, tuvieron que investigar quiénes ofrecían el trono; de dónde habían sacado, los que hacían semejante obsequio, el poder de disponer de lo que no les correspondía (el destino de la Nación Peruana); y encontraron que ese poder no tenía otra base que una usurpación (San Martín se autoproclamó Protector). El resultado fue un desaire, y que nadie se atreviese a ponerse una corona que no conferían los pueblos por los medios legítimos que tienen de disponer de su suerte. El ofrecimiento fue rechazado y despreciado" (obra citada, pág. 120-121).

¿Protector o Libertador?

El hijo del general Arenales, varias veces citado por nosotros, nos da en breves y apretadas líneas las consecuencias que se siguieron en el Perú al no buscar el general San Martín —con indesmayable ahinco, como se lo pedía su padre— la independencia peruana en una batalla librada resueltamente en la Sierra, "granero de hombres" y de recursos de todo género para los empecinados jefes realistas: "Si los sucesos pueden servir para decidir cuestiones de esta naturaleza, es oportuno recordar, que desgraciadamente no tardaron en venir a comprobarse los justos presentimientos del general Arenales (véase página 93). Ello es que los españoles se rehicieron en la Sierra, sin que nadie los molestara; volvieron a los arrabales de Lima (setiembre de 1821) **antes de dos meses de su salida;** pudieron retirarse sin ser batidos (21), y poco después atropellaron y deshicieron la nueva división si-

(21) Abundan testimonios que constituyen elocuente evidencia del ningún espíritu combativo del soldado realista de esta época (1821), y, por consiguiente, de lo fácil que resultaba una victoria decisiva de los independientes, por poco que así lo hubiese deseado el general San Martín. Citaremos un fragmento de la carta que dirige al general Arenales un entusiasta patriota peruano, el teniente cura de Matucana, José Herrera:

tuada en Ica (abril de 1822), a las órdenes del bisoño general Tristán. Sucesos de mayor bulto continuaron el desenlace de estos antecedentes: la guerra del Perú no terminó hasta principios de 1825, después de tremendas alternativas". ("Segunda campaña a la Sierra del Perú en el año 1821", por José I. Arenales, Buenos Aires, 1920, pág. 150-151).

Ya que no las destruyó antes, en las inmediaciones de Lima, ¿por qué no se lanza San Martín, luego, sobre las fuerzas realistas dueñas de la Sierra? ¿Es que no contaba con los medios necesarios? ¿Cuáles son los efectivos de ambos adversarios poco antes de abandonar San Martín el Perú? Frente a 9,530 realistas dispersos a lo largo de más de dos mil quinientos kilómetros —de Jauja a Potosí, al sur del Alto Perú—, San Martín dispone, según sus propias palabras, de "11,000 veteranos en el mejor estado", concentrados y en sus manos. Como se observa, los "vasos comunicantes" de los que hablamos (pág. 85-86) han cambiado de signo, podemos decir. La superioridad numérica la tienen ahora los patriotas. Y aunque así no fuera, debe recordarse que en Ayacucho, con sólo **5,780 hombres y un cañón,** Sucre derrota y obliga a capitular a **9,310 soldados y once cañones.** No es pues carencia de medios lo que impide a San Martín lograr la independencia de nuestra patria.

Hasta el último momento de su permanencia en el Perú, es la verdad, el general argentino persiste, una y otra vez, en su búsqueda de una **victor sine sanguine.** Ya hemos hecho hincapié en esta característica suya de llevar la guerra. Es así que el 14 de julio de 1822, horas antes de partir para Guayaquil a entrevistarse con Bolívar, escribe al virrey La Serna (establecido entonces en el Cuzco), insistiendo una vez más en **negociar con los españoles antes que resolverse a derrotarlos:** "No quiero detallar la masa disponible de poder y de recursos que puedo emplear para conquistar la paz del Perú"... "Yo pido la paz en las circunstancias más favorables para hacer la guerra". Tan grande es la confianza que San Martín tiene en la superioridad de sus fuerzas en relación a su adversario, que sin ningún temor llega al extremo de comunicar al Virrey, en esta misma carta:... **"anuncio a Vuestra Excelencia que parto a Guayaquil"**... (Paz Soldán, obra citada, pág. 340-41). En comunicación del 8 de agosto datada en el Cuz-

---

"Ayer a las tres de la tarde pasó por acá Canterac y Carratalá con las tropas siguientes: Cuatro regimientos de infantería, que se componen de 700 hombres; la caballería, 1,000 hombres. *Es indecible los muertos, enfermos y con mayor número desertores que han tenido.* Sé que desde los altos de Chongos (cerca de Huancayo) acá, se le han desertado más de 500, y más adelante serán más, según la disposición y la gente tan disgustada que camina. He hablado con varios desertores y me dicen que *todos desean tener una acción para pasarse a la patria*". ("*Archivo de San Martín*", tomo VII, Buenos Aires, 1950, pág. 260-61). (Véase el último párrafo de la nota 9). Por lo demás, esta carta demuestra la eficacia del servicio de espionaje peruano en favor de la independencia.

co, rechaza el Virrey los arreglos de paz que se le proponen. De vuelta San Martín de Guayaquil, contesta la carta de La Serna el 10 de setiembre, es decir, diez días antes de abandonar definitivamente nuestra patria el general argentino. En ésta su última comunicación, insiste una vez más San Martín en ponderar la superioridad de medios de todo género con que cuenta:

"**Mi situación ventajosa con respecto al Ejército Real es tan manifiesta, como débil la de Vuestra Excelencia.** Sobre un número mayor de tropa perfectamente disciplinada y entusiasmada por su libertad, yo cuento con todos los habitantes libres del Perú, con el torrente incontenible de las fuerzas de los Estados de América, **con todos los hijos del país empleados contra su voluntad en el servicio de la España**" (aquí se refiere San Martín a los peruanos enrolados por la violencia en los batallones realistas)... Continúa el general argentino: "A Vuestra Excelencia no es dable contrarrestar con un puñado de hombres adscritos a ideas singulares, el poder inmenso que le amenaza". (Paz Soldán, obra citada, pág. 344). (22).

---

(22) Rogamos una cuidadosa lectura de tres documentos salidos de la pluma del general San Martín: 1) La carta a O'Higgins (26 de junio de 1822):... "como las posiciones de la Sierra que ocupa el enemigo las puede disputar palma a palmo"... (véase página 83); 2) Carta a nuestro compatriota Toribio Luzuriaga (setiembre de 1822): *"Dejo en sólo la capital 11,000 veteranos en el mejor estado"* (pág. 97); 3) Carta al virrey La Serna (14 de julio de 1822):... "la masa disponible de poder y de recursos que puedo emplear"... *"Yo pido la paz en las circunstancias más favorables para hacer la guerra"*... (pág. 97).

Implícita la idea de superioridad de medios de los patriotas en la primera misiva; sin poder ser más explícita la misma idea en las otras dos; los tres documentos afirman de modo irrecusable que San Martín dispone de fuerzas militares —terrestres y navales— y recursos económicos más que suficientes para vencer decisivamente a su adversario. Por lo demás, y esto es particularmente importante, el examen sereno, *in extenso*, de estas tres cartas (escritas en 1822), echa definitivamente por tierra declaraciones interesadas muy posteriores (1827), destinadas, *ya*, exclusivamente a cohonestar errores o debilidades pasadas. En efecto, cinco años después de los hechos, ya no hablará de superioridad suya frente a los españoles, sino de impotencia: "En cuanto a mi viaje a Guayaquil, él no tuvo otro objeto que el reclamar al general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú" (carta de San Martín al general Guillermo Miller, Bruselas, 19 de abril de 1827).

Esta última carta fue escrita en respuesta a un largo cuestionario de preguntas que el jefe inglés le remitiera, solicitándole le aclarase diversos acontecimientos históricos de que el general argentino fuera partícipe.

Existe testimonio documental de autenticidad inobjetable que demuestra los siguientes hechos: a) Que en su entrevista de Guayaquil, San Martín no solicitó auxilio militar alguno a Bolívar; b) Que el Libertador, aun sin tal solicitud del Protector, ofreció espontáneamente al Perú fuerte contingen-

Conocedor personal de la indomable tenacidad ibérica en las luchas contra Napoleón —"la terquedad de los españoles es bien conocida", escribe a O'Higgins (pág. 83)—, ¿cómo podía esperar San Martín que los heroicos generales españoles abandonaran voluntariamente el rico y extenso territorio que Pizarro conquistara para su Rey tres siglos antes? ¿Mediante conversaciones y negociaciones con el ene-

---

te de tropas colombianas, para *más asegurar* el éxito de la expedición a puertos intermedios, que San Martín sí comunicó a Bolívar (en Guayaquil) estaba ya a punto de zarpar del Callao, rumbo al sur; c) Que el Gobierno peruano desestimó el auxilio militar ofrecido por Bolívar. En síntesis, que en julio-octubre de 1822 disponía el Perú —y por consiguiente, el Protector— de las tropas, juzgadas suficientes, por el propio Gobierno de Lima, para vencer a los realistas en esos momentos dueños de la Sierra.

He aquí los documentos pertinentes.

Ofrecimiento de Bolívar:

"Cuartel General de Cuenca (hoy Ecuador), a 9 de setiembre de 1822. A los Señores Ministros de Estado y de Relaciones Exteriores del Perú y de Chile. S.E. (Su Excelencia) el Libertador me manda dirigir a V.S. (Vuestra Señoría) la presente comunicación, que por su importancia es remitida por un extraordinario"... *"Aunque S.E. el Protector del Perú en su entrevista en Guayaquil con el Libertador no ha manifestado temor de peligro por las suerte del Perú,* el Libertador, no obstante, se ha entregado desde entonces a la más detenida y constante meditación, aventurando muchas conjeturas, que mantienen en la mayor inquietud el ánimo de S.E."... "El Libertador ha pensado que es de su deber comunicar esta inquietud a los gobiernos del Perú y de Chile, y aún al del Río de la Plata, y ofrecer desde luego todos los servicios de Colombia en favor del Perú. *S.E. se propone,* en primer lugar, mandar *al Perú 4,000 hombres más de los que se han remitido ya,* luego que reciba la contestación de esta nota, *siempre que el gobierno del Perú tenga a bien aceptar la oferta de este nuevo refuerzo*"... J.G. Pérez (Secretario General)".

Respuesta del Gobierno peruano:

"Señor Secretario General de S.E. el Libertador: La Suprema Junta Gubernativa del Perú, en virtud de la resolución del Soberano Congreso, me manda conteste a V.S. con respecto a su nota de 9 de setiembre anterior, sobre planes de guerra, manifestándole *el reconocimiento del Perú a las generosas ofertas de S.E. el Libertador de Colombia, de que se hará uso oportunamente,* y que entretanto podría S.E. auxiliar a este Estado con el mayor número posible de fusiles".. "Tengo la honra de ofrecer a V.S. los sentimientos de mi consideración y aprecio.— Lima, octubre 25 de 1822.— Francisco Valdivieso". (Los paréntesis y subrayados son del conferenciante).

San Martín contaba con fuerzas suficientes para triunfar fácilmente de los españoles, puede probarse con múltiples testimonios, además de los

migo, podría inducirlo a desistir de la lucha y entregar las armas? Muy oportuno resulta traer a la memoria del lector las palabras que Hitler pronunciara, el 31 de julio de 1944, en situación análoga a la vivida por el general argentino en el momento que analizamos: "No se trata, ya —dice el Führer—, de entablar conversaciones de ninguna especie con los enemigos del Reich. Esta guerra no se resolverá por negociaciones. Es una lucha a muerte en la que uno de los adversarios debe necesariamente sucumbir, sin remisión". (23).

Perfecta razón asiste al hijo del general Arenales al dar remate a sus anteriores líneas con frase definitiva: "El mismo general en jefe, San Martín, envainó el sable, rehusó sostenerse en el teatro de la guerra y **volvió la espalda a una eminencia donde estaba la palma que supo conquistar Bolívar"**. (Arenales, obra citada, pág. 151).

Es, pues, el general San Martín, por propia y deliberada elección, que se fija a sí mismo el título —el hombre es hijo de sus obras— con el que desea aparecer en las páginas de la Historia: no Libertador del Perú, sino tan sólo su Protector.

---

pocos que hemos mencionado. Vamos a agregar uno más. Uno emanado precisamente de amigo suyo, Gabriel Lafond, a quien conociera en el Perú. Deseoso este marino francés de publicar una relación de sus viajes y sucesos de que ha sido testigo —entre ellos, pormenores de la independencia peruana—, solicita al general argentino diversas informaciones que necesita, y con este objeto se cartean entre 1839 y 1843. La obra, en ocho volúmenes, se editó en París, entre 1842 y 1845, es decir, en vida de San Martín, pues éste muere en 1850. Su título es "Voyages autour du monde" (Viajes alrededor del mundo).

Pues bien, en esta obra que sin protesta alguna leyó el general argentino, hallamos estas líneas: "Si el general San Martín, en vez de confiar el comando de sus tropas a hombres como don Domingo Tristán —Tristán era civil, sin ninguna experiencia militar, aclaramos nosotros—, se hubiese puesto él mismo a la cabeza, *habría acabado con toda seguridad la destrucción del poder español en el Perú*, ya que contaba con el país y con la opinión pública, pero lo repetiremos una vez más, Lima tuvo quizás demasiados encantos para un regenerador. El se durmió sobre sus laureles... y cuando vio la falsa posición que se había creado, en vez de erguirse contra las dificultades, abandonó a los peruanos a su anarquía, y se retiró a Chile". ("Colección Documental de la Independencia del Perú", tomo XXVII, "Relaciones de Viajeros", volumen 2º. Lima, 1971, pág. 143).

(23) "Il n'est pas question d'envisager des conversations quelconques avec les ennemis du Reich. Cette guerre ne se résoudra par des négociations. C'est une lutte a mort oú l'un des adversaires doit succomber sans rémission". (*Conferencias del Führer*, fragmento 43, citado por Jacques Nobécourt, en "*Le dernier coup de dé de Hitler*". Ediciones *J'ai Lu*, París, 1962, pág. 32).

III. BOLIVAR EN EL PERU

"No hace un año que salí de Lima a tomar quince provincias que estaban en manos de los desidentes (Riva Agüero), y a libertar más de veinte que estaban en poder de los opresores (españoles). *He logrado todo sin un tiro de fusil* (batalla de Junín inclusive). Desde Túmbez al Apurímac, el Perú se ha librado de la anarquía o de la tiranía".
"A principios del año que viene, la paz nacerá del último tiro de cañón y no habrá más españoles en América".

BOLIVAR, a José Manuel Restrepo (Bogotá), Chancay, 10 de noviembre de 1824 (veintinueve días antes de la victoria de Ayacucho).

Hombre de a caballo

CON LA SOLA excepción de las pocas semanas inmediatas a su arribo a Lima, procedente de Guayaquil —tiempo lamentablemente perdido en sus laudables esfuerzos por unir la "casa dividida" que es el Perú en aquel momento: Riva Agüero **versus** Torre Tagle—, toda la acción de Bolívar en nuestra patria se desenvuelve, como si dijéramos, íntegramente a caballo. De noviembre de 1823 a noviembre de 1824, su ímproba y gigantesca empresa, que por momentos nos trae a la memoria los legendarios trabajos de Hércules, puede representarse con la gruesa línea roja de un itinerario trazado sobre el mapa del Perú. Estos son los hitos de su recorrido.

Lima, Pativilca, Marca, Recuay, Huaraz, Yungay, Cabana, Pallasca, Huamachuco, Cajabamba, Cajamarca, Magdalena, Contumazá, Ascope, Trujillo, Casma, Pativilca, Huacho, Casma, Trujillo, Otuzco, Santiago de Chuco (Santiago a secas, la llama Bolívar), Huamachuco, Mollepata, Huaylas, Yungay, Huaraz, Olleros, Chavín, Aguamiro (La Unión), Huánuco, Huariaca, Cerro de Pasco, Conocancha, Junín, Tarma, Jauja, Huancayo, Pampas, Huanta, Huamanga (Ayacucho), Chupas, Vilcashuamán, Carhuanca, San Antonio de Cachi, Huancaray, Andahuaylas, Huancarama, Abancay, río Apurímac, Abancay, Andahuaylas, Huancaray, Chuquibamba, Sañayca, Turpo, Andahuaylas, Uripa, Ocros, Matará, Tambillo, Huamanga, Huanta, Luricocha, Huancavelica, Huando, Huancayo, Tarma, Marcapomacocha, Canta, Santa Rosa de Quives, Hacienda Caballero, Palpa, Chancay, Lima.

Todo esto, antes de la batalla de Ayacucho. A lo largo de estos cientos y cientos de leguas de ardientes desiertos ("semejantes a la Arabia Pétrea", dirá el Libertador), frígidas punas y empinadas cordilleras bravías, su actividad es asombrosa. Desconcierta, inclusive, la simple lectura de la nutrida correspondencia que sostiene en cada punto de sus rutas interminables. Con energía sobrehumana, con paciencia, con previsión, jornada a jornada va forjando el alma formida-

ble de Junín y de Ayacucho. Soldados, lanzas, fusiles, sables, dinero, vestuarios, caballos, herraduras, recursos de todo género, "los saca hasta de las piedras". Dice de él quien en Venezuela y Colombia fuera su más tenaz y valeroso adversario, el general español Pablo Morillo: "Nada es comparable a la actividad incansable de este caudillo. Su arrojo y su talento son títulos para mantenerlo a la cabeza de la revolución y de la guerra. Bolívar es la revolución".

Otro español, el historiador Mariano Torrente, al analizar la, para sus compatriotas, tan favorable situación de 1823, apunta: "El aspecto de los negocios públicos era sumamente lisonjero para los realistas a fines de este año (1823)".

"Desde la jornada feliz de Ica (Macacona, abril de 1822), habían recorrido una carrera de triunfos y glorias: los enemigos habían sido batidos cuantas veces habían tenido serenidad para ponérseles al frente: victorias de Torata, Moquegua, Zepita, el Desaguadero". No obstante el optimismo que a ojos vistas brota de las líneas transcritas, una página más adelante se ve precisado a reconocer: "**Los insurrectos tenían en el territorio peruano un formidable enemigo, cual era Bolívar, armado con todos los rayos del poder de Colombia y con la mágica fuerza de su nombre**". Veamos, finalmente, cuál era el concepto que del Libertador se había formado el general San Martín: "En cuanto a los hechos militares de Bolívar, puede decirse que le han merecido, y con razón, ser considerado como el hombre más asombroso que haya producido la América del Sur" (José Luis Busaniche, "Bolívar visto por sus contemporáneos", México, 1960).

Hemos mencionado el itinerario recorrido por Libertador **antes** de Ayacucho.

Lograda la independencia peruana, no soporta el apoltronamiento en Lima. Hace ensillar su caballo —o lo ensilla él mismo, es más probable—, y al trote, luego de dejar atrás a Chorrillos, llega a Lurín. Prosigue luego por este itinerario matador: Cañete, Chincha, Ica, Palpa, Nazca, Caravelí, Ocoña, Arequipa, Lampa, Pucará, Sicuani, Cuzco, Tinta, Pucará (24), Puno, Desaguadero, La Paz, Oruro, Potosí, Chuquisaca (hoy, Sucre), Oruro, Tacna, Arica. Sólo llegado a este puerto es que abandona su fatigado corcel y se embarca para Lima, tocando tierra en el cercano Chorrillos. Pero le restan, aún, dos leguas y cuarto por recorrer a lomo antes de alcanzar la capital, ciudad a la que retorna después de diez meses de ausencia. No podrá decirse de él, pues, que mucho lo atrajera el mullido sillón del Palacio de Pizarro.

Tanto trotar y galopar, ascender y bajar cordilleras, no podían dejar de traer inevitables consecuencias. Graves consecuencias. Al

(24) Aquí, el 2 de agosto de 1825, escucha decir a Choquehuanca:... "Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina".

fallecer Bolívar y examinarse su cadáver, se descubre que asentaderas y caras interiores de los muslos formaban un solo y gigantesco callo. Gruesísimo callo. Apunta en el protocolo de autopsia el médico, francés, que lo atendiera en sus últimos instantes: "Es fácil reconocer que la enfermedad de que ha muerto S. E. el Libertador era en un principio un catarro pulmonar, que por haber sido descuidado pasó al estado crónico, y consecuentemente degeneró en tísis tuberculosa". ¿Qué otra cosa podía suceder a quien por quince años de titánicos esfuerzos llevara la bandera de la libertad a través de medio continente, desde las caldeadas arenas de las bocas del Orinoco hasta las frígidas punas de la altoperuana Potosí?

La fundación de seis repúblicas aniquilaron su férrea constitución física y lo arrastraron a temprana muerte a los cuarentisiete años de edad.

"¿Quién llamó a Bolívar?"

De cuando en cuando se suscitan entre algunos detractores del Libertador, éstas o parecidas preguntas: ¿Quién lo llamó? ¿Para qué vino al Perú, si no era necesaria su presencia, si ya la independencia peruana estaba prácticamente lograda? Con tales preguntas se pretende dar a entender que Bolívar "se metió al Perú", como si dijéramos, simplemente de rondón, impulsado por su sola y descomunal ambición. Veámos qué hay de cierto en estas tácitas acusaciones.

Recordemos que al salir San Martín del Perú, el 21 de setiembre de 1822, hace entrega del mando del ejército —ejército peruano-chileno-argentino— a su compatriota el general Rudecindo Alvarado (25). Zarpa del Callao con sus tropas este jefe, desembarca en Arica y a poco sufre, en tan sólo cuarentiocho horas, doble y catastrófica derrota en las batallas de Torata y Moquegua, el 19 y 21 de enero de 1823, en lo que la historia denomina Primera Campaña a Puertos Intermedios. Tímido, irresoluto, lento y carente de dotes de mando, Alvarado es en parte responsable de la destrucción de las fuerzas puestas en sus débiles manos. El historiador argentino Bartolomé Mitre reconoce que, en tales manos, el ejército "fue dejado huérfano al mando de un general sin prestigio". Tomás Guido, general argentino Mi-

(25) Varias derrotas, prisionero de los españoles, apresado por sus propios soldados amotinados en el Callao y otras calamidades sufre de contínuo este jefe que parece ir acompañado por sombra aciaga. No obstante, posee una cualidad: se ofrece siempre voluntariamente a servir, en lo que fuere. Años más tarde, desde Puno, en su marcha al Alto Perú después de Ayacucho, escribe Sucre a Bolívar: "El general Alvarado dice que si se le manda, él irá, pero está enfermo y *es el pobre tan desgraciado, que se puede temer confiarle una empresa*".

nistro de Guerra del Protector, describe del modo siguiente la grave crisis del momento: "La despedida del general San Martín fue el toque de alarma de los partidos y el principio desorganizador del orden que sostenía con empeño. **En la situación en que dejó al Ejército Unido era indispensable mandarlo a campaña.** (Recuérdense las proféticas palabras de Arenales, señaladas en la pág. 93. Véase Nota 36). No había otro objeto (ocupación) que pudiera entretener su moral. **El general Alvarado no era llamado para dirigirla: su autoridad carecía de prestigio".** (Carta del 22 de abril de 1823, publicada en "Revista de Buenos Aires", y citada por Mitre, tomo IV, pág. 2, de su "Historia de San Martín").

No obstante, en descargo suyo podemos decir que ya en Arica, en diciembre anterior, a punto de marchar hacia Moquegua al encuentro del enemigo, en carta al general San Martín —a la sazón en Chile— nos descubre que el mal que aquejaba al organismo militar era muy hondo y antiguo: "Nuestros amigos los jefes del ejército de los Andes (jefes argentinos) inmediatamente de la separación de usted empezaron a producirme sentimientos de bastante consideración. Me representaron (reclamaron) deseaban ser mandados por Martínez (Enrique, general argentino), y **lo nombré de acuerdo con los amigos,** jefe del Estado Mayor del ejército de los Andes. Esta providencia será de muy corta duración y los males inevitables. En mucha parte es usted responsable de ello y los grados (ascensos) concedidos al momento de la separación de usted han sido un buen agente para una **feroz anarquía que nos amaga.** Yo sin duda usaré de cuantos medios dicte la prudencia... y abandonaré la empresa porque no bastan mis alientos al remedio de tantos males".

Con este antecedente, emanado del sentir del propio general en jefe del ejército, fácilmente se comprenderá por qué algunos oficiales, argentinos y chilenos, sacudiéndose aún el polvo de esas terribles derrotas, se dirigen al Libertador solicitándole, angustiados, su inmediata venida al Perú.

Así, el general Martínez —al que acamos de mencionar— escribe a Bolívar, en mayo de 1823, en vísperas de marchar nuevamente los patriotas al encuentro del enemigo (Segunda Campaña a Puertos Intermedios), y con el marcado pesimismo que se transparenta en sus palabras: "Yo no puedo, por más esfuerzos que hago, hacer nada en el estado en que se encuentran las cosas, y sólo usted es el único que podría dar un impulso a la guerra. **El que usted nos mande es en mi opinión el único medio de salvar al país".** Otro jefe argentino, el coronel Juan Lavalle, jefe de Granaderos a Caballo, famoso regimiento creado por San Martín, se dirige por los mismos días al edecán de Bolívar coronel Diego Ibarra, expresándole: **"Si el Libertador no viene, el país se pierde:** la fortuna le brinda la ocasión de agregar a sus títulos inmortales el de Libertador del Perú". Esta Segunda Campaña, dirigida por el general Santa Cruz y su segundo Gamarra, termina en derrota aún más aplastante que la anterior. Los realistas, vencedores,

la bautizan, por ironía, con el nombre de "Campaña del Talón", porque el ejército patriota se desintegra en una veloz retirada por territorios del Alto Perú, acosado de cerca por el Virrey La Serna.

Y el propio general San Martín, entonces en Mendoza —Argentina—, once meses después de salir de nuestra patria, el 3 de agosto de 1823, escribe a Bolívar: "Amigo querido: ... Deseo concluya usted felizmente la campaña del Perú, y que esos pueblos conozcan el beneficio que usted les hace". Obsérvese que en momentos de dirigírsele esta carta, el Libertador se encuentra en Guayaquil, aguardando con impaciencia la autorización del gobierno colombiano para marchar a nuestras playas. El Protector conoce esta situación, y por ello sus palabras significan, realmente, su deseo sincero de que Bolívar pase al Perú.

Según hemos probado documentalmente, para tres jefes argentinos —el general Enrique Martínez, el coronel Juan Lavalle y el general José de San Martín— la presencia del Libertador era necesaria en el Perú. Indispensable, diríamos mejor. ¿Y qué piensan los peruanos de 1823? Podríamos transcribir documentos oficiales nuestros —invitaciones del Congreso a constituirse en el país, etc—, pero estimamos más conveniente recurrir a un muy documentado historiador, Mariano Felipe Paz Soldán, compatriota nuestro, quien, a más, conoció años después a muchos de los políticos y jefes militares partícipes de los hechos que narra. Pues bien, este distinguido autor, no obstante su escasa simpatía por el Libertador, condensa en pocas, pero muy expresivas líneas, el sentir nacional del momento. "Es cierto que la presencia de Bolívar en el Perú era reclamada por todos los partidos políticos, exigida por la opinión, por el Congreso y por todos los hombres que influían en la suerte del país".

Y dando cuenta el mismo escritor del inmenso alborozo despertado por su llegada, reconoce: **"Sólo su nombre valía un ejército".** Más adelante, subraya: "Jamás ningún mortal ha sido recibido con júbilo más cordial ni con mayores esperanzas de lo que debía hacer en favor de un país". ("Hist. del Perú Independiente", 2º período, Lima, 1870, pág. 161).

Otro ilustre historiador, extranjero esta vez, el general argentino Bartolomé Mitre, al referirse al arribo a Lima del genio venezolano, admite: "Jamás ningún americano había recibido una ovación más entusiasta ni más merecida. **Era la gloria y era la esperanza de la América personificada".** (Obra citada, tomo IV, pág. 47).

Así pues, la pregunta **"¿Quién llamó a Bolívar?"**, puede, con entera verdad, contestarse, por peruanos y por sudamericanos por igual, con las mismas palabras de los vecinos de Fuenteovejuna: **"Todos a una".**

Bolívar y Lima

Existe, muy difundida, la creencia popular de que Bolívar, por su afición a los bailes y demás reuniones sociales —así se dice—, tenía muchísimo apego a vivir en Lima, capital famosa por lo fastuoso de los saraos y otros fiestas que con excesiva frecuencia ofrecía su manirrota aristocracia criolla. Nada más alejado de la verdad. Muchas son las referencias del propio Libertador que echan por tierra esa idea equivocada. ¡Y eso que en absoluto le desagradaran Lima y las limeñas!

A los diecinueve días de su llegada a nuestra capital escribe al general Santander, Vicepresidente de Colombia (llamaba él Colombia al conjunto actual de Venezuela, Colombia y Ecuador): "Yo, cada día más contento en Lima, porque hasta ahora voy bien con todo el mundo: los hombres me estiman y las damas me quieren. Esto es muy agradable. Lima tiene muchos placeres para el que puede pagarlos. La mesa es excelente, el teatro regular, muy adornado de lindos ojos y de un porte hechicero; coches, caballos, paseos, toros, Té Deums, nada falta, sino plata para el que no la tiene, que a mí me sobra con mis ahorros pasados". *

Pero lo positivo es que desde el día mismo de su arribo a nuestra patria se fijó una meta de la que jamás se apeará: "He venido al Perú a darle la independencia, y estamos en guerra. Antes de alcanzada esta meta, huiré de Lima para vivir con mis soldados". Este juramento, que parece haberse hecho, lo cumplió religiosamente. Al llegar el 9 de diciembre de 1824 y librarse la batalla final de la independencia americana, llevaba Bolívar un total de 458 días vividos en el Perú, de los que solamente 76 los había pasado bajo el cielo limeño. Es decir, 84% en provincias contra 16% en la capital. Antes de él no sucede tal cosa con ningún gobernante realista ni patriota. Esta observación merece serena reflexión.

Desde Trujillo, el 25 de diciembre de 1823, escribe a Sucre, que se encuentra en Huánuco: "Mañana parto a disponer la defensa del Callao"...: "Dentro de 40 días estaré con usted en Huánuco, o en dondequiera que esté. **Sólo 20 días estaré en Lima; ojalá pudiera estar menos,** porque fuera del ejército estoy fuera de mi centro". No llega a viajar a la capital, y poco después, encontrándose en Pativilca gravemente enfermo, escribe a Santander, el 7 de enero: "Ya no puedo hacer un esfuerzo sin padecer infinito. Usted no me conocería porque estoy muy acabado y muy viejo, y en medio de una tormenta como ésta, represento la senectud"... "Si me voy a convalecer a Lima, los negocios y las tramoyas me volverían a enfermar". Al coronel Heres, también desde Pativilca, le comunica el 15 de enero: "Yo, definitivamente, **no vuelve más a Lima, porque nada tengo que hacer allí.** Trujillo será por ahora mi residencia. Allí debo estar para atender a 12,000 colombianos que espero de refuerzo"... "Medina (su ayudante), pues, va a buscar

* Todas las citas de Bolívar pertenecen a "Cartas del Libertador", tomos III y IV, Caracas, 1964-1966.

mi caballo, mi silla, mis libros y cuanto exista en Lima mío, sin exceptuar una paja".

Un día más tarde escribe a Sucre, desde la misma pequeña villa: **"No iré a Lima a perder el tiempo y la paciencia.** A fines de este mes me iré a Trujillo a darles dirección a las tropas que vengan de Colombia"... **"Después seguiré a la Sierra"**... "Pérez (secretario de Bolívar) y el general Alvarado han estado aquí y me han afirmado del estado de las cosas en Lima"... **"Mucho me han instado a que fuese a la capital; pero yo no he querido ir".** Por lo que vemos, Bolívar parece huir de Lima como José, hijo de Jacob, huía de la mujer de Putifar.

Dos meses después de la batalla de Junín, desde Huamanga —antiguo nombre de la actual ciudad de Ayacucho— escribe al general La Mar estas líneas que hoy destilan profundo significado geopolítico: **"Lima está a cien leguas de distancia del Perú, y el gobierno es muy inferior a la nación".**

Las frases que hemos copiado, referente a los toros, paseos y lindos ojos de las limeñas, no constituyen tema principal de aquella carta. Estos aspectos agradables de Lima aparecen recién en su último párrafo. El meollo de la carta va en el primero: "Todo esto quiere decir que **debemos apresurarnos mucho para ganar terreno y muy particularmente el de la Sierra de Jauja y de Pasco,** que son muy interesantes a esta capital".

Estas líneas también son, podríamos decir, proféticas: a medio camino de Pasco a Jauja queda la pampa de Junín...

Bolívar y la Sierra

Como lo han evidenciado todas las guerras nacionales —y el profesor indulgente nos disculpará repetirlo—, es la Sierra, y no la Costa, el corazón del Perú. Con gran facilidad Lima y la Costa han caído en poder de invasores. Persuadido Pizarro de que la sola posesión del estrecho y árido litoral lo mantendría en situación peligrosa frente a las ingentes masas de soldados indígenas dueños del interior del país, **como paso previo a la fundación de Lima** se adelanta a ocupar Quito y el Cuzco, es decir, se aferra sólidamente con ambos brazos a la Sierra. En julio de 1821, San Martín ingresa a la capital del Virreinato sin que su ejército tuviera necesidad de disparar un solo tiro de fusil, es muy cierto; y proclama luego la independencia en la Plaza Mayor, no es menos cierto; pero es la verdad que la guerra prosigue por tres años y medio, hasta fines de 1824 —batalla de Ayacucho—, porque la Sierra, granero de Lima entonces como ahora, continúa tranquilamente en manos españolas. El caso se repite en 1838. La capital es ocupada por los "Restauradores" que obedecen a Gamarra y a Bulnes, pero

la lucha persiste en la Sierra hasta que se libra la sangrienta batalla de Yungay. Cuarenticuatro años más tarde, Huamachuco pone punto final a otra guerra. Obsérvese ésto: Ayacucho, Yungay, Huamachuco, batallas serranas las tres.

Hemos visto que San Martín no da a la Sierra su verdadero valor militar. Se contenta con acantonar su ejército en Lima, después que el enemigo abandona pacíficamente la capital, sin percatarse —como una y otra vez se lo previene el general Arenales— que a los jefes españoles, nuevos Anteos, les basta poner el pie en el Ande para reconstituir, como por arte de magia, sus raleados batallones de enflaquecidos soldados. Y este milagro lo realizan en la cercana Jauja, a escasas cinco jornadas de marcha de Lima. Más grave aún: ordena a Arenales, quien por segunda vez se encontraba en la Sierra precisamente por orden suya, **bajar inmediata y definitivamente a la capital.** (Véase pág. 93 y Nota 36). Y todavía: dispone que las activas montoneras dejen de acosar a los españoles durante su penosa retirada de la capital a la Sierra, y **se concentren todas en Lima.**

¿A qué obedece tan extraña conducta en el general en jefe? En carta a Bernardo O'Higgins, le escribe el 19 de julio de 1821, explicándole, podemos decir, la razón de su reclusión en Lima: "Al fin nuestros desvelos han sido recompensados con los santos fines de ver asegurada la independencia de la América del Sur. **El Perú es libre.** En conclusión, yo ya preveo el término de mi vida pública, y voy a tratar de entregar esta pesada carga a manos seguras, y retirarme a un rincón a vivir como hombre". (Benjamín Vicuña Mackenna: "El general San Martín según documentos inéditos", Santiago de Chile, 1902, pág. 56). Mitre, historiador argentino, al comentar esta carta reconoce el grave error en que incurre San Martín. "Nótase —apunta— un síntoma de delirio pasivo en la **exagerada importancia que daba a la posesión de Lima** y cierta inercia militar que era su consecuencia, aparte de dar ya la guerra casi por terminada, y **hacerle abandonar la expedición de la Sierra,** donde únicamente podía decidirse"... **"Este error debía costar cuatro años más de guerra".** (Obra citada, tomo III, pág. 64 y 30).

Muy otro es el criterio de Bolívar. Con certero golpe de vista descubre que en esa región, en el Ande, se encuentra la clave de la victoria, e impaciente por culminar su empresa, se prodiga, él personalmente, en llevar a la Sierra las tropas nacionales y los auxiliares extranjeros a medida que llegan a nuestros puertos. Obsérvese cuál es su conducta.

Exactamente al cumplir una semana de su arribo al Perú, el 8 de setiembre de 1823, escribe desde Lima al general Santa Cruz, que por entonces se encuentra en la región de Oruro, en el Alto Perú, —Alto Perú, territorio argntino, insistimos, no peruano, como los peruanos afirmamos—, en difícil situación frente a las numerosas

fuerzas realistas. "Yo saldré —dícele— con 6,000 o 7,000 hombres dentro de un mes, sin falta ninguna, sea como fuere y cueste lo que costare. Cuente, general, con esta seguridad. Aun no sé por qué punto me decida a penetrar en la Sierra, pero puedo asegurar a usted que **mi plan es apoderarme, por lo pronto, de todo el país comprendido desde Pasco hasta el Apurímac".** En el último párrafo de la misma comunicación, subraya: "Vuelvo a repetir a usted que **en todo el mes que entra estaré sobre Jauja, y tal vez sobre Huamanga** (Ayacucho), **porque estoy impaciente por posesionarme de la Sierra.** Como con la diaria salida del Sol, cuente usted con ésto".

Tres días más tarde, en carta a otro destinatario, insiste: **"La ocupación de la Sierra de Huamanga será de un precio infinito,** y esta operación será emprendida con solidez (seguridad) dentro de treinta días, **marchando yo a su cabeza".** Lástima grande, sus jubilosos proyectos de fulminante ofensiva son contenidos por violento frenazo. El Congreso declara traidor a Riva Agüero y dispone que Bolívar —entonces primera autoridad militar, no política— proceda de inmediato a al captura del rebelde. (26).

Poco después, reducido el caudillo norteño, en su marcha de Huaraz a Cajamarca se detiene el Libertador en Pallasca, y escribe al general Santander, Vicepresidente de Colombia como ya se indicó: "Salí de Lima a interponerme entre Riva Agüero (que domina los territorios de Trujillo, Huaraz y Cajamarca) y los godos (españoles) de Jauja"... "Los facciosos (partidarios de Riva Agüero) fueron embarcados para Chile"... "En fin, dé usted por concluida la **guerra agüera".** Y prosigue: "Esta marcha nos ha hecho algún perjuicio, porque **nos ha impedido ir al Cuzco"** (8 de diciembre de 1823).

Desde Cajamarca dice al coronel Heres (14 de diciembre): "Como mi intención es que **toda la expedición chilena se interne a la Sierra,** para preservarla del contagio de las enfermedades de la Costa y para suministrarle víveres en abundancia, insto a usted para que tome e

---

(26) Se juzga, por muchos, de indebida intromisión en asuntos peruanos, estrictamente domésticos, esta participación del Libertador en el sometimiento del que fuera primer Presidente del Perú. Sin embargo, antes de censurar tal ingerencia, solicitada por peruanos desosos de poner término a la "casa dividida" que es entonces nuestra patria, conozcamos el parecer de algunos compatriotas nuestros, contemporáneos y partícipes de los hechos. Así, el Ministro de Guerra, general Berindoaga, escribe por aquellos días a Bolívar: *"Yo congratulo a V.E. por el término feliz de la campaña contra Riva Agüero* y anhelo ver a usted cuanto antes". Y Unánue, el sabio y virtuoso Unánue, el hombre de patriotismo acrisolado, exprésale: "Mi jefe y mi señor. *Doy a V.E. el parabién por haber concluido con la anarquía y guerra civil,* y espero que con igual suerte termine la que existe contra el enemigo común de la América"...

mayor interés en que así se haga luego que llegue la tropa de Chile a cualquier punto que aborde y en cualquier número" (27).

No obstante encontrarse enfermo y reconocer que la Sierra le ha afectado la salud —"la Sierra del Perú es más Sierra que todas las Sierras de Colombia", escribe a Santander—, como nada le arredra y la impetuosidad de su carácter lo aguijonea a hacerlo todo, desde Pativilca comunica a Sucre, a la sazón en Huánuco (16 de enero de 1824): "Si usted se fastidiare, como es regular (natural), de esos miserables lugares, avísemelo con anticipación, para ir a reemplazarlo, pues **yo veo de la mayor importancia que uno de los dos estemos al alcance de observar al enemigo de cerca,** para dirigir oportuna y prontamente nuestras operaciones".

Dos días más tarde, al Supremo Director (Presidente) de Chile: "Suplico a V.E. con encarecimiento que se acelere la venida de dicha expedición (de 3,000 chilenos) a las costas del Norte del Callao, donde **será recibida personalmente por mí y conducida a la Sierra de Huaylas".**

Desde Huaraz escribe a Sucre, que se halla en Oyón (9 de junio de 1824): "El coronel Althaus, que le acompañe para que levante croquis del país (región) y nos dé relaciones geográficas del **territorio que hemos de atravesar.** Lo que deben investigar es el estado de las fuerzas enemigas y de sus posiciones: los pasos del río de Jauja (Mantaro) que son vadeables; las posiciones fuertes que puede tomar el enemigo; y los rodeos que nosotros debemos seguir para evitar estas posiciones a derecha e izquierda del río de Jauja"... Realmente, cuando se leen decenas y decenas de páginas de su correspondencia, todas nutridas de cien y cien pormenores, consejos y previsiones de carácter militar, no puede uno menos de exclamar: Así, ¡cómo no iba a triunfar!

Afirma Napoleón que de todos los obstáculos que se oponen a la marcha de un ejército, el más difícil de vencer es el desierto, siguiéndolo las montañas elevadas y ocupando el tercer lugar los ríos anchos y caudalosos. Hagamos un esfuerzo por imaginar las terribles dificultades que tendría que superar el Libertador al conducir tropas de un efectivo de 9,000 hombres por este itinerario: Trujillo-Otuz-

---

(27) Por estas líneas se observa la doble preocupación del Libertador: preservar la salud de las tropas y aclimatarlas a la región donde él sabe se decidirá la guerra y se ganará la independencia peruana, independencia tántos años indecisa: la Sierra. *"¿Qué ganará nuestro ejército con entrar a Lima a apestarse?"*, escribía, alarmado, el general Arenales a San Martín (pág. 93).

co — Huamachuco — Mollepata — Yungay — Huaraz — Olleros — Chavín — Aguamiro (La Unión) — Huánuco — Cerro — Conocancha — Reyes (Junín) — Tarma — Huancayo — Huamanga (Ayacucho) — Vilcashuamán — Carhuanca — San Antonio de Cachi — Huancaray — Andahuaylas — Huancarama — Abancay — Curahuasi — Río Apurímac — Abancay — Andahuaylas — Chuquibamba — Challhuanca... Y tengamos en cuenta varias circunstancias. En primer lugar, que Bolívar no se ha limitado a un simple "paso de los Andes", es decir, ascender por una vertiente de la Cordillera y bajar por la otra. No. **El ejército por él personalmente conducido ha marchado, literalmente, sobre el lomo de los Andes, y *ésto*, por cientos de leguas, a lo largo de varias semanas.**

Los desiertos a que se refiere Napoleón son los de Egipto, similares a los arenales del Perú. Los desiertos que el Libertador y su ejército atraviesan no son únicamente los del árido litoral de nuestra patria. Los Andes peruanos —lo sabe todo viajero que desde la ventanilla del avión observa con detenimiento el panorama— constituyen, realmente, elevadísimo desolado y revuelto desierto, un alargado Tíbet, en el que, en la campaña de 1824, es indispensable llevarlo todo a lomo de mulo: alimentos para la tropa, grano y alfalfa para el ganado, leña y hasta el agua ("carece de agua y está helado", escribe Bolívar). Admás, frígidas temperaturas nocturnas, el soroche numerosos ríos que, aunque no caudalosos, se encuentran casi todos —el Pampas, Pachachaca y Apurímac— en tajos profundos a los que es necesario bajar serpenteando largas horas por senderos de cabras tallados en la roca, y volver a subir luego con matadora fatiga de hombres y animales...

Concretándonos a las montañas en cuanto obstáculo militar, los más grandes capitanes las han mirado siempre con temeroso respeto. Así se refiere de Aníbal, Napoleón, San Martín.

A punto ya de cruzar los Andes chilenos en hermosa operación que cerrará con el broche de oro de Chacabuco, exclama el general argentino: "Lo que no me deja dormir no es la oposición de los enemigos, sino el atravesar estos inmensos montes". (Mitre, I, pág. 573).

Escrita por Bolívar al pie de los negros farallones de la gigantesca Cordillera Blanca que vigila el ojo misterioso del terrible Huascarán, la carta del Libertador a Sucre últimamente citada (9 de junio) termina con estas sencillas palabras reveladoras de resolución inquebrantable y seguridad absolutas:

"A fines de este mes estará todo al otro lado de la Cordillera".

Por un clavo...

"En el paso alpino de San Bernardo —refiere Thiers en su "Historia del Consulado y del Imperio"— había llevado Napoleón

la previsión hasta el extremo de mandar establecer al pie del desfiladero talleres de talabartero, para componer los atalajes de la artillería. Sobre asunto tan baladí en apariencia, escribió por sí mismo varias cartas". Al igual que los más grandes capitanes, en su campaña peruana evidenció Bolívar un cuidado extremo por los detalles. Su espíritu previsor es asimismo notable. Parece, en efecto, que se hubiese guiado, en todo momento, por la antigua quisicosa aquella de que por un clavo se perdió una herradura, por una herradura un caballo, por un caballo un jinete, por un jinete una batalla y por una batalla un reino.

De Cajamarca, el 14 de diciembre de 1823, escribe al coronel Tomás Heres, que se encuentra en Guayaquil: "Necesitamos, entre otras cosas, miles de miles de herraduras y herradores numerosos, que deben venir a Trujillo, de grado o por fuerza, y embarcados, pues **tenemos buenos caballos pero sin patas por falta de herraduras".** De Pativilca, al mismo, el 15 de enero siguiente: "Castillo dice que no hay botones ni paño encarnado para las vueltas de los uniformes en Guayaquil. El tiene orden de construir cuatro mil vestuarios, y está parado por falta de estos artículos". De Otuzco, el 14 de abril, a Sucre: "No permita usted que los caballos se hierren con las herraduras que se han mandado, porque los clavos no valen nada, nada. Que se vayan adobando (preparando) entretanto las herraduras, mientras se consiguen buenos clavos, porque yo los mandaré de hierro de Vizcaya, grandes y buenos. Los herradores y herreros, que adoben perfectamente las herraduras, para que no se pierda el tiempo"... "Los caballos buenos, útiles, que se vayan engordando con cebada, que deberá conseguirse a todo trance, aunque sea comprándola a cuenta de cuentas, o por dinero si no hay otro partido".

Después de ocuparse, en la misma carta, de diez o quince otros asuntos, continúa: "Tenemos 1,400 hombres de caballería, por lo menos; cada hombre irá montado en una mula y llevará su caballo de diestro (de la brida); pero esto no bastará. El parque y el bagaje nos ocuparán mil mulas y debemos llevar reemplazos. Diez mil reses de repuesto (provisión) serán pocas. El pan y la menestra serán difíciles, aunque haya granos. Se debe mandar labrar (fabricar) galletas. Debemos pensar en que lleve cada hombre sacos de maíz o cebada cocida o tostada; también mucha cebada para los caballos, que deberán llevar en dos sacos de dos arrobas, cada caballo". Prosigue Bolívar: "Haga usted que a los caballos de la Costa se les hagan todos los remedios imaginables a fin de que se les endurezcan los cascos, quemándose con planchas de hierro caliente, y bañándolos con cocuiza (cuerda hecha de la planta cocui), que se mandará a buscar dondequiera que la haya".

Nunca satisfecho —como siempre insatisfecho ha sido todo gran capitán—. al día siguiente vuelve a decir a Heres: "Necesitamos, pues: 1º Infinitas herraduras con sus clavos. 2º Mulas y caballos"... 6º

Dinero y botiquines"... "Desvélese usted por los clavos y las herraduras, y después por lo demás". Cuatro días más tarde, ya desde Santiago de Chuco —porque Bolívar, hombre de a caballo, está en contínuo movimiento—, se dirige nuevamente a Heres: "Por los malditos clavos se han perdido todas las herraduras, una gran parte de los caballos y alguna gente"... "¿Ha de creer usted que no podamos ejecutar el movimiento general por estos malditos clavos? Ruego a usted, por Dios, que haga examinar el hierro de Vizcaya, si es dulce o no"... "que se solicite a precio de oro el tal hierro de Vizcaya"... "A Cajamarca mande usted hierro de Suecia para que hagan herraduras sin clavos, según el modelo que va ya adobado. En Trujillo y Huamachuco se harán los clavos, y en Cajamarca sólo las herraduras".

Desde Huamachuco, el 28 de abril, insiste ante Heres: "Los clavos ingleses que ha traído López son muy delgados y se doblan"... "por estos malhadados clavos, va a perderse el Perú: vele usted sobre esto mucho, mucho. Que los clavos sean igual, igual, que el modelo que llevó López". Desde la misma población, el 6 de mayo, escribe a su secretario Pérez: "Debe, pues, marchar a Nepeña todo el hierro posible y acero, el plomo, el papel, las telas, las agujas, el hilo, las suelas, los aceites, los mixtos (pólvora) y la cera. En fin, todo lo necesario para continuar los mismos trabajos que estaban establecidos en Trujillo". Aclaremos el por qué de la necesidad del traslado de todos estos materiales. A mediados de abril deja Trujillo el Libertador, y por Santiago de Chuco y Huamachuco se encamina a Huaraz, para proseguir luego, en su búsqueda del enemigo, hacia Huánuco y Cerro de Pasco. Realmente, resultaba complejo el problema de transportar los numerosos talleres establecidos en Trujillo: talabartería, armería, herrería, hojalatería, fundición, imprenta...

El historiador argentino general Mitre dice de Bolívar: "Tenía el talento de la palabra hablada y escrita". Un hombre con tan acentuada inclinación literaria sufría al ver algo mal escrito, y por ello su rechazo a los redactores del periódico del Ejército Unido Libertador. "Remito a usted —escribe a su secretario Pérez, desde Huamachuco— "El Centinela", que está indignamente redactado, para que **usted mismo lo corrija, y lo mande de nuevo a reimprimir,** a fin de que corra de un modo decente y correcto". Esta carta lleva la siguiente posdata: "La adjunta traducción del "Correo de Londres", que es muy interesante, hágala usted insertar en la "Gaceta del Gobierno", pero que antes se corrijan el estilo y la puntuación, que son detestables".

Todavía en Huamachuco, se dirige al general La Mar (7 de mayo): "Ahora acabo de ver el oficio de usted, refiriéndose al del coronel Placencia sobre clavos y herraduras, y creo que, **para mayor inteligencia, debo yo mismo escribir a usted.** Desde Otuzco le escribí a Placencia diciéndole que los clavos que le habían dado en Trujillo no valían nada como él lo había experimentado, y le expliqué

demasiado bien que los clavos no valían nada y que esperara nuevos. Ahora sale diciendo que los mismos clavos se rompen y se pierden las herraduras, como si yo no lo supiera, y como si yo no le hubiera dado a usted clavos buenos traídos de Trujillo para que hierren esos caballos de Placencia. **Dígame usted, querido general, si ha recibido un cajoncito de clavos de los cuales creo que hablé a usted y mandé que se los entregaran** para que herrasen la caballería de Placencia"... "Me parece muy bien que se hierren los caballos de pies y manos"... "los clavos para las **herraduras españolas** deben de tener, fuera de la cabeza, dos pulgadas por lo menos"... "la cabeza debe ser muy fuerte para que sufra en lugar de la herradura todo el uso exterior, que, como más elevada, debe chocar más con las piedras y el terreno"... "Para las **herraduras inglesas** debe tener el clavo dos pulgadas, pero más fino en todo, para que quede embutida la mayor parte de la cabeza en una pequeña canal que tiene este tipo de herradura"...

No debe sorprendernos que esta meticulosidad de Bolívar, que supera la de Napoleón, la desplegase llegado ya a territorio peruano, en marcha sobre las fuerzas realistas. Tres meses antes de salir de Guayaquil rumbo a nuestras playas, escribe a Sucre, a la sazón en Lima (24 de mayo de 1823):... "yo mismo no emprenderé nada si no tenemos medios de movilidad y caballos robustos para la caballería"... "que se mantengan bien con un cuidado esmerado, con herraduras y repuestos de ellas; **que no se permita que nadie monte un caballo, y que estos caballos se cuiden por personas que los quieran como si fuesen sus propias mujeres".**

La guerra es dura

"De Pradt dice, con mucha razón —escribe Bolívar al Presidente Torre Tagle—, repitiendo a los maestros de la guerra, que el alma de ésta es el despotismo; es decir, mando sin límites y obediencia sin examen". En esta carta, fechada en Pativilca, el 7 de enero de 1824 —menos de un mes antes de la traición del sargento argentino Dámaso Moyano, del regimiento Río de la Plata—, y como presintiendo lo que pronto sucedería en el Callao, hay estas líneas admonitorias: "Tenga usted la bondad de decirle al general Martínez, de mi parte, que yo celebraría mucho que, por el honor de las armas de su país (Argentina), se hiciese un castigo ejemplar con los cómplices de este suceso, que si fuesen de Colombia, él vería si yo los castigaba como he mandado juzgar rigurosamente a los autores de un tumulto de armas que hubo en Trujillo, entre los coraceros del general La Fuente y los húsares de mi escolta, pocas horas **después de mi salida** de allí".

Un mes más tarde (9 de febrero), desde la misma población, recién enterado de la insurrección de las tropas argentinas de guarni-

ción en el Callao, escribe a La Mar, señalándole las urgentes medidas a que obliga la gravísima situación: "Necesitamos, querido general, hacernos sordos al clamor de todo el mundo; porque la guerra se alimenta del despotismo, y no se hace por el amor de Dios, no ahorre usted nada por hacer, despliegue usted un carácter terrible, inexorable"... "si no hay fusiles, hay lanzas"... "haga usted construir mucho equipo, muchas fornituras en toda la extensión del departamento; cada pueblo, cada hombre, sirve para alguna cosa: **pongamos todo en acción para defender a este Perú hasta con los dientes.** En fin, que una paja no quede inútil en toda la extensión del territorio libre"... "No le escribo al general La Fuente por separado porque no haría más que repetirle estas ideas"... "Dígale usted de mi parte que **el tiempo de hacer milagros ha llegado**"...

A Sucre, que se halla en Huánuco, le escribe (13 de febrero): "Yo me voy a Trujillo a declarar la ley marcial"... **"Estoy resuelto a no ahorrar medida ninguna y a comprometerme hasta el alma porque se salve este país".** Al día siguiente, insiste ante La Mar: "Dé usted las órdenes más terribles para aprovecharlo todo en favor del ejército". Al general Necochea, en cambio, le dice cosas de otro tenor (27 de febrero): "Todo el mundo está encantado con usted, y yo, si me permite usted la franqueza, le diré que estoy furioso contra su bondad, su política y su parsimonia. La guerra no vive sino de actos de violencia y de destrucción; no se hace por el amor de Dios". A Sucre (21 de marzo) le cuenta las dificultades económicas por las que pasa: "Hemos sacado cerca de cien mil pesos de los particulares y de las iglesias, de los cuales he mandado veinte mil al almirante; y en medias pagas de oficiales; cuarta de tropa, compra de vestuario y maestranza, ya no quedan más que veinte y tantos mil, sin haber podido pagar las libranzas que hemos mandado a usted"... "así va todo, y para el mes que viene no tendremos qué comer, si no se toman medidas muy fuertes con las alhajas de las iglesias de todas partes".

La guerra es dura y no se hace por el amor de Dios. La necesidad de mantener una moral elevada en oficiales y tropa, indispensable para lograr la victoria, obliga muchas veces al jefe a recurrir a medidas en extremo rigurosas. "He fusilado a cuatro oficiales de los más cobardes, para animar a los otros", dice al general Santander, a propósito de la derrota sufrida por el coronel Urdaneta en La Legua, a medio camino entre Lima y el Callao. Este hecho doloroso le merece, pues, palabras que tienen mucha semejanza con otras de Voltaire respecto de Inglaterra: "En este país, es conveniente fusilar de vez en cuando a un almirante, para animar a los demás". (28).

---

(28) Dans ce pays-ci (Inglaterra) il est bon de tuer de temps en temps un admiral pour encourager les autres.— *Cándido*, capítulo 23.

Víveres y movilidad

Anota Vegecio, tratadista militar de los primeros siglos de nuestra era: "Asunto capital en la guerra es proceder de modo que nunca nos falten los víveres, y que les falten al enemigo". Veamos cómo cumple Bolívar con este precepto, según órdenes que imparte a Sucre desde Pativilca: "Los enemigos estarán reunidos para marchar a Trujillo dentro de 30 o 40 días, a más tardar; esta cuaresma, pues, debemos consagrarla toda entera a la **recolección de toda cosa útil para el ejército**". ¿Cómo proceder para cumplir esta delicada operación, difícil por la inevitable dispersión y desorden? Prosigue la carta: "Para este fin, el mejor método es emplear en guerrillas todos los cuerpos de nuestro ejército, encargándoles a los comandantes la más grande exactitud y orden en las exacciones, y **que no dejen rincón que no visiten y examinen escrupulosamente**". Esta carta, muy larga y repleta de minuciosas instrucciones, concluye así:... **"y lo dicho, dicho. Bolívar"**.

Inteligente y de una actividad asombrosa, Sucre cumple a cabalidad lo ordenado por su jefe. Desde Huánuco escribe al Libertador: "Es verdad que según usted me dice, los godos (españoles) repetirán tantos viajes en busca de ganado, que por último no dejarán una res. Pero esta vez no llevaron ni una, **ni un carnero siquiera**, porque no nos costó poco trabajo para hacerlos echar para Oyón"... "Temo que cesando las noticias de enemigos, quieran sus dueños volverlos a llevar, pero he ordenado al Gobernador de Cerro que no se traigan sin una orden expresa. De Huamalíes tenemos seguras 2,500 reses en Huari, y 9,000 carneros, que nos darán bastante carne para el invierno"... "Usted sabe las dificultades para arrancar a estos paisanos sus ganados, para transportarlos a lejanas distancias"...

Aunque una vez dijera "Dios no me ha prestado su palabra mágica", la verdad es que "ajustando convenientemente las clavijas", sabía él alcanzar metas que a otros resultaban imposibles. Para mejor comprender estos logros, trasladémonos, como si dijéramos, al campo realista. ¿Cómo ven éstos su llegada al Perú? Dice un historiador español: "Hizo su entrada pública en Lima en medio de las mayores aclamaciones de los abatidos sediciosos, que se figuraban ver en aquel caudillo al salvador de su ilegítimo partido". ¿Y qué dicen de la aparición en escena del ejército que creara el Libertador? El mismo historiador, el documentado Torrente, ya conocido nuestro, escribe: "Como las tropas realistas no se movieron de sus cantones de Jauja, pudo Bolívar organizar su ejército, completándolo hasta el número de 11,000 hombres, entre ellos 6,000 colombianos, y darle una **asombrosa movilidad**". Reconoce el citado autor grande mérito al adversario al estampar estas palabras: "Inconcebible parece cómo en tan poco tiempo hubieran logrado los insurgentes poner en campaña una fuerza tan numerosa y bajo un pie tan respetable de arreglo y buena dirección. Abundaban las provisiones de guerra y boca, el ar-

mamento, vestuario, medios de transporte y cuantos elementos guerreros se necesitan para abrir una importante campaña". (Obra citada, pág. 262, 289-290).

Por las líneas transcritas se reconoce, en efecto, el milagro obrado por la dura mano del caudillo venezolano. Sin embargo, no es en absoluto fácil imitar su ejemplo. Inducir al ciudadano a la entrega voluntaria de los elementos que requiere la patria, es difícil, lo dice la experiencia. Proceder a la exacción o requisición, presenta serios inconvenientes: el ocultamiento; quejas de los perjudicados respecto de algunos privilegiados; despierta la idea de que la patria se encuentra en situación angustiosa acaso más grave de la real... Los serios obstáculos por superar inhiben a un jefe de "calibre" normal, lo dice la historia. Citemos un caso nuestro, peruano.

Lima. Ultimas semanas del año 1880. Se cabe que el enemigo está a punto de emprender la marcha sobre la capital. Como no es verosímil un desembarco en el Callao, bien artillado, se ejecutan obras de fortificación en Ancón, pero el tiempo no permite construir ninguna en Lurín. En determinado momento el comando peruano comprende que la suerte de la capital peligraría gravemente si el enemigo logra poner pie en el valle de Lurín. Para impedirlo, se ordena ocuparlo, preventivamente, al coronel Andrés Cáceres. Parte Cáceres lleno de ardor..., pero será mejor que cedamos la palabra a un escritor limeño que narra la maniobra.

..."la sed agotaba a sus soldados, las municiones eran escasas, la tropa caminaba con tan limitados elementos como si marchase a una parada. Fue necesario contramarchar y se contramarchó. ¡Fuerza del destino!"

"**Pero, ¿por qué carecía la división de Cáceres de los elementos de movilidad indispensables, bestias y vehículos?**...

"¿No se habían dado las órdenes para empadronar y requisar los medios de movilidad que en la capital existían? ¿Por qué, pues, faltaron? No queremos dar otras razones que la **consecuencia** (complacencia) **para con los interesados en retener aquellos objetos útiles para sus propias industrias;** y también el deseo, muy plausible pero inconveniente en esa emergencia, de no hacer sentir a la población los efectos anticipados de la guerra".

"¿Por qué el gobierno no acudió a los particulares? ¿**Qué razón impedía al gobierno tomar de hecho cuanto hubiere necesitado?** Provisto nuestro ejército de las acémilas y vehículos que había menester, una división, un ejército entero, pudo llegar a Lurín, cuando el invasor apenas tenía una diminuta fracción de sus tropas en tierra y entonces... los resultados hubiesen sido distintos" (29).

---

(29) "El Comercio", de Lima, 17 de enero de 1884.

Al meditar en los desastres de esta guerra y en lo mucho que pudo hacerse de haber contado nuestra patria con un conductor de mano dura, no podemos menos de lamentar: ¡Cómo no tuvimos entonces un pequeño Bolívar!

IV. SISTEMA DE GUERRA DE BOLIVAR

"Una máxima de guerra que nunca se deberá olvidar "es que se deben reunir los acantonamientos en el punto "más lejano y más a cubierto del enemigo, sobre todo si "éste puede presentarse en forma sorpresiva. De esta ma- "nera, siempre habrá tiempo para reunir todo el ejército "antes que el enemigo pueda atacarnos".—NAPOLEON.

LA EMPRESA QUE CUMPLE Bolívar en el Perú ofrece tres etapas sucesivas, a saber: una primera, netamente política, destinada exclusivamente a lograr la ansiada **unión** frente al enemigo común; una segunda, de carácter estrictamente bélico, cuya finalidad es la **destrucción de las fuerzas españolas** que se enseñorean de las tres cuartas partes del territorio nacional; en la tercera, convertido Bolívar en gobernante peruano, concrétase a **dirigir los destinos de nuestra patria** e impulsarla por la senda del progreso.

La primera etapa **(setiembre de 1823 a febrero de 1824)** se extiende desde la llegada del Libertador al Perú hasta el hundimiento de la República, colapso originado por la caída del Callao y Lima en manos españolas a consecuencia de la defección de las tropas argentinas que guarnecen las fortalezas del puerto.

Abarca la segunda **(marzo a diciembre de 1824)** el período comprendido entre la traslación a Trujillo de la capitalidad de la nación y la concluyente victoria de Ayacucho.

Finalmente, la tercera **(enero de 1825 a setiembre de 1826)** nos muestra al Libertador totalmente entregado a las tareas del gobierno del Perú y de la recién creada Bolivia.

La ola

Dada la finalidad de esta charla, no podemos, en razón del tiempo disponible, ni debemos, en razón del carácter del amable auditorio, tratar este asunto en otra forma que no sea una exposición muy sencilla y alejada de todo tecnicismo militar.

Contemplada en su conjunto la campaña militar del Libertador en el Perú, podemos compararla con una ola. En ésta observamos tres momentos nítidamente diferenciados:

(1) Una masa de agua, la resaca, que retrocede tumultuosa, de tierra hacia el mar;

(2) Esta masa, que retrocede, se encuentra con otra mucho mayor que avanza, y al unir sus caudales ambas corrientes, se arremolinan y forman elevada montaña líquida, que por un instante parece mantenerse en inestable equilibrio, sin avanzar ni retroceder, sólo hinchándose y creciendo en altura;

(3) Tomando impulso en este choque previo —cachascanista que se arroja de espaldas sobre las cuerdas del ring, para golpear de rebote con mayor ímpetu a su adversario—, la enorme masa resultante, la **ola** propiamente dicha, inicia su carrera hacia la costa, con velocidad que va en rápido aumento, hasta formarse la poderosa cresta que rabiosa se lanza sobre el acantilado, estallando en atronador estampido.

Estas tres fases o momentos de la ola se corresponden exactamente a las sucesivas operaciones llevadas a cabo por Bolívar: (1) Abandono de Lima por Trujillo, como nueva capital del Perú y base de operaciones; (2) Organización de poderosas fuerzas militares; (3) Fulminante ofensiva.

Antes de ocuparnos detenidamente de estas etapas, en forma gráfica daremos, en dos o tres minutos, una visión total de la campaña bolivariana en nuestra patria. (Estos croquis aparecen en la obra, ya mencionada, "Antología de la Independencia del Perú", 1972).

(1) Trujillo, capital del Perú

Antecedentes. Parece como si la ocupación por los patriotas de la ciudad de Lima —ensangrentada túnica de Neso— hubiese atraído funestas consecuencias a sus envanecidos poseedores. Desde principios de julio de 1821, hasta fines de marzo de 1824, fecha en que Bolivar transfiere a Trujillo la capitalidad de la República, todos los gobernantes independientes —San Martín, la Junta Gubernativa, Riva Agüero, inclusive Sucre por breves días, Torre Tagle— llevan vida en extremo azarosa frente al creciente poderío militar realista. (30).

---

(30) Ya hemos mencionado —con palabras de los propios partícipes— las graves consecuencias derivadas de haber permitido imprudentemente San Martín la tranquila reorganización de las fuerzas españolas en la rica región de Jauja, a las puertas mismas de Lima. Reconstituidas física y moralmente, no se hace esperar la repentina "vuelta de la tortilla". En efecto:

a) A cinco semanas escasas de la solemne proclamación de la independencia, amenazan ya a los ocupantes de la "disipada" —palabra de Miller— capital. Baja de la Sierra, por la quebrada del río Lurín, una división española con

Establecidos éstos en Jauja desde julio de 1821, por tres veces llevan el terror a la capital: setiembre de 1821; junio de 1823; febrero de 1824. ¡Cuánto han cambiado las cosas desde 1820! Decíamos, no muchas páginas atrás, recordará el lector: "Estas escenas de es-

---

el general Canterac, pasa por Cieneguilla y La Molina, desfila por San Borja y la Huaca Juliana —a tiro de fusil del ejército independiente, tres veces más numeroso, mandado por San Martín en persona—, y continuando a Maranga, hace su ingreso al Callao, cuya guarnición, a órdenes de La Mar, realista hasta ese momento, recibe triunfalmente a los audaces expedicionarios, con repiques de campanas, alegre quema de fuegos artificiales y bulliciosas retretas. Después de tomarse seis días de descanso, retorna Canterac a la Sierra sin que fuera castigada su doble osadía.

b) En junio de 1823, ya la cosa no queda en mera amenaza. El mismo Canterac, alentado con el recuerdo de la increíble pasividad de sus adversarios, ya no satisfecho con ostentoso desfile, marcha rectamente sobre la capital, y —a la manera de San Martín en 1821— la ocupa sin disparar un tiro. Lima es, pues —por lo que se ha dicho y por lo que se dirá luego—, un bien mostrenco a disposición del audaz —o incauto— que a su posesión aspira. ¿Y el gobierno, y el ejército, qué hacen? Las escasas fuerzas que la guarnecen en esos momentos, con el gobierno y sus órganos en pleno, buscan seguro refugio tras las sólidas murallas de las fortalezas del Callao. Para colmo de males, durante el forzado encierro estalla la discordia en el puerto. El Presidente Riva Agüero, depuesto por el Congreso, marcha a Trujillo a establecer su propio gobierno. Torre Tagle, elegido nuevo Presidente por el mismo Congreso, hace otro tanto en Lima... una vez voluntariamente desocupada por sus momentáneos dueños españoles.

c) En febrero de 1824, en fin, se produce la catástrofe. Una vez más, tropas realistas marchan sobre la capital. Al gobierno no le queda ya, como en el susto del año anterior, el seguro burladero de plaza de toros representado por el castillo Real Felipe. Viéndose entre dos poderosas mandíbulas realistas: las tropas de Monet y Rodil, por un lado, que tocan ya las goteras de la ciudad, y por el otro, la fuerte guarnición del Callao, en cuya fortaleza se ve izada la bandera de España desde la reciente traición del sargento Moyano, del regimiento Río de la Plata, ¿qué hacer? Algunos funcionarios y vecinos logran escapar, pero los más, en vez de emigrar a Pativilca, como lo ordena Bolívar y lo indica el sentido común, se pliegan a los vencedores. García Camba, jefe español ya conocido nuestro, luego de nombrar a varios de estos que podríamos llamar "hombres de poca fe", refiere que también se sometió: "crecido número de personas distinguidas y muchos de los llamados cívicos, con los cuales se formó un batallón de voluntarios para auxilio de la guarnición (realista) de la capital, y el que antes del 17 de marzo contaba más de 600 plazas útiles".
Dice Paz Soldán: "La traición de Moyano fue imitada pocos días después por los pérfidos escuadrones Granaderos de los Andes, que avanzados de Cañete recibieron orden de replegarse sobre Lima (para evitar el contagio

panto se repetían a cada amago que se hacía sobre la capital", refiriéndonos a la angustia española vivida en Lima en octubre de 1820 (ver pág. 92). En 1824 se produce terrible convulsión político-militar comparable a una explosión volcánica: a principios de febrero se inicia rosario de infaustos sucesos que pone en peligro de muerte a la revolución peruana. Sus principales hechos son éstos: sublevación de las tropas argentinas del Callao, que a poco izan en las fortalezas del puerto la bandera española; pánico en la capital ante la aproximación de las divisiones realistas de Monet y de Rodil, que en operación concéntrica marchan desde Jauja e Ica, respectivamente; sintién-

---

originado por la traición de Moyano) y se levantaron contra sus jefes en la Tablada de Lurín, y, apresándolos, proclamaron la causa del rey y pasaron a unirse con los traidores del Callao". Comentando esta cadena de defecciones de las tropas argentinas, achacable en parte a desatención económica del gobierno de Torre Tagle y en parte no menor a la indisciplina y malos tratos de sus propios oficiales, escribe el historiador platense Bartolomé Mitre: "Así quedó disuelto por el motín y la traición, el memorable Ejército de los Andes, libertador de Chile y del Perú". (Obra citada, tomo IV, pág. 71). Una vez más, señalamos el *"cambio de moda'* experimentado y cómo el paso del batallón realista Numancia a los independientes, en 1820, tuvo su contraparte, mucho más grave, en 1824. Adviértase, de paso (pág. 114), la previsión de Libertador al recomendar al general Martínez una severa sanción a sus indisciplinados soldados. De haber sido aplicado en su momento el correctivo, se habrían ahorrado indecibles males al ejército y a la nación. Y lo que tiene importancia capital, jamás la plaza del Callao hubiera pasado a manos españolas. Tampoco Lima.

Es ésta la hora gloriosa de Bolívar. Hombre nacido para vencer las mayores dificultades, en estos momentos se agiganta su figura hasta convertirse en sólida roca que resiste los más furiosos embates de la tempestad, y que en corto plazo conduce sus tropas a la victoria. Y así como Inglaterra se apretó con fe alrededor de Churchill en hora de angustia, en igual forma un selecto grupo de peruanos rodea a Bolívar en la crisis más aciaga de la revolución americana. "Las circunstancias son horribles para la patria; vosotros lo sabéis, pero no desesperéis de la República. Ella está expirando, pero no ha muerto aún", dice el Libertador en proclama destinada a inspirar fe a los vacilantes.

El general Guillermo Miller —más amigo de San Martín que del Libertador— es certero en su juicio al referirse a estos angustiosos días en que la nación parecía sucumbir irremediablemente. "Quizá nada de cuanto hizo Bolívar en el Perú —escribe en sus *Memorias*— dio más títulos a su gloria, que su conducta en los críticos momentos que se siguieron a la sublevación de las tropas del Callao; por su firmeza, actividad y oportunos ejemplares (sanciones), cortó el progreso de las defecciones, y obtuvo el respeto y entera confianza de todo buen patriota. A su nombre acompañaba cierto encanto (poder subyugador), y era considerado como el único hombre capaz de salvar la República" (tomo II, pág. 105). También el español Torrente reconoce la poderosa personalidad del Libertador. Véase pág. 102.

dose impotente, el Congreso entrega a Bolívar, **in extremis**, la totalidad del poder dictatorial, declárase a sí mismo en receso, y depone a Torre Tagle; presumible descubrimiento de tratos de éste con el enemigo; atemorizado el expresidente, opta por cobijarse bajo el sol que en el momento le ofrece más calor: los españoles; para hacer méritos a los ojos de éstos —¿traición, cobardía, atolondramiento?—, Torre Tagle lanza una proclama de total apoyo al enemigo: "Unido ya al ejército nacional (español), mi suerte será siempre la suya"... "Hombres de todas las clases que habitáis el Perú, seguid el ejemplo de un honrado ciudadano".

Su llamado encuentra eco. Algunas unidades del ejército y partidas de montoneros, íntegras, se pasan a los realistas. Igual camino siguen muchos funcionarios públicos, jefes y oficiales del ejército, vecinos distinguidos. Entre los "peces grandes" figuran el vicepresidente de la república, Aliaga; el presidente del Congreso, Galdiano; el ministro de Guerra, Berindoaga; el jefe del estado mayor. Para impulsar más el torrente de tránsfugas, a su ingreso a Lima el general español Monet publica un decreto de amnistía. Entre militares y civiles, alrededor de 400 personas se pasan al campo contrario. (31).

Al referirnos al momento de la llegada de San Martín al Perú, subrayábamos de cuán favorable se le ofrecía la situación. Decíamos que los "trasiegos" del campamento realista al de los patriotas se repetían a diario (pág. 85-6). La moda de 1821, en efecto, impulsaba a los individuos a cambiar los colores rojo y gualda de la bandera española por el rojo y blanco de la peruana. Ahora, en 1824 —días de Bolívar—, pues la moda ya cambió: el rojo y blanco es reemplazado por el rojo y gualda. (32).

---

(31) Refiriéndose a estos lamentables sucesos peruanos de principios de 1824, escribe el teniente José Ildefonso Arenales, hijo del ilustre vencedor de Cerro de Pasco: "Después de la gran batalla de Ayacucho se publicó en Lima una relación oficial que contenía los nombres de más de 300 oficiales del ejército patriota que durante los conflictos anteriores se pasaron al enemigo. Esta es una de las más notables circunstancias que contribuyen a realzar el mérito del general Bolívar en haber salvado al Perú". (*"Segunda Campaña a la Sierra del Perú en 1821"*, Buenos Aires, 1920, pág. 60). Como dato curioso que demuestra la admiración que el Libertador despertó en este inteligente oficial argentino, diremos al amigo lector que en su valiosa obra menciona dos veces al genio venezolano y en ambas lo escribe con mayúsculas: BOLIVAR (pág. 60 y 151). A ninguno otro de los muchos personajes que figuran en su libro le rinde ese pequeño pero a la verdad muy significativo homenaje.

(32) Doloroso es tener que consignar estos hechos, pero lo hacemos porque la historia debe ser veraz. En parte, al menos, explica este colapso peruano —lo reconoce hidalgamente un jefe español, el general Andrés García Camba, protagonista e historiador de los sucesos—, el desmoralizador ejemplo dado por algunas unidades del ejército. "A los independientes —escribe— aca-

El que la corriente general fuera contraria, amerita aun más al grupo selecto de patriotas peruanos —los "emigrados"— que abandona Lima para unirse a Bolívar en Pativilca: Sánchez Carrión, Unánue y otros resueltos e inteligentes ciudadanos, cuyos servicios van a ser pronto de primera importancia. Si hacemos un paralelo del Perú de febrero de 1824 con la Francia de junio de 1940, aplastada por Alemania, descubrimos estas coincidencias: Sánchez Carrión es De Gaulle; Pativilca, la Gran Bretaña; y Bolívar es Churchill.

---

bó de confundirlos la conducta decidida (no se olvide que habla un adversario) de los Granaderos Montados de los Andes que —luego de pasarse a los traidores del Callao, según se señala en la Nota 30, en palabras de Paz Soldán— continuaron haciendo frecuentes correrías sobre la capital y sus contornos". Estos malos elementos llegaron en su atrevimiento a acuchillar a soldados leales "hasta dentro de la misma capital" ("Memorias", tomo II, pág. 159).

De esta manera, el temor por sus vidas y propiedades, la desaparición por largos días de todo vestigio de autoridad, el crimen y el saqueo a que impunemente se entregan muchos individuos de tropa, aterrorizó a los débiles, que se ven precisados a acudir, afligidos, al único poder constituido: las divisiones españolas de Monet y de Rodil.

Como botón de muestra veamos qué sucede en el Callao, dentro de la fortaleza del Real Felipe, nada menos, según relato del citado autor Torrente: "(Monet y Rodil) Llegaron a tiempo al Callao para afirmar el dominio del Rey, pero llegan cuando ya se habían perpetrado las más horribles tropelías, cuando los feroces negros habían saqueado todas las riquezas y preciosidades depositadas en aquel recinto y cuando su vandálico espíritu de devastación había inutilizado cuanto estuvo al alcance de su furor, sin que Moyano (argentino), Casariego y Alaix (españoles) se atreviesen a corregirlos, porque seguramente les habría sido harto funesta toda providencia que hubieran querido adoptar para remediar aquel horrible desorden". (obra citada, pág. 271-272).

Cierto es, no puede negarse, que apreciable número de aquellos débiles se enrolaron en las filas realistas y emplearon sus armas contra los patriotas en las batallas de Junín y de Ayacucho, igual que en la tenaz resistencia de Rodil en el Callao, posteriormente. Pero también diremos, para ser justos, que hechos semejantes, por enojosos que resulten, se han dado en todas las épocas y latitudes. Citemos un ejemplo. Ejemplo moderno, acontecido en nación de reconocida cultura y patriotismo: Francia. Al relatar el general De Gaulle las encarnizadas luchas intestinas entabladas entre "Colaboracionistas" y "Resistentes" durante la ocupación alemana de su patria, escribe con dolor: "Una vez más, en el drama nacional, la sangre francesa corrió en los dos lados. La patria vio a los mejores de los suyos morir defendiéndola. Con honor, con amor, ella los mece con pena. ¡Ay! Algunos de sus hijos cayeron en el campo contrario".— (*"Memorias de Guerra. La Salvación"*. Luis de Caralt, Barcelona, 1970, pág. 45.).

Trujillo. No sabemos si algún historiador haya subrayado el carácter verdaderamente decisivo que para la independencia peruana representó la conversión de Trujillo en capital de la República. En ese cambio va la diferencia que media entre derrota y victoria. El abandono de Lima fue salvadora amputación de un miembro totalmente gangrenado. Tantas son las ventajas que Trujillo tiene sobre Lima, desde 1821, que asombra cómo a lo largo de los treintidos meses que van de julio de 1821 a marzo de 1824, ningún gobernante tomara tan trascendental decisión. Con Lima capital y las mayores fuerzas realistas en la cercana Jauja, los independientes vivían en la permanente angustia de contemplar sobre sus cabezas una espada suspedida de débil crin... Tras los muros de cuarteles y conventos, bajo el mismo techo hogareño, sentados alrededor de una mesa de café, entre los muchos genuflexos "besamanos" que frecuentan la casa de "los Pizarro" —que decía San Martín—, conviven estrechamente mezclados patriotas y realista, resultando imposible, por ello, montar ninguna operación militar, sin que los numerosos y diligentes espías trasmitiesen la noticia al virrey. No se olvide que las murallas de Lima cobijaban a numerosa población española, y también criollos, partidarios del mantenimiento de la situación colonial de nuestra patria. Y hay algo más, sumamente grave. El acantonamiento de las tropas independientes en una ciudad grande y con los placeres que ofrecía Lima, resultaba contrario a los más elementales principios de la disciplina. Ya lo decía un ilustre tratadista militar, el primero en estudiar las campañas napoleónicas: "Es preciso endurecer a los ejércitos con los ejercicios y los trabajos; no dejarlos holgar jamás en la molicie de las ciudades" (Jomini). Véanse las opiniones coincidentes que al respecto expresaron Miller, Arenales y Mitre (pág. 92-94).

Al declarar a Trujillo capital, Bolívar imita al Pizarro de la isla del Gallo. Los débiles, los indiferentes, permanecen en Lima. Quienes prefieren la lucha —"lágrimas, sudor y sangre"—, lo siguen al norte. Convertida en capital la ciudad norteña, ya Bolívar podrá disponer de libertad de acción, del suficiente espacio que le permita la seguridad: protección contra la información enemiga y la sorpresa estratégica. (Recuérdese la máxima napoleónica de la página 118). Así contará, además —y esto es fundamental—, con poblaciones **políticamente sanas,** con provincias abundantes en recursos de todo género. **"Replegando nosotros al norte aumentaremos nuestras fuerzas y nuestros recursos** —masa de agua que retrocede, la resaca, en busca del embate que impulsa con violencia hacia la playa—, **en tanto que ellos** (el enemigo) **disminuyen sus tropas y sus medios",** escribe Bolívar a La Mar, el 9 de febrero, desde Pativilca, al recibir las primeras noticias de la insurrección de Moyano.

(2) **Organización del ejército.**

Dispersos a lo largo de nuestra charla hemos mencionado diferentes aspectos relacionados con la organización de las fuerzas arma-

das en la región norte del país. Ahora tocaremos, ordenadamente, los principales asuntos que caracterizan la labor militar del Libertador. Estos elementos son los siguientes: a) Unidad de mando; b) Comando en jefe; c) Tropas; d) Plan de operaciones; e) Movilidad; f) Recursos. (Por razón de brevedad omitiremos algunos de estos).

Unidad de mando. Reza un antiguo refrán que cuando los capitanes son varios, el barco zozobra. Esta idea, de simple sentido común, la expresa Napoleón en esta forma: "El mando único es la primera necesidad de una guerra". Diseminada a través de la correspondencia de Bolívar, hallamos múltiples manifestaciones de que esa misma necesidad la exigía en todas sus empresas militares. "Si el Congreso manda por una parte, y yo por otra al mismo ejército, tendremos un monstruo que devorará al Perú", escribe desde Pativilca al Presidente Torre Tagle, en enero de 1824. Respecto del desorden y caos —en el fondo, ausencia de unidad, nada más y nada menos—, expresa: "Podemos contar con 15 o 16,000 hombres disponibles, si vienen los de Chile, **pero sin pies ni cabeza;** sin pies por falta de movilidad y sin cabeza porque a nadie obedecen. Nadie obedece a nadie y todos aborrecen a todos". Recomendamos a los señores profesores revisar lo ya expresado por el Libertador a propósito de movilidad (pág. 114 y 116). "El gobierno de Riva Agüero es el gobierno de Catilina unido al de un caos", escribe a Sucre, antes de venir al Perú (4 de agosto de 1823).

Comando en Jefe. Decía Napoleón: "Un general que tenga que ver las cosas a través de los ojos ajenos, nunca podrá mandar un ejército como debiera". "La voluntad, el carácter y la audacia me han hecho lo que soy". A través de esta charla hemos hecho numerosas referencias de cómo Bolívar se desplaza contínuamente, y cómo todo lo hace y lo ve personalmente, sin economizar esfuerzos. Mitre, historiador argentino, dice de él: "Poseía en alto grado las dotes del caudillo revolucionario, el genio de la guerra, y la inspiración ardiente en medio de la acción, elevándose de un golpe, en su escala, al rango de los célebres capitanes antiguos y modernos. La rapidez para concebir y la audacia para ejecutar, competían con su fortaleza y su ímpetu heroico para ir siempre adelante. Poseía el arte de imponerse al enemigo y de infundir confianza a los suyos". Téngase en cuenta que estos juicios aparecen nada menos que en su **"Historia de San Martín"**, obra que en parte es un estudio paralelo del Protector y del Libertador. (Tomo III, pág. 342).

Plan de campaña. Aducen algunos historiadores que han estudiado sólo superficialmente sus campañas, que Bolívar no preparaba seriamente éstas, sino que actuaba por impromtus, movido por la vehemencia e inquietud de su temperamento. Dicho en otras palabras, se afirma fue genial repentista. Nada más alejado de la verdad. En el Perú meditó **largamente** sus operaciones militares, dentro de lo relativo que fueron las suyas realmente campañas relámpago. Es alec-

cionador observar a través de su correspondencia cómo madura sus planes. Cómo les introduce las modificaciones que la cambiante situación propia y del enemigo así lo exigen. Desde Pativilca, el 26 de enero de 1824, expone a Sucre —situado a la sazón en Huánuco— su plan de campaña. Este es un documento admirable, a la verdad. Contiene todas las posibles hipótesis de guerra, es metódico, lleva las medidas de previsión necesarias. Nada le falta. Igual que un ingeniero que antes de levantar elevado edificio, completa minucioso cálculo que le permite diseñar los cimientos, pilotes y zapatas capaces de soportarlo, exactamente procede el Libertador. Por ello su plan, netamente defensivo en esos momentos, aparece quizá hasta tímido. Ello se debe a que no dispone por entonces de los elementos necesarios para tomar resuelta ofensiva. Pero, aún así, dicho plan defensivo contiene medidas ofensivas a corto radio, a manera de certeros zarpazos de felino acosado por varios enemigos poderosos.

"Al comienzo de una campaña —afirma Napoleón— se debe considerar cuidadosamente si se debe o no avanzar, pero **una vez decidida la ofensiva, ésta ha de realizarse hasta el límite"**. El plan de Bolívar parece estar inspirado en este consejo del corso. Pocos días después de remitir a Sucre dicho plan, solicita el parecer de su lugarteniente (4 de febrero): "(mis pensamientos) esperan por usted para recibir su último toque. Véngase usted, pues, volando, a verme aquí; dejando antes todas sus órdenes dadas para que nada falte a la ejecución de mis primeras y últimas disposiciones, y de aquellas más que usted haya determinado. Aquí tendremos una conferencia extensa, y tranquila. **Usted hará el papel de fiscal, y yo el de abogado de mi opinión. Ojalá tuviéramos un juez imparcial que acordara lo mejor"**.

(3) **Ofensiva**

Decía Napoleón: **"En la guerra, como en el amor, para acabar es necesario verse de cerca"**. Aunque por lo risueño parezca un dicho sin importancia, este pensamiento contiene, realmente, toda la esencia de la ofensiva estratégica. Acaso no pueda expresarse en forma más comprensible y condensada la necesidad de tomar resueltamente la ofensiva en una y otras actividades, si se desea cantar pronta victoria. Si no, imaginemos lo que sucedería de aceptarse la estéril defensa pasiva.

La adopción de una resuelta ofensiva o de una prolongada defensiva es, en el fondo, asunto de temperamento personal del jefe. Así como no se concibe un Grau cruzado de brazos sobre el puente del Huáscar, en aguas del Callao, en pacífica espera de un eventual ataque enemigo; así como tampoco es imaginable un Cochrane, en las afueras de la misma bahía, viendo transcurrir días y días de aburrida vigilancia de los barcos españoles protegidos por los cañones del Real Felipe; si resulta difícil suponer a Rommel establecido a la de-

fensiva en Africa, como lo estuviera su antecesor el italiano Graziani; en igual forma, no podemos figurarnos a Bolívar, sea en Lima, sea en Trujillo, aguardando, indolente, una ofensiva realista. Ya hemos viso (pág. 109) cómo desde su llegada a nuestra patria tasca impaciente el freno a que lo obliga la abierta rebelión armada de Riva Agüero. "Casa dividida" es el Perú que él encuentra a su llegada a nuestras costas. Por ello su primer empeño fue lograr la ansiada **unión.**

La ofensiva, para tener éxito, exige ciertos requisitos, de los que mencionaremos algunos: a) Elevada moral; b) Plan simple; c) Concentración de esfuerzos; d) Rapidez; e) Sorpresa.

Moral. Cuando en Santa Elena madame Montholon pregunta al Emperador cuáles tropas eran las mejores, Napoleón le responde: "Las mejores tropas, madame, son las que ganan batallas". Claro está que para ganar batallas se requiere de una moral muy elevada, particularmente en los momentos críticos de una campaña. No menos evidente resulta que la moral de la tropa es, en buena parte, resultado de una paciente y tesonera labor del jefe. Quien siembra, cosecha. Como vasos comunicantes, esa moral la transmite el jefe a sus hombres. Veamos la fe absoluta que Bolívar tiene en la victoria que sabe le proporcionarán los soldados por él cuidadosamente preparados y por él firmemente imbuidos de elevada mística.

El 10 de noviembre de 1824 — 29 días antes de Ayacucho—, al dar a conocer a su amigo el general Montilla (en Colombia) todo lo que ha logrado hasta el momento, en lo referente a valiosas ventajas sobre el enemigo y puntualizar sus próximos pasos, le dice: "(estamos a punto de) dar un golpe final que ya no puede disputarse. Y sepa usted, de paso, para que no se asombre de nuestras ventajas: no somos superiores al enemigo sino en valor y disciplina"... "En el día son, poco mas o menos, iguales a nosotros en número; **pero este número no vale cosa, porque no tienen moral ni disciplina".**

Dos semanas más tarde, enterado por carta de Sucre de que los realistas, marchando desde el Cuzco hasta Huamanga, pasando por Challhuanca —es decir, describiendo un semicírculo—, han aparecido a retaguardia del ejército patriota, estacionado en la región de Andahuaylas, cortando, con ese audaz movimiento, sus comunicaciones con Lima, escribe al general Santa Cruz: **"tomarle la espalda a nuestro ejército es una imbecilidad;** pues por tomarle la espalda a nuestros soldados no se dispersan y al contrario, se les obliga a batirse a la desesperada". Es decir, a luchar con redoblado ardor.

¿Y qué dice el propio Sucre respecto de esta —en teoría— magnífica maniobra realista? Desde Andahuaylas, escribe al Libertador (13 de noviembre): "Cuando supimos ayer que los españoles iban a llegar hoy a Andahuaylas, no puede usted pensar el contento del ejér-

cito juzgando ya que una batalla iba a terminar la campaña; algunos que decían "**estamos cortados**", eran contestados por la tropa: "**mejor, pues estamos ciertos de que nos esperan**".

¡Cuánta verdad hay en las palabras que siguen inmediatamente a las anteriores: "**Con esta clase de gente no dudo que batimos en cualquiera parte a los enemigos**"! Podemos agregar: de tal jefe, tales soldados.

Plan simple. "Siendo la guerra un arte de ejecución, deben excluirse de ella todas las combinaciones complicadas. La primera condición de todas las buenas maniobras es la **sencillez**". Si con esta máxima de guerra napoleónica como cartabón, medimos o calibramos el plan de ofensiva seguido por los patriotas en las dos campañas a Puertos Intermedios (1822, 1823), descubriremos la razón de sus sucesivos fracasos. En efecto, resultaba sumamente difícil, por no decir imposible, conducir y coordinar —en el espacio y en el tiempo— sus tres divisiones concurrentes, destinadas a operar a varios millares de kilómetros de distancia una de otras: **una,** el grueso, que partiendo del Callao embarcada en la escuadra, debía tocar tierra en uno de los puertos **intermedios** entre dicho puerto e Iquique —de ahí la denominación de esas expediciones—, para destruir a las fuerzas realistas de la zona Arequipa-Puno; **otra,** que desde Lima debía marchar a la Sierra, por Matucana, sobre el agrupamiento enemigo de Jauja-Huancayo, en misión de **fijación,** es decir, impedir a este agrupamiento acudir en socorro de sus camaradas de la zona amagada (Arequipa); **una tercera,** procedente de Argentina, avanzaría hacia el norte, en dirección a Puno, también en misión de fijación respecto de los realistas del Alto Perú. Con la primera división (el grueso) debían cooperar, a su vez, otras dos divisiones: una **colombiana,** que se embarcaría en el Callao **rumbo al sur;** otra, **chilena,** que haciendo **rumbo al norte**, se le incorporaría en uno de los puertos de Iquique o Arica. Y es lo curioso, que el grueso zarpa del Callao sin haberse asegurado previamente de la partida de las tropas chilenas. En maquinaria tan complicada era de temer que el entorpecimiento de una sola ruedecilla echaría a perder el funcionamiento del conjunto. Así sucedió, en efecto.

Esta maniobra —pulpo de cinco tentáculos—, ideada y preparada en sus pasos preliminares por San Martín, ejecutada por Alvarado, su hombre de confianza, adolecía de grave pecado original, por lo que dice de ella el historiador argentino general Mitre: "La combinación (plan de campaña) era relativamente buena, pero contingente (aleatoria); **aun en el caso de buen éxito, no hería el poder enemigo en el corazón**" (obra citada, tomo IV, pág. 8-9).

Siguiendo el citado precepto napoleónico de la **sencillez**, Bolívar —a diferencia del Protector, siempre inclinado al empleo de destacamentos y divisiones aisladas: 1a. y 2a. **campañas de Arenales**, Andrés

Reyes, Miller, Alvarado, Bermúdez, Aldao, Tristán, etc.—; **Bolívar,** repetimos, **va a maniobrar teniendo la totalidad de sus tropas en la mano, bajo su mando personal y directo.** Reunidas, apretadas en sólido haz —"concentración de fuerzas"—, con ellas va a golpear con el máximo vigor a su adversario. Pesado martillo accionado con la mayor potencia.

Al conocer el virrey La Serna la rebelión de Olañeta en el Alto Perú, dispone que el general Valdés, situado en Arequipa, parta de inmediato a aplastar al disidente, para reunir luego todas sus fuerzas —división Canterac (Jauja) y división Valdés— contra la seria amenaza que representa la presencia del activo Bolívar en la región de Trujillo-Huaraz. En estos momentos, abril de 1824, la situación político-militar realista es, pues, análoga a la de los patriotas en setiembre-diciembre de 1823, al arribar el Libertador al Perú. En este último caso, a Bolívar le tocó, por disposición del Congreso, el mismo papel que a Valdés le señala ahora el virrey: la represión de un rebelde (Riva Agüero).

Pero el Libertador —"con rapidez para concebir y audacia para ejecutar", virtudes que le reconoce el argentino Mitre— no deja escapar la brillante ocasión que le ofrece esta "casa dividida" del enemigo. Apliquemos a esta situación político-militar una muy clara definición de estrategia que nos da un famoso mariscal de Napoleón, y se comprenderá perfectamente la habilidad y agresividad con que actúa Bolívar: **"La estrategia tiene un doble objeto: 1º Reunir todas nuestras tropas** (ejército patriota), **o el mayor número posible de ellas, sobre el teatro de la lucha** (zona Cerro-Jauja), **cuando no tiene sobre él el enemigo más que una parte de las suyas** (Canterac solo, por ausencia de Valdés); **2º Cubrir y asegurar las comunicaciones propias, amenazando a la vez las del enemigo"** (Marmont). (Nos adelantaremos en decir que fue precisamente la amenaza de la línea de comunicaciones de Canterac —ruta Jauja-Junín-Carhuamayo-Cerro—, por acción sorpresiva de Bolívar sobre la retaguardia de este jefe, que obliga a las fuerzas realistas a ejecutar un precipitado retroceso, para escapar angustiosamente por el cuello de la botella —Junín—. Es en esta situación de honda depresión de la moral realista que se libra la batalla del 6 de agosto de 1824).

Comprende Bolívar que es peligroso penetrar demasiado profundamente en un territorio extenso, topográficamente difícil y fuertemente ocupado por el enemigo. Observemos este diagrama. Pero también sabe que lograda una victoria decisiva sobre Canterac en la región Cerro-Jauja, la independencia peruana estará asegurada. Acaso sin necesidad de empeñar otra batalla. Por ello, confiado en la elevada calidad de sus tropas, **se lanza velozmente adelante** —resorte comprimido puesto en libertad—, **firmemente resuelto a ganar la guerra en la primera batalla.** Dice el reputado crítico militar Jomini, ya conocido nuestro: "La guerra ofensiva de invasión obliga a veces a

alargar demasiado la **línea de operaciones** (itinerario Trujillo-Huaraz-Cerro-Huancayo- Huamanga-Cuzco), sobre todo en medio de **obstáculos de todo género** (cordilleras, desoladas punas, quebradas profundas: Mantaro, Pampas, Pachachaca, Apurímac) favorables al defensor (realistas); pero en caso de éxito (Junín, Ayacucho), **hiere al enemigo en el mismo corazón, y pone término a la campaña"**. (Compárese con la opinión pesimista de Mitre respecto del plan de San Martín a Puertos Intermedios, pág. 128).

Siguiendo tal precepto —lo haya leído o no el Libertador—, inspirado en la audacia, no debe sorprendernos que la campaña de 1824 sea realmente una auténtica **blitzkrieg,** una guerra relámpago. Nuestros diagramas son suficientemente claros y explícitos.

Aunque escapara la infantería y artillería de Canterac a la **batalla de aniquilamiento** que ardoroso busca Bolívar en Junín, la sola derrota de su caballería tiene ya decisiva trascendencia (33). "La de-

---

(33) A punto estuvo el Libertador de ganar la independencia peruana, probablemente en Junín, probablemente el 7 de agosto, aniversario de su victoria de Boyacá, 7 de agosto de 1819. Escribe Santa Cruz, Jefe de Estado Mayor, el 7 de agosto, dando cuenta de la acción del día anterior: "El ejército libertador, reunido en las cercanías del mineral (centro minero) de Pasco, emprendió sus operaciones el 2 del corriente, a tiempo que el enemigo, erguido por sus anteriores sucesos (éxitos), dejó en los primeros días de este mes sus acantonamientos de Jauja y Tarma para buscarnos.

"Mientras que el ejército español marchaba por el camino de Reyes (Reyes, antiguno nombre del hoy pueblo de Junín; camino de Reyes, el que de Jauja pasa por Junín, Carhuamayo y Cerro, es decir, al este del lago de Junín, o de Chinchaycocha, como antes se llamaba), el ejército unido (ejército libertador, formado por los ejércitos *unidos* del Perú y de Colombia) se movía por la derecha del río Jauja (Mantaro), con el objeto de tomarlo por la espalda. En la segunda jornada, después de dejado las cercanías del mineral de Pasco, se recibieron los primeros partes de la marcha del enemigo, y no obstante se continuó la nuestra con la mira de interponernos, en caso de que contramarchase, informado de nuestra dirección.

"S.E. (Su Excelencia) el Libertador supo ayer en Conocancha que todas las fuerzas españolas compuestas de ocho batallones, nueve escuadrones y nueve piezas de campaña al mando del general Canterac, se hallaban en Carhuamayo. S.E. dispuso hacer una marcha forzada y directa a Reyes, donde los enemigos habían de tocar en su retirada, *pensando celebrar el aniversario de Boyacá con la libertad del Perú,* porque S.E. contaba con dar una batalla, puesto que el enemigo la provocaba. Por precipitado que fue nuestro movimiento, *no pudimos lograr esta ventaja, ni satisfacer los deseos del ejército:* los españoles habían vuelto sobre sus pasos con una velocidad indecible. Al llegar a la altura que domina estas llanuras, ob-

rrota de Junín —confiesa el español Torrente— tuvo la mayor influencia en la suerte del Perú"... "No fue la pérdida de 400 caballos sufrida por los realistas la parte más sensible para el celoso general que los mandaba, sino **la desconfianza que se introdujo en ellos desde que vieron tanta serenidad y firmeza en sus contrarios**". Este mismo autor, que muy pocos meses antes escribiera: "El aspecto de los negocios públicos era sumamente lisonjero para los realistas a fines de este año (1823). **Desde la jornada feliz de Ica** (desbande de Macacona, abril de 1822) **habían corrido una carrera de triunfos y glorias. Los enemigos habían sido batidos cuantas veces habían tenido serenidad para ponérseles al frente**" (Macacona, Torata, Moquegua, Zepita, El Talón); ahora, al ocuparse de Junín y sus consecuencias, afirma sin ambages: "Si esta acción se hubiera ganado habría formado el primer eslabón de la cadena de triunfos; se perdió, y lo formó de contrastes y reveses" (obra citada, pág. 263, 292).

Concentración. En determinado momento de la guerra que los franceses sostienen en España, escribe el Emperador a su coronado hermano José: "Tu ejército se encuentra excesivamente disperso; **debe marchar de forma que pueda reunirse en un solo día sobre el campo de batalla**". Trece días antes de la batalla de Ayacucho escribe Bolívar a Sucre: "**Usted debe tener reunido su ejército y marchar con él siempre unido sobre el enemigo**". Unas pocas líneas más adelante, insiste: "Digo a usted, rotundamente, que no creo conveniente la operación que usted me ha indicado"... "Si usted la ha ejecutado, habrá usted obrado en sentido opuesto a lo que tantas veces le he dicho: **la unión hace la fuerza**" (26 de noviembre de 1824). (El último subrayado es del Libertador).

¿A qué obedecen estas repetidas advertencias? En los primeros días de noviembre, encontrándose el ejército patriota estacionado en la región sur de Andahuaylas, Sucre es informado de que los realistas efectúan una rápida y amplia maniobra de envolvimiento que amenaza la seguridad de sus tropas (página 127). Pero dejemos, mejor, que el propio general explique a Bolívar los sucesos: "En mi susto por la dispersión en que estaba el ejército, dije muchas veces: "está bien castigada mi culpa cuando he acantonado las divisiones separadamente,

---

servó el Libertador que el ejército enemigo seguía rápidamente para Tarma (sin hacer frente a los patriotas, quiere significar Santa Cruz), hallándose aún nuestra infantería dos leguas (11 kilómetros) distante del campo de Junín. En consecuencia, *trató de retardarles la marcha, presentándoles algunos cuerpos de caballería.* Siete escuadrones mandados inmediatamente por el intrépido general Necochea, comandante general de caballería, se adelantaron a las cinco de la tarde, al trote, hasta la llanura donde se hallaba el enemigo"... (Los paréntesis y subrayados son del conferenciante).

distrayéndome de los consejos de un viejo militar y de un buen amigo, que tan recientemente me ha escrito sobre esto". (34).

V. LIBERTADOR

Guerra y opinión pública

SE HAN PUESTO, frente a frente, dos grandes figuras americanas, San Martín y Bolívar. Hemos dicho que el primero **parece** haber buscado la independencia peruana —sin hallarla— mediante una **solución no sangrienta,** fórmula que acaso lo arrastrara a su tan anhelada mo-

---

(34) Juzgamos conveniente presentar estas líneas dentro del contexto general de ideas de Sucre, hechas conocer a Bolívar en su carta del 7 de noviembre, fechada en Pichirhua:... "Resolví, pues, aquel día (2 de noviembre, fecha de la llegada de una del Libertador) verificar nuestra marcha para Andahuaylas, y por esta y otras razones me vine para el ejército. En el tránsito a Lambrama recibí el parte del general Miller, de que todas las fuerzas enemigas se movían sobre nosotros y que tendríamos que batirnos al día siguiente, 3. Este aviso me causó a un tiempo sorpresa, disgusto y placer. Sorpresa, porque siempre conté tener avisos más anticipados del general Miller; disgusto, porque nuestra primera división estaba a 8 leguas (39 kilómetros) del enemigo, mientras nuestro ejército, extendido en 20 ó 25 leguas (110 ó 138 km.), no podría reunirse adelante: y placer, porque veía que si los enemigos venían teniendo (nosotros) reunido el ejército, ya contábamos un triunfo. Nunca he dudado de la victoria".

"En mi susto por la dispersión en que estaba el ejército, dije muchas veces: "está bien castigada mi culpa cuando he acantonado las divisiones separadamente, distrayándome de los consejos de un viejo militar y de un buen amigo, que tan recientemente me ha escrito sobre esto. Sin embargo, yo pienso ser algo disculpable si se atiende a que en la posición del enemigo no había peligro en esta colocación de tropas".

"Tomé, pues, las disposiciones que digo oficialmente, y me he venido aquí con todo el ejército, porque hay pastos, y no falta qué comer a la tropa, a lo menos carne y mote. Si usted hubiera estado en el ejército, la operación más natural, más en orden y más provechosa, era haber marchado a Mamara y buscar al enemigo en cualquier parte; pero yo no soy ni puedo ser jamás resuelto como usted, mucho menos en este caso que no convenía con las opiniones de usted tan repetidas de venir a Andahuaylas"...: "Entretanto, si los enemigos nos buscan, esta posición es la mejor de las que hemos encontrado en un país (región) tan quebrado, y tiene la ventaja de cubrir en cierto modo el flanco por Challhuanca, y nos hemos quitado de la espalda un obstáculo como el (río) Pachachaca".

"En cuanto a que los godos (españoles) vengan o no, no sé qué decir a usted'... (Los paréntesis son del conferenciante).

narquía. El segundo, por temperamento hecho a los métodos drásticos, **buscó** nuestra independencia —y la halló— en la **solución militar:** la batalla. Un trono, una espada.

Frente a un mismo problema, en el mismo teatro, dando cara al mismo enemigo, los caminos elegidos son diferentes: dos hombres, dos sistemas. La raíz de tan opuestos procedimientos acaso radicara en el diferente concepto que el argentino y el venezolano tienen de la opinión pública y de su influencia en el problema que el destino pone sucesivamente en manos de uno y otro. Uno **trata** de desatar el nudo; **lo corta** el otro.

En horas difíciles de la Segunda Guerra Mundial, expresa Eisenhower, generalísimo de las fuerzas armadas aliadas: **"Es con la opinión pública que se ganan las guerras".** No obstante, Montgomery, subordinado suyo, piensa de otra manera: **"Dadle victorias al pueblo, que poco le importará saber quién se las proporciona".** (35).

A lo largo de sus dos años de gestión peruana, con la sana paciencia de su proceder, sus muchas conferencias y armisticios (36), solemnes ceremonias y procesiones cívicas e incesantes propuestas de paz, todas infructuosas pero todas bien intencionadas, San Martín demuestra compartir el punto de vista de Eisenhower. En los escasos cuatro meses de febril actividad que emplea Bolívar en forjar la espada de Ayacucho, no deja ninguna duda de que razona y obra como Montgomery.

Médico el argentino, cirujano el venezolano: grandes los dos.

Esfuerzo peruano y cooperación americana

Los nombres de Cangallo, Concepción, Reyes (Junín) y Chupaca, bastan, ellos solos, para ilustrar la historia heroica de cualquiera na-

---

(35) "Eisenhower: "C'est avec l'opinion publique qu'on pagne les guerres.— Montgomery: Donnez des victoires aux gens et ils ne s'inquiéteront pas de ceux qui les ont remportées". De la obra citada, *"Le dernier coup de dé de Hitler"*, por Jacques Nobécourt, pág. 96.

(36) "Ha sido desgracia que ya en dos ocasiones, al estar nuestra tropa en el acto de atacar a este enemigo (divisiones Canterac y La Serna), se ha suspendido por la fuerza de las órdenes de V.E. para cumplir los armisticios; y *temo muy fundadamente que tengamos que arrepentirnos mucho de no haber destrozado esta fuerza enemiga,* cuando pudimos hacerlo muy desahogadamente si no hubiese sido el impedimento de armisticios". (Carta del general Arenales a San Martín, Matucana, 30 de julio de 1821.—Colección Documental: "La acción patriótica del pueblo en la Emancipación". Lima, 1971, Vol. 1º, pág. 344).

ción. Desde hace siglo y medio, en la ciudad de Buenos Aires existe una hermosa e importante avenida que lleva el nombre de Cangallo, en justo homenaje al valor de los habitantes de este pueblo, auténtica ciudad mártir de la guerra de la independencia peruana, tal como lo fuera la aldea checoslovaca de Lídice, en la Segunda Guerra Mundial, sacrificada por la saña de Hitler. De Reyes —pueblo al que el hijo de Arenales dedica muy emotivas páginas— se expresa en estos términos el historiador español Torrente, al narrar la ofensiva de Bolívar inmediatamente antes de la batalla librada en su famosa pampa: **"Los montoneros de la laguna de Chinchaycocha o de Reyes, cuyos habitantes han sido de los más obstinados y animosos contra los realistas,** llamaban la atención de éstos por varias partes, **formando una especie de cuerpo de vanguardia,** desde que el inglés Miller pasó del cuartel general a ponerse a su cabeza" (obra citada, pág. 290).

La mujer peruana no estuvo ausente de la guerra. Como consecuencia de la enconada lucha partidista Riva Agüero —Torre Tagle, los habitantes de la región Ancash— Cajamarca llegaron a odiar el servicio militar, cualquiera que fuese la bandería de los caudillos. Por ello, en noviembre de 1823, al internarse Bolívar "en cuña" —entre el enemigo "interno", Riva Agüero, dueño del norte, y Canterac, enemigo "externo", dueño del centro—, encuentra que se le hace el vacío: los habitantes abandonan sus pueblos y caseríos, llevándose consigo todo elemento de vida y movilidad. En esta difícil situación, el general Sucre se ve precisado a recurrir a mujeres campesinas para organizar el indispensable servicio de "propios" o mensajeros. Y, en esa ocasión, todos los jefes patriotas reconocen esta invalorable ayuda de la mujer peruana.

Hemos escuchado manifestar al general español Torrente, con desagradable sorpresa, cómo en muy breve tiempo, como brotado de las entrañas de la tierra, surge en el norte un magnífico ejército patriota, totalmente equipado y de muy elevada moral. Y claro está que una máquina de guerra de su magnitud y calidad no se monta sin inmensos sacrificios. Dice Bolívar, desde Pativilca, a Santander, Vicepresidente de Colombia (Colombia-Venezuela-Ecuador): "La marina de Colombia y del Perú nos cuesta más de lo que valemos, porque son ingleses los oficiales y marineros, y porque ganan de 18 a 20 pesos los de última clase, **mantenidos a la inglesa, y costando todo** (en el Perú) **tres veces más caro que en Inglaterra**. Agregue usted que **tres o cuatro provincias de Colombia y del Perú no pueden hacer la guerra solas, manteniendo, a la vez, gobiernos, ejércitos y marina**. La guerra de Pasto (sur de Colombia) sola consume más de lo que da el departamento de Quito. Quiere decir que **Guayaquil y Trujillo han de hacer milagros"** (24 de febrero de 1824).

Y es la verdad que, como con varita mágica, en brevísimo tiempo, el pueblo peruano, impulsado y guiado por el Libertador, obró el milagro. Poco después escribe al general Salom: **"El ejército del Perú se ha**

reorganizado a mi lado, y esperamos, dentro de poco, estar en estado de derrotar a los godos" (Trujillo, 9 de abril de 1824). Antes, previendo un posible ataque del enemigo, había dicho a Sucre: ..."de ningún modo dejará usted de acercar a su cuartel general el regimiento de Húsares que está en Moro, a ocho leguas distante de Nepeña, al pie de la serranía. Sin este regimiento no dé usted acción alguna, porque se pierde por falta de caballería. **A este propósito mandaré a usted el escuadrón de lanceros del Perú, que es excelente, y está en Huaraz,** y marchará inmediatamente hacia Cajatambo"...

En la acción de Ayacucho intervienen dos divisiones colombianas de infantería y una peruana. Así lo señala el orden de batalla. No obstante, se sabe que las divisiones colombianas estaban integradas en no corto número por soldados peruanos, mayormente procedentes de las provincias del norte. En cuanto a la contribución en medios materiales, el muy documentado historiador venezolano Vicente Lecuna, el que mejor ha estudiado los archivos bolivarianos, rinde homenaje al patriotismo peruano, al enumerar brevemente los esfuerzos realizados. "En las tres provincias de Huamachuco, Conchucos y Cajamarca, en el centro de la Cordillera, se fabrican en telares de mano, pañetes muy buenos, color mercilla, propios para pantalones y capotes. En marzo (1824) se encargaron a estas provincias 8,000 varas"... "De Lambayeque se sacaron zapatos, sillas de montar, pieles de lobo y cordobanes (piel de cabra). Cajamarca dio telas de lana y algodón. En Trujillo se fabrican cantimploras, lanzas, clavos y suelas y se adobaban las herraduras. De las minas de Huamachuco se extrajo plomo. En Huaraz se hacían bayetas de lana y se teñían de diferentes colores. En esta misma ciudad se fabricaban espuelas con hierro viejo y morriones con correas de cuero bien curtido. En Yungay y Carhuaz, donde pastaba la caballería en abundantes alfalfares, se construían herraduras y clavos, sillas y correas"...

Pero la verdad es que la independencia peruana era empresa americana, además de peruana. Y así como con duros sacrificios de Chile se organizó la Expedición Libertadora que O'Higgins puso en manos de San Martín —soldados, barcos, armas, dinero, poderes para pactar con el virrey del Perú y ¡un Cochrane!—, en forma análoga, diversas regiones del continente colaboran en la gigantesca empresa de Bolívar. Continúa Lecuna: "A Guayaquil pidiéronse lanzas largas y fuertes al estilo apureño (de Apure, región de los llanos venezolanos); tam bién suelas, pitas, hierro de Vizcaya, pólvora, plomo y fusiles. En este importante departamento, fuente principal de recursos de la campaña del Perú, se construyeron además vestuarios y capotes con paños de Quito" ("Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar", Nueva York, 1950, tomo III, pág. 395-396).

Hábil psicólogo, el Libertador sabe despertar la emulación entre las varias provincias a las que se dirige en demanda de auxilios.

En carta al general Salom, que se encuentra en Quito, le escribe el 15 de enero de 1824, también desde Pativilca:

"Usted mismo estará convencido que la contribución impuesta al departamento de Quito ha tenido el lugar de la contribución directa, y que es una grande injusticia negarse a satisfacerla. Así pues, usted procurará hacerla efectiva, pues de ningún modo son comparables los auxilios que ha prestado Quito con los que ha hecho y continúa haciendo el departamento de Guayaquil. A Guayaquil se le debe setecientos mil duros y yo no sé que a Quito se le deba otro tanto". Provocado en esta forma patriótico contrapunteo entre ambas ciudades desde antiguo rivales, la cosecha lograda tenía, forzosamente, que ser abundante. Y pronta.

Ya en fulminante marcha sobre el enemigo iniciada en Huaraz, al llegar a Huariaca (norte de Cerro de Pasco) escribe a La Mar: ... "Todo está preparado para completar la destrucción de los enemigos" ... "nosotros no dejaremos de llevar 9,000 hombres, **contando con las guerrillas, que en mi opinión valen mucho para todo**" (9 de julio de 1824). No necesitamos repetir el conocido decreto suyo por el que los Húsares del Perú, luego de su exitoso bautismo de sangre, se convierten en Húsares de Junín, justo premio a su oportunísima y brillante intervención en la batalla del 6 de agosto, librada a 4,200 metros sobre el nivel del mar.

Derrotado Canterac en esta acción, emprende veloz retirada hasta las inmediaciones del Cuzco. Al mando de Bolívar y Sucre, los vencedores lo persiguen hasta detenerse ante las infranqueables márgenes del río Apurímac, el tajo más profundo del territorio nacional. Los habitantes de esta región habían vivido tres siglos de dominación colonial jamás interrumpida. No obstante, veamos cómo acuden al llamado de la patria.

Después de recorrer el Libertador, paso a paso, la mayor parte del territorio que hoy constituye el departamento de Apurímac, desde su Cuartel General establecido en un minúsculo poblado, Chuquibamba —no confundirlo con la capital de provincia homónima, en el departamento de Arequipa—, situado a 12 leguas al Sur de Andahuaylas, escribe a su Ministro General, el ilustre ideólogo peruano José Faustino Sánchez Carrión: "S.E. está muy satisfecho del entusiasmo y contento con que los pueblos reciben a sus libertadores. El ejército ha tenido en todos muy buena acogida, y **son admirables los esfuerzos que hacen para concurrir a su Libertad**". En otra comunicación, desde el mismo villorrio, exprésale: "Los pueblos de esta parte del Perú se muestran cada día más y más amantes de la causa santa de su patria"... "Por consiguiente, es muy fácil calcular que dominando el ejército Libertador los corazones de estos habitantes, no sólo no le faltará nada de cuanto pueda servir a su subsistencia, sino aún a su comodidad. Sería, pues, absurdo dudar siquiera por un momento, en

nuestra presente actitud, de la pronta y completa Libertad de la República" (4 de octubre de 1824).

Terminemos con palabras del genio venezolano, definitivas y consagratorias en el reconocimiento de la valía del esfuerzo peruano en pro de la independencia de la patria. En carta a su amigo Restrepo, al darle cuenta de la triunfal marcha cumplida hasta noviembre de 1824 (ver página 101), concluye en estos términos:

"Estos prodigios se han logrado con el patriotismo de los pueblos y el crédito del ejército".

Libertador

De hecho, de derecho y según el consenso de entendidos en achaque histórico, Bolívar es el Libertador del Perú. Y no lo es ni puede serlo ninguno otro.

Pocas cosas hay que satisfagan más al espectador de competencias deportivas, que contemplar cómo apenas finalizado reñido encuentro de fútbol en que se disputó con ardor la conquista de preciado trofeo, en medio de los aplausos del público se acercan los vencidos a abrazar y felicitar a los triunfadores. Aun sangrantes las abiertas heridas de los combatientes de Ayacucho —lo valiente no quita lo cortés—, el general Canterac, general en jefe del Ejército Real del Perú, escribe estas nobles palabras:

"Excelentísimo Señor Libertador D. Simón Bolívar. Como amante de la gloria, aunque vencido, no puedo menos de felicitar a Vuestra Excelencia por haber terminado su empresa en el Perú con la jornada de Ayacucho. Con este motivo tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes y saludarle en nombre de los generales españoles, éste su afectísimo y obsecuente servidor que su mano besa.— José Canterac. Huamanga, a 12 de Diciembre de 1824".

Esta carta demuestra, mejor que pudiera hacerlo ningún otro documento, ser Bolívar nuestro Libertador de **hecho**. Dos meses después de la acción, el Soberano Congreso del Perú expide un decreto que señala:

"Artículo 1º— Se abrirá una medalla en honor del Libertador, que lleve por el anverso su busto con este mote: **"A su Libertador Simón Bolívar"**, y por el reverso las armas de la República con este otro: **"El Perú restaurado en Ayacucho. Año de 1824"** (12 de febrero de 1825).

Como vemos, también lo es de **derecho.** Ahora, daremos a conocer algunas opiniones valiosas. El último día del año de Ayacucho, refi-

riéndose al Libertador expresa una muy notable figura peruana de destacada participación en la victoria, José Faustino Sánchez Carrión:

"Su prepotente brazo cortó de raíz la biforme anarquía de las provincias del norte; ha vencido y humillado, por el sud, veinte mil soldados españoles, arrancándoles las dos terceras partes del territorio que dominaban, y salvando todo el Perú del yugo colonial".

Dice un eminente sociólogo y diplomático peruano, Francisco García Calderón:

"Bolívar es el más grande de los libertadores americanos: es el Libertador. Supera a unos en ambición, a otros en heroísmo, a todos en actividad multiforme, en don profético, en imperio... Fue el genio de la Revolución americana, creador, capitán y profeta. Sentía en sí el "demonio de la guerra"... "Como las grandes almas atormentadas, desde Sócrates, obedecía en sus impetuosas campañas a una divinidad interior... pertenece a la ideal familia de Napoleón y de César. Sublime creador de naciones, más grande que San Martín y más grande que Washington" ("Les Démocraties latines de l'Amérique", Paris, 1912, pág. 53 y 65).

Medio siglo más tarde, escribirá un prominente historiador:

"Iniciada bajo las condiciones más adversas, la campaña final de la libertad del Perú terminó con una victoria que es el más alto título que América ostenta ante la historia y ante el porvenir, y un monumento construido con inenarrables sacrificios sobre el que se yergue la gloria imperecedera del Libertador". (Jorge Basadre: "Historia de la República del Perú", tomo I, Lima, 1961, pág. 78).

¿Qué dice de él el Gobierno argentino de los días de Ayacucho? Cuando en octubre de 1825 llega a Potosí, en viaje triunfal iniciado en Lima, las Provincias Unidas del Río de la Plata le envían una delegación que lo saluda oficialmente con estas palabras:

..."Numerosos laureles y palmas de victoria han sabido arrancar a la fortuna los guerreros argentinos; pero todos nuestros trofeos aparecen pequeños ante Vos, Señor, el Padre de cinco naciones, que venís desde las bocas del Orinoco, de victoria en victoria, conduciendo el iris de la libertad, hasta sellar la total independencia del Nuevo Mundo. El nombre de Vuestra Excelencia es el más precioso tesoro que el presente siglo legará a los siglos venideros".

Y San Martín, ¿expresó algo sobre su interlocutor de Guayaquil? En la intimidad de una carta dirigida a su viejo y entrañable amigo, Tomás Guido, su Ministro de Guerra en el Perú, le confía noblemente su pensamiento respecto del hombre que pone punto final al tricentenario capítulo de la historia colonial de todo un continente:

"Los éxitos que yo he obtenido en la guerra de la independencia son bien subalternos en comparación de los que el general Bolívar ha prestado a la causa general de América" (Bruselas, 18 de diciembre de 1826).

El ariete y la puerta

Tal fue la obra de Bolívar, que él mismo resúmela cuando al retornar a la patria exclama ante una asamblea puesta de pie para escucharle: **"En cinco años de ausencia el mundo americano ha dejado de ser español".**

Los peruanos debemos eterno reconocimiento al genio venezolano que nos dio libertad y patria en los campos de Quinua. Pero no debe ser menor nuestra gratitud a la memoria de los Viscardo, Túpac Amaru, hermanos Angulo, Micaela Bastidas, Zela y Melgar, que con su prédica, unos, y su sangre generosa, otros, prepararon la simiente que fructificó con Bolívar, Sucre, La Mar, Castilla y cientos y cientos de anónimos soldados peruanos, en Junín y en Ayacucho.

Pensemos que no es el último golpe del pesado ariete, **ese solo golpe,** el que derriba la sólida puerta de la fortaleza enemiga. También contribuyen a debilitarla, desarticulando sus piezas y preparando su caída final, los primeros golpes, generalmente los más peligrosos, nunca tan espectaculares como el último, siempre sin premio inmediato...

Palabras de Clausura

Pronunciadas por el Gral. Div. Juan Mendoza Rodríguez

Con singular complacencia vengo al término de este Tercer Ciclo de Conferencias para Profesores de Historia, correspondiente a la Etapa Bolivariana; y digo complacencia, porque no puede ser más grato para quienes tenemos la responsabilidad de esta reunión, que escuchar, tanto de parte de los conferencistas como de los propios profesores sentados en la banca de los alumnos, las más concordantes expresiones de mútuo reconocimiento.

De parte de los conferencistas puedo deciros que se sienten satisfechos porque ven con agrado vuestra perseverante concurrencia y aprecian nuestra inquietud, por aclarar ideas y acontecimientos, encontrar explicación fundamentada a las diferentes situaciones históricas que han sido planteadas, muchas de ellas muy complejas, que demandan investigación que no está siempre al alcance de todos los profesores, sino de los historiadores especializados.

Esa inquietud, esa preocupación, ese interés que habéis mostrado es una satisfacción profesional para los conferencistas, que acredita que su trabajo ha sido recompensado con vuestro aprovechamiento.

Ello pone en evidencia la importancia de la Colección Documental de la Independencia del Perú. En los textos de enseñanza, para los diferentes grados de la educación, no hay y muchas veces no puede haber las suficientes explicaciones, que satisfagan la natural curiosidad del educando, y es sólo con la investigación documental como se pueden explicar los detalles del proceso de la rebelión y de la ideología, así como la situación de los pueblos, la actitud de la comunidad, el pensamiento de la universidad y las condiciones generales del país, a través de periódicos, diarios, crónicas, informes, relatos pronunciamientos de cabildos y acontecimientos diversos.

Bastaría conocer el planteamiento y aunque sólo sumariamente el contenido de los volúmenes que integran la Colección Documental para

darse cuenta de su importancia y del trascendental papel que desempeña en las bibliotecas públicas y en las bibliotecas de las Grandes Unidades Escolares, tanto para la consulta de los maestros, como para los trabajos monográficos que demandan investigación documental.

Os expreso mi más cordial felicitación y hago votos porque vuestra labor profesional, alturada, comprensiva y nacionalista, sirva para afianzar el espíritu patriótico de nuestra juventud, trasmitiéndole el mensaje de abnegación de nuestros próceres que sacrificaron todo por la libertad y la independencia, confimando que lucharon por ideales superiores para legarnos una patria libre y soberana.

Quedan clausuradas las labores del Tercer Ciclo de Conferencias para Maestros.

Lima, 28 de febrero de 1974.

Indice

		Págs.
1.—Palabras de Inauguración del Ciclo	Gral. de División **Juan Mendoza R.**	7
2.—Primer Congreso Constituyente y Junta Gubernativa	Dr. **José Agustín de la Puente C.**	9
3.—Fuentes para el estudio de la Biografía del Libertador Simón Bolívar	Dr. **Raúl Rivera Serna**	13
4.—Bolívar en la Literatura Peruana de Creación	Dr. **Estuardo Núñez**	21
5.—Unidad Hispanoamericana	Dr. **Carlos Daniel Valcárcel**	45
6.—Guerrillas y Montoneras de la Emancipación en la Historiografía Peruana	Dr. **Héctor López Martínez**	49
7.—Integración: Pensamiento Bolivariano	Dr. **Augusto Tamayo Vargas** ...	53
8.—Dictadura de Bolívar y Preparación de la Campaña	**Armando Nieto Vélez S. J.**	65
9.—Bolívar: Campaña de 1824	T. Cnel. **Abel Carrera Naranjo** ..	73
10.—Palabras de Clausura	Gral. de Div. **Juan Mendoza R.** .	141

985.04
P4 I
T3
P(07905)
PFS
BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERU
CENTRO BIBLIOGRAFICO NACIONAL
Dirección Ejecutiva de Servicios Técnicos
985.04
P4
3
g.2 cap - pds -
06 MAR 1998
BN
BNPP=07905

Esta obra fue impresa en los
talleres de Artes Gráficas
de Editorial Jurídica S. A.,
Prolg. Loreto 1736
Breña, Lima-Perú.

biblioteca nacional del Perú
BNPCBN
0000324705

Editorial